HISTORIA BREVIS

ESPLENDOR Y OCASO DE ROMA

Apogeo, crisis y decadencia del Imperio

CARLES BUENACASA PÉREZ

Shackleton books

HISTORIA BREVIS

ESPLENDOR Y OCASO DE ROMA

Apogeo, crisis y decadencia del Imperio

CARLES BUENACASA PÉREZ

Shackleton books

ESPLENDOR Y OCASO DE ROMA

ESPLENDOR Y OCASO DE ROMA

Apogeo, crisis y decadencia del Imperio

CARLES BUENACASA PÉREZ

Shackleton books

Esplendor y ocaso de Roma

© 2021, Carles Buenacasa Pérez

© 2021, de esta edición, Shackleton Books, S.L.

Shackleton books

@Shackletonbooks

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación (edición papel): Manel López (GRAFCO)

Composición ebook: Iglú ebooks

© Cartografía de los apéndices: Geotec

© Fotografías (referencia a las páginas de la edición en papel): todas las imágenes son de dominio público excepto las de Marie-Lan Nguyen (2007) / Wikimedia Commons (p. 27), Renata Sedmakova / Shutterstock.com (p. 30), Cortyn / Shutterstock.com (p. 43), Cris Foto / Shutterstock.com (p. 45), Gilmanshin / Shutterstock.com (p. 58), kladcat [CC BY 2.0] / Wikimedia Commons (p. 73), balounm / Shutterstock.com (p. 93), Iakov Kalinin / Shutterstock.com (p. 95), Goran Bogicevic / Shutterstock.com (p. 116), Jeffrey B. Banke / Shutterstock.com (p. 117), S.Borisov /Shutterstock.com (pp. 122-123), stocksolutions / Shutterstock.com (p. 127), Anticiclo / Shutterstock.com (p. 137), claudio zaccherini /Shutterstock.com (p. 157), Bukhta Yurii / Shutterstock.com (p. 159), Stefano Zaccaria / Shutterstock.com (p. 163), Everett-Art / Shutterstock.com (p. 165), Carles Buenacasa Pérez (pp. 177, 195, 213, 219, 225, 229, 247, 257, 265 y 283), fr.wikipedia, [CC-BY-SA-3.0] / Wikimedia Commons (p. 183), David Ionut / Shutterstock.com (p. 188), G.dallorto / Wikimedia Commons (p. 207), Nino Barbieri [CC BY 2.5] / Wikimedia Commons (p. 215), MatthiasKabel [CC BY-SA 3.0] / Wikimedia Commons) (p. 223), Maurizio Biso / Shutterstock.com (p. 235), Alexander Z. [CC BY-SA 3.0] / Wikimedia Commons (p. 261), Manuel Parada López de Corselas, Centro para el Estudio y Difusión Libres de la Historia del Arte [d. p.] / Wikimedia Commons (p. 279), Bullenwächter [CC-BY-SA-3.0] / Wikimedia Commons (p. 287), Jean-Pol Grandmont [d.p.] / Wikimedia Commons (p. 294), Currybet/Flickr [CC BY-SA 2.0] / Wikimedia Commons (p. 301). Icons by Icons8.

ISBN: 978-84-1361-111-2

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Introducción

El gobierno en tiempos del Imperio

La crisis del siglo III

Los conceptos de decadencia, ruptura, caída y Antigüedad Tardía

Augusto, fundador del Imperio ~ 44 a. C.-14 d. C. ~

El Segundo Triunvirato

Nuevas guerras civiles

De Gayo Julio César Octaviano a Augusto, princeps de Roma

El esplendor de la literatura

Los Julio-Claudios ~ 14-68 d. C. ~

Tiberio, el heredero no deseado

Calígula, el primero de los emperadores locos

Claudio, un emperador inesperado

Nerón, otro emperador loco

Los Flavios ~ 69-96 d. C. ~

El año de los cuatro emperadores (68-69): Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano

Vespasiano, una dinastía de provincias

Tito y Domiciano, dos maneras contrapuestas de ejercer el poder

Los Antoninos ~ 96-192 d. C. ~

Nerva, el emperador del consenso

¿Antoninos o Ulpio-Aelios?

Trajano, el príncipe óptimo

Adriano, el emperador viajero

Antonino Pío, el amante de la paz

Lucio Vero y Marco Aurelio, el epicureísta frente al filósofo

Cómodo, el emperador gladiador

Los Severos ~ 193-235 d. C. ~

El año de los cinco emperadores (193)

La dinastía africana de los Severos: Septimio Severo, Caracalla y Geta

La dinastía siria de los Severos: Heliogábalo, Alejandro Severo y el clan de las Julias

La crisis del siglo III ~ 235-284 d. C. ~

La crisis político-institucional y el desprestigio del emperador

La crisis militar y la debilidad en las fronteras

El trasfondo económico de la crisis

La crisis de la religión clásica y la aparición de las religiones mistéricas

Diocleciano y la Tetrarquía ~ 284-311 d. C. ~

Dividir para gobernar mejor

La nueva teología imperial

El paso a la Tetrarquía

La reforma militar

La reforma fiscal

La reforma de la Administración

La política religiosa

El fin de la Tetrarquía

Los Constantinianos ~ 306-363 d. C. ~

La alianza entre Licinio y Constantino I

La política procristiana de Constantino I

La política religiosa referida a las otras religiones

La política secular

El baustismo y la muerte de Constantino I

Los reinados de Constante y Constancio II

La sucesión de Constancio II y el reinado de Juliano

El último siglo del Imperio romano ~ 364-476 d. C. ~

El problema de los pueblos germánicos: Adrianópolis

La llegada al trono de Teodosio I (379-395)

La imposición de la ortodoxia católica

Honorio y la partición definitiva del Imperio

La época de las grandes invasiones germánicas

Valentiniano III y el fin de los Teodosianos

El período de los emperadores electos

Año 476: ¿año de la «caída» del Imperio romano?

Epílogo: el papado de Roma, heredero del Imperio romano de Occidente

Apéndices

Introducción

El asesinato de Julio César el 15 de marzo de 44 a. C. podría haber resultado uno más de los muchos actos violentos que caracterizaron la vida política del último siglo de la República de Roma y que se justificaron como tiranicidios destinados a restaurar las libertades cívicas del pueblo romano. Hoy sabemos que no fue así. Y, sin embargo, pocos previeron entonces que Augusto, el joven heredero del difunto, sería capaz de subvertir las bases institucionales republicanas y asentar las de un nuevo y duradero sistema político que llevaría a Roma a su máximo apogeo: el Imperio.

Tradicionalmente, se considera que el Imperio romano se fundó en el año 27 a. C. y se hundió en 476 d. C., aunque solo como institución política y no como civilización. La primera fecha (27 a. C.) coincide con el momento en que a Gayo Julio César Octaviano le concedieron el título de Augusto, y se convirtió en la persona más sagrada y respetada del Estado romano, con una autoridad moral y política superior a la de cualquier otro ciudadano. La cronología que delimita el final (476 d. C.) se ha hecho coincidir con la deposición del último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo.

A lo largo de estos cinco siglos, la ideología del poder en Roma no se mantuvo invariable, sino que evolucionó hacia la autocracia, de ahí que se haya considerado la fecha de 235 d. C. para diferenciar dos momentos en la historia imperial: el Alto Imperio (27 a. C.-235 d. C.) y el Bajo Imperio (235-476 d. C.). El año 235 coincide con el asesinato de Alejandro Severo, el último de los Severos, un magnicidio que abrió un largo período de inestabilidad política y de anarquía militar que comportó un desprestigio total de la institución imperial. Cuatro fueron las dinastías que gobernaron durante el Alto Imperio, además de unos pocos soberanos que quedaron al margen de las mismas. La primera, fundada por Augusto, fue la de los Julio-Claudios (27 a. C.-68 d. C.), cuyos soberanos pertenecían a dos de los linajes más preclaros de la aristocracia senatorial de la ciudad de Roma. La segunda fue la de los Flavios (69-96), con solo dos generaciones de emperadores, que

representó el ascenso al trono de las familias senatoriales italianas. La tercera, la de los Antoninos (96-192), supuso el ascenso al poder supremo de los senadores de origen provincial, y ya fue considerada por sus contemporáneos como la mejor de toda la historia romana por haber instaurado el principio electivo en el proceso de designación del heredero. La cuarta y última, la de los Severos (193-235), en realidad, se compuso de dos subdinastías: la africana y la siria, hábilmente unidas por la inteligente actuación de las mujeres de la dinastía.

El gobierno en tiempos del Imperio

El aspecto más relevante del Alto Imperio fue la ideología que justificaba el ejercicio del poder imperial. Augusto consiguió su preeminencia política pensando en términos republicanos, y no monárquicos. Por ello, su estrategia se cimentó en un proceso de concentración de poderes, que no de magistraturas, que pusiera en sus manos los mecanismos del poder. A pesar de controlar el gobierno de Roma, Augusto se esforzó por aparentar que no gobernaba en solitario, como los antiguos reyes, sino colegiadamente, como en la época de la República, con la ayuda del Senado, un modelo que se conoce como «diarquía augustea». Es por este motivo que Augusto acaparó el cargo de príncipe (en latín, princeps), es decir el magistrado que presidía las sesiones y que era el primero en opinar durante los turnos de debate, una primacía que le permitía controlar, y dirigir, las decisiones que se tomaban en la institución. En los tres siglos siguientes, la mayor parte de sus sucesores gobernó según esos mismos postulados. Por ello, al Alto Imperio también se lo conoce como Principado (desde esta perspectiva de la concepción del poder imperial). Augusto cuidó hasta el último detalle de la puesta en escena de esta diarquía, pues el «príncipe» no se diferenciaba del resto de los senadores, vestía la misma túnica que estos y no se adornaba con ningún símbolo de realeza, excepto la capa púrpura que desde antaño llevaban los generales como símbolo de su cargo. Ahora bien, a medida que se sucedían los reinados, el Senado fue perdiendo peso como apoyo de la monarquía en favor de los soldados (especialmente, la guardia pretoriana), quienes ya desde los tiempos de los últimos Julio-Claudios tendieron a ser los primeros en ofrecer su consentimiento a la proclamación imperial. De hecho, en tiempos de los emperadores Severos, estos se distanciaron notablemente de la «diarquía augustea» y se decantaron por un modelo de «monarquía militar» en el que, para ascender al trono, tan solo se requería el apoyo de los soldados; se podía prescindir del reconocimiento del Senado.

En otro orden de cosas, el Alto Imperio significó una fase de gran esplendor para Roma. En primer lugar, supuso la culminación de su hegemonía política en el Mediterráneo, siendo en estos siglos cuando el Imperio llegó a su máxima extensión. Además, con la incorporación de Egipto, Mauretania y Tracia, Roma completó su dominio sobre todas las orillas del Mediterráneo, de manera que los romanos, no en balde, lo bautizaron como Mare nostrum (es decir, «nuestro mar»). En segundo lugar, fue durante el Alto Imperio cuando se generalizó la institución municipal en las provincias y se extendió la ciudadanía a los territorios conquistados en tiempos republicanos. Los primeros en beneficiarse de estas medidas fueron las aristocracias locales, algunas de las cuales, incluso, fueron promovidas a la clase senatorial como recompensa por su fidelidad a Roma y acabaron sentándose en el trono imperial. Más adelante, la ciudadanía romana se fue extendiendo entre los habitantes de las provincias hasta que, reinando Caracalla, se concedió a todos los habitantes del Imperio (212).

Esta época es una de las más transcendentes de la historia de Roma, principalmente porque el Alto Imperio puso fin al período de las guerras civiles. La larga y continuada época de paz propiciada por los emperadores altoimperiales permitió una gran prosperidad económica que repercutió, por ejemplo, en el embellecimiento de las ciudades del Imperio, siendo Roma el caso más característico. Sin embargo, tras la imagen de estabilidad que transmite la época altoimperial, se ocultaban sombras, como la de la definitiva imposición del modelo de monarquía militar a finales de la época de los Severos, a partir del año 235, que dio paso a un período de crisis política que casi acabó con el Imperio.

A lo largo de los cinco siglos que duró el Imperio romano, la ideología del poder imperial no se mantuvo invariable, sino que fue evolucionando. De ahí que, dentro del segmento cronológico que se atribuye al Imperio (27 a. C.-476 d. C.), se hayan distinguido dos períodos: el Alto Imperio (27 a. C.-235 d. C.), que se caracteriza por el principio del gobierno en armonía con el Senado (o «diarquía augustea»), y el Bajo Imperio (235-476 d. C.), en el que la filosofía política es la «monarquía militar» y el soberano ejerce el poder con total autonomía y con el apoyo del ejército.

Convencionalmente, la fecha elegida para diferenciar estos dos momentos en la historia imperial (235 d. C.) coincide con el asesinato de Alejandro Severo, el último de los Severos, un magnicidio que abrió un largo período de inestabilidad política y de anarquía militar y que comportó un desprestigio total de la institución imperial. Para recuperar la estabilidad del poder, así como la confianza de sus súbditos, el emperador procedió a sustentar su autoridad sobre unas bases teocráticas (presentando su cargo como una delegación divina) y autocráticas (ejerciendo el poder en solitario y exigiendo ser obedecido sin discusión).

La cronología final (el año 476 d. C.) se ha hecho coincidir con la deposición del último emperador, Rómulo Augústulo, un hecho que comportó la desaparición del Imperio como institución política, aunque no como civilización. Con todo, cabe señalar que esta cronología final es resultado de una concepción «occidentalizadora» de la historia imperial. De hecho, en Oriente, el Imperio romano continuó existiendo hasta el año 1453 d. C., momento en que Constantinopla, su capital, fue conquistada por los turcos otomanos. Ahora bien, la historiografía occidental ha tendido a negar la denominación de «Imperio romano de Oriente» a esta parte que sobrevivió y la ha bautizado como «Imperio bizantino». El motivo para ello es bien simple: a lo largo de las edades Media, Moderna y Contemporánea la construcción del concepto «Europa» identificó sus orígenes en la «restauración» del Imperio romano propiciada por la coronación imperial de Carlomagno en el año 800. Para que esta «restauración» funcionara, no podía haber ningún otro candidato al trono imperial. Así que Occidente rebautizó al Imperio romano de Oriente como «bizantino», simplemente, para poder dejar «vacante» el título de emperador romano y justificar sin ningún escrúpulo de conciencia que Carlomagno se apoderara de él.

La crisis del siglo III

El período del Bajo Imperio se inaugura con los cincuenta años de la crisis del siglo III (235-284), etapa caracterizada por una anarquía que propició la proclamación militar de unos setenta emperadores, ninguno de los cuales logró transmitir el poder a su estirpe más allá de dos generaciones. Entre los años 284 y 455, cinco dinastías se sucedieron en el trono del Imperio, además de unos pocos soberanos que quedaron al margen de estas. La primera, fundada por Diocleciano, no fue exactamente una dinastía, sino una fusión de linajes familiares que se emparentaron entre ellos durante el período de la Tetrarquía (284-311) para conformar una familia divina. La segunda fue la de los Constantinianos (306-363), fundada por Constantino I, en cuyo reinado se inició el proceso de cristianización del Imperio romano. La tercera, la de los Valentinianos (364-392), se caracterizó por la ineficiencia militar del Imperio frente a la presión de los pueblos germánicos en las fronteras, especialmente los godos. La cuarta, la de los Teodosianos (378-455), representó la época dorada de la alianza entre el Imperio y la Iglesia católica. Estas cuatro dinastías no cubren todo el período del Bajo Imperio pues, sobre todo en su parte final, hubo muchos emperadores efímeros que no lograron consolidar una dinastía y que se agrupan, de manera genérica, en el grupo de los «emperadores electos» (455-476).

El aspecto más relevante del Bajo Imperio fue la ideología que justificaba el ejercicio del poder imperial. Si bien en el Alto Imperio el monarca se esforzaba por aparentar que gobernaba de manera conjunta con el Senado, siguiendo el modelo instaurado por Augusto («diarquía augustea»), a medida que se sucedían los reinados el Senado fue perdiendo peso como apoyo de la monarquía en favor del ejército. De hecho, en tiempos de los emperadores Severos, estos se decantaron por un modelo de «monarquía militar» en el que, para ascender al trono, tan solo se requería el apoyo de los soldados y se podía prescindir del reconocimiento del Senado.

Así pues, la tónica general del gobierno de los emperadores de los siglos III-V tendió hacia la independencia política y el revestimiento teocrático del poder. Esta ideología se impuso a partir del año 284, cuando los monarcas reinantes se declararon hijos e imágenes visibles de los dioses Júpiter y Hércules. Pocos decenios más tarde, los emperadores cristianos se declararon enviados por Dios para regir el destino del Imperio.

Por otra parte, los monarcas de los siglos IV-V tendieron a pensar que el Imperio era una propiedad personal suya que podían administrar como amos y señores (en latín, dominus). Es por ello que esta época también recibe la denominación de Dominado (desde la perspectiva de la concepción del poder imperial). Para enfatizar el carácter divino de esta monarquía, los emperadores adoptaron una serie de símbolos reales tales como la diadema (precedente directo de la corona), el cetro o el trono sobreelevado (y cuajado de joyas, con cojín de púrpura y con escabel para los pies).

Los conceptos de decadencia, ruptura, caída y Antigüedad Tardía

Frente al esplendor que la historiografía atribuye al Alto Imperio romano, el contexto político del Bajo Imperio tiende a describirse en términos de «decadencia», «ruptura» y «caída».

La idea de «decadencia» se sustenta, principalmente, en la ineficiencia militar del Imperio romano para defender sus fronteras. Mientras que durante los siglos I-III Roma se había mostrado expansiva y conducía campañas más allá de sus fronteras, en los siglos IV-V se entró en una fase de estancamiento militar y el Imperio se volvió más defensivo. Pero, además, durante toda la cronología del Bajo Imperio los pueblos germánicos (que los romanos despreciaban llamando «bárbaros») realizaron frecuentes incursiones dentro del territorio romano, otra circunstancia que no se había dado en los tiempos altoimperiales. De ahí que frecuentemente se hable de la decadencia de Roma.

Por otro lado, el proceso de intensa cristianización, a nivel institucional, que caracterizó al Imperio desde el siglo IV, también hizo pensar a muchos historiadores que la sociedad bajoimperial cristiana habría iniciado un proceso de «ruptura» con el pasado clásico, lo cual había constituido el motor de la «decadencia». El principal valedor de esta tendencia historiográfica fue el británico Edward Gibbon, en su Historia de la decadencia y caída del Imperio romano (1776-1789). Quienes defienden esta postura consideran que la Antigüedad se asociaba con el paganismo y la época medieval con el cristianismo. De ahí que consideren que la transición de una época a otra se produjo como consecuencia de un proceso de «ruptura» con respecto a las costumbres antiguas y de degradación de estas. Gibbon y quienes piensan como él consideran que el cristianismo no estaba interesado en mantener la idea de Imperio y propició su destrucción. Sin embargo, la historiografía actual tiende a considerar que, excepto en el terreno religioso, el

tipo de vida y la manera de hacer y de pensar de los romanos poco cambió entre el Alto y el Bajo Imperio y, sobre todo, entre este y la Alta Edad Media. Además, la irrupción e instalación de los germánicos dentro del Imperio tampoco fue tan traumática como se ha pensado. Estos pueblos, más que destruir el mundo romano para introducir el suyo propio, se romanizaron y asimilaron el modo de vida de los vencidos. Por todo ello, pues, el paso del mundo clásico al medieval hoy ya no se contextualiza en términos de «decadencia», sino en los de una «lenta transición», y más que en términos de «ruptura», se interpreta en los de una «continuidad cambiante».

En lo que al concepto de «caída» se refiere, esta idea está íntimamente asociada al desplome político del Imperio con la deposición de su último monarca: Rómulo Augústulo. Sin embargo, tras el año 476, la vida de los romanos continuó siendo igual durante muchos siglos en lo económico, en lo mental y en muchos y variados aspectos sociales: continuaron llevando los mismos nombres, vistiendo igual, trabajando en las mismas ocupaciones y, sobre todo, hablando latín. Por lo tanto, la palabra «caída» solo sirve para definir la desaparición del Imperio en términos políticos, pero no como civilización.

Considerando así las cosas, tampoco se sostiene hoy en día que la Edad Media comenzara en el año 476. Para solucionar esta problemática de los límites, hemos creado el concepto de «Antigüedad Tardía», mediante el cual se ha tratado de datar la cronología del proceso que conduce del mundo antiguo al medieval en los términos ya comentados de «lenta transición» y «continuidad cambiante». Así pues, el inicio de la Antigüedad Tardía se acostumbra a datar, por convención, en el año 235, mientras que la fecha final está mucho más discutida. El debate en torno a esta problemática se centra en definir en qué momento los condicionantes del modo de vida medieval (por ejemplo, la aparición de las lenguas romances o el feudalismo) se habían impuesto sobre los referentes de la vida del mundo clásico (por ejemplo, el latín o el patronato). Las propuestas más extremas alargan la Antigüedad Tardía hasta la vigilia de la coronación imperial de Carlomagno en la Navidad del año 800.

Por todo ello, podemos afirmar que en estos capítulos abordaremos una época muy interesante de la historia de Roma, principalmente porque el Bajo Imperio supone el diseño de una serie de estrategias ideológicas que ayudaron al monarca a consolidar la autocracia con la que gobernaba, unos principios ideológicos que dejaron una profunda impronta en la historia europea. Tras la desaparición del Imperio romano en Occidente (476), tanto los reyes medievales de la Europa occidental como los monarcas del Imperio bizantino continuaron y desarrollaron esta filosofía política, aunque con ligeras diferencias. Mientras que en Occidente el obispo de Roma (a la larga, más conocido como «papa») logró imponerse sobre la autoridad secular de los reyes, en Oriente, el emperador bizantino se afirmó como delegado divino para dirigir tanto los asuntos eclesiásticos como civiles de sus dominios, con lo que logró someter a los jerarcas de la Iglesia oriental a su arbitrio.

En el final de este libro también hemos querido destacar los dos principales retos que el Estado bajo-imperial tuvo que afrontar para sobrevivir: la defensa de su territorio ante los ataques de los pueblos germánicos (y su asimilación cuando estos invadieron el Imperio y se instalaron dentro de sus fronteras); y el proceso de cristianización de la corte y de la teología política (el pensamiento teocrático), una dimensión que condujo al Imperio romano hacia el mundo medieval.

Augusto, fundador del Imperio

~ 44 a. C.-14 d. C. ~

Cuando Julio César fue asesinado en los fatídicos idus de marzo (el día 15) de 44 a. C., el único heredero que le suponían sus seguidores era Marco Antonio. Este no solo era el cónsul del año y el general de caballería a las órdenes de Julio César, sino que, además, eran primos segundos por parte de su madre. Ahora bien, tres días más tarde, cuando el testamento del difunto fue abierto, se dio a conocer la sorprendente noticia de que el heredero principal era su sobrino-nieto Gayo Octavio Turino, nieto de la hermana de César y huérfano de padre desde los cuatro años. Además, según las disposiciones del codicilo, Gayo no solo heredaba la mayor parte de la fortuna del finado, sino que también era adoptado como hijo suyo con los nombres de Gayo Julio César Octaviano.

La sorpresa de Marco Antonio fue mayúscula, sobre todo por la mediocridad del currículum político del heredero y por el escaso lustre de su familia. Gayo nació el 23 de septiembre de 63 a. C. y, por lo tanto, aún no había cumplido los 19 años. Su padre pertenecía a una rama secundaria de la familia senatorial de los Octavio que todavía no había ocupado el consulado. Su madre, Acia, descendía de otra familia senatorial plebeya, la de los Acilio Balbo, que tampoco contaba con demasiados antepasados de rango consular, pues así era como se medía la nobleza de cada linaje. En cambio, la familia de los Antonio se remontaba a los tiempos de la fundación de Roma y, además de contar con innumerables cónsules entre sus ancestros, pretendían descender de uno de los incontables hijos del dios Hércules.

Julio César había meditado mucho su decisión, y mantuvo estrechas relaciones con su sobrino-nieto desde 48 a. C., momento en que Octaviano tomó la toga viril (véase el recuadro «Los rituales de paso» a continuación). Julio César decidió entonces, en su calidad de pontífice máximo (la principal autoridad al frente de la religión

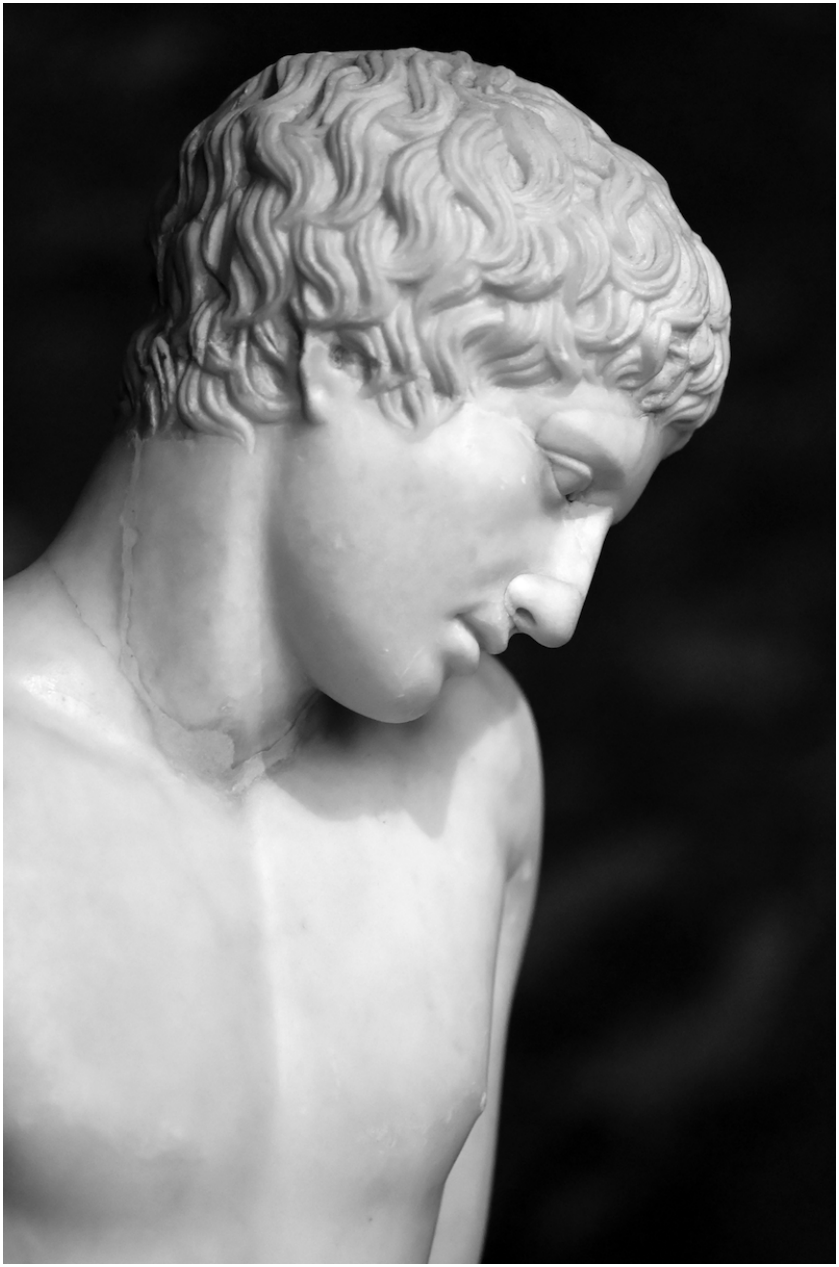
pagana), que su joven pariente fuera nombrado pontífice y, de esta manera, lo adscribió a uno de los colegios sacerdotales más prestigiosos e influyentes de Roma. Al año siguiente, lo designó prefecto urbano y, al regreso de sus campañas militares, le asoció a todos los honores que se le brindaron por sus victorias. Sin embargo, Gayo no participó en las guerras de su tío-abuelo debido a su salud enfermiza, aquejado por graves episodios de asma que arrastraría durante toda su vida.

Los rituales de paso

Cuando un bebé nacía en la Roma imperial, la partera depositaba al niño o la niña a los pies de su padre en el atrio de la casa. Si este se agachaba y lo levantaba entre sus brazos significaba que lo reconocía como hijo suyo y, algunos días más tarde, le imponía uno de los nombres habituales en la familia. Si no lo recogía del suelo, el recién nacido era repudiado y abandonado en un lugar público.

A los 14 años, el niño era convocado, de nuevo, al atrio. Allí se desvestía ante sus parientes y se despojaba de los símbolos de la infancia: la toga pretexta (de color blanco con el borde púrpura) y la bula, un saquito de cuero (u oro) que llevaba al cuello y que contenía una serie de amuletos mágicos que le protegían durante su infancia. A continuación, se vestía con la llamada «toga viril» (totalmente blanca) y, con ello, asumía los derechos y obligaciones de la ciudadanía política: el voto y el servicio militar. A partir de entonces, también podía contraer matrimonio, aunque raramente el ciudadano romano se casaba antes de los 16 o 17 años.

Otro de los rituales de paso era el conocido como «deposición de la barba». El niño se dejaba crecer la barba hasta tenerla suficientemente poblada. Entonces, un barbero se la afeitaba en presencia de sus parientes y la barba era ofrecida a Júpiter Capitolino, el patrón de Roma.



Estatua romana de un efebo. Realizada hacia el año 100 a. C., puede verse en el Museo del Louvre de París.

En el caso de las niñas, su ritual de paso era muy sencillo y casi anónimo. Con su primera menstruación, a los 13 o 14 años, los padres entendían que ya podía ser madre y organizaban su matrimonio. La noche previa a la boda, la muchacha debía recoger sus juguetes, hacer un hatillo y regalárselos a la diosa Artemisa, patrona de las jóvenes casaderas.

▪

Cuando César fue asesinado, Gayo no se encontraba en Italia. Se hallaba en Iliria reclutando tropas para la campaña que César preparaba contra los partos. Con él estaba su amigo Marco Vipsanio Agripa, quien acabaría convirtiéndose en el principal general de Augusto y en su más leal colaborador. Gayo llegó a confiarle misiones militares y civiles, como la construcción de nuevos acueductos y termas, la reparación de calles y cloacas o el gobierno de Siria. Además, una vez nombrado emperador, concedió a Agripa la mano de su hija Julia (21 a. C.), de cuyo matrimonio nacieron tres niños que, a priori, aseguraban la continuidad de la dinastía. A Agripa se le debe también la construcción del edificio conocido como «Panteón de Agripa» (27 a. C.), templo de planta circular consagrado a todos los dioses.

Gayo desembarcó en Calabria y allí se enteró de su herencia, de su adopción por testamento y de su nuevo nombre: Gayo Julio César Octaviano. En aquellas circunstancias, Gayo debió de pensar que la noticia era más mala que buena y que, en el fondo, constituía un regalo envenenado que debía gestionar con precaución. Aun así, inició el camino hacia Roma, pero muy lentamente, manteniéndose bien informado de todo cuanto acontecía en la capital. Durante el trayecto se aseguró aliados que le permitieran disputar a Marco Antonio el liderazgo sobre los cesarianos, el bando integrado por los colaboradores y partidarios de César, principalmente senadores de tendencias políticas populistas y cargos militares de diversa graduación. Entre los primeros aliados de Gayo se encontraban Lucio Cornelio Balbo, cuyos ancestros eran originarios de Gades (Cádiz); Cicerón, enemigo acérrimo de Marco Antonio, aunque él

nunca había sido partidario de César; y Gayo Cilnio Mecenas, gran protector de las artes y de los poetas, que pasaría a la Historia por haber descubierto a Virgilio y a Horacio.

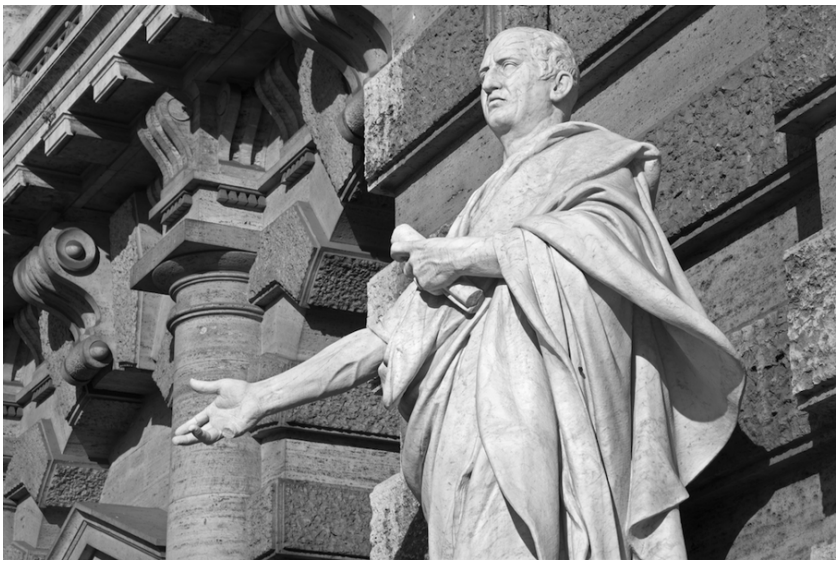
Mientras el joven heredero se iba aproximando a la capital, Marco Antonio, en su calidad de cónsul del año, intentaba resolver el problema de cómo proceder con respecto a los asesinos de Julio César, al tiempo que buscaba la manera de consolidar su liderazgo entre los cesarianos. A tal fin, atrajo a su bando a Marco Emilio Lépido ofreciéndole el cargo de pontífice máximo, es decir, jefe de la religión tradicional que Julio César dejó vacante tras su muerte. El apoyo de Lépido era fundamental, pues estaba al mando de la única legión en la zona, que estaba acampada a las puertas de Roma.

En relación con los asesinos de Julio César, su política fue de clara contemporización. El 17 de marzo, el Senado decretó una amnistía que había sido pactada por Cicerón y Marco Antonio. No obstante, tres días más tarde, coincidiendo con el funeral de Julio César, la plebe, instigada por los veteranos de las campañas del difunto, empezó a gritar clamando venganza contra los tiranicidas. Los domicilios de estos fueron asaltados y tuvieron que abandonar Roma. La indecisión de Marco Antonio a la hora de castigar a los asesinos de Julio César fue la principal baza para la consolidación de Gayo como líder del bando cesariano.

Nada más llegar a Roma y tomar posesión de la inmensa fortuna de su padre adoptivo, Gayo no solo se dedicó a comprar fidelidades, sino que, sobre todo, inició una campaña de propaganda destinada a reparar la imagen del difunto, principalmente contra la acusación de tiranía con la que se justificó su asesinato. Durante los juegos celebrados en honor de Julio César, entre el 20 y el 30 de julio de 44 a. C., al aparecer un cometa en el cielo, Gayo aprovechó para afirmar que el alma de César estaba ascendiendo a los cielos, donde había sido admitido entre los dioses. Con ello, la legitimidad del tiranicidio quedaba invalidada y se justificaba cualquier iniciativa de venganza.

Mientras tanto, Cicerón, representante del bando más conservador entre los senadores, no cejaba en sus críticas a Marco Antonio. A pesar de que Cicerón no participó en el asesinato de César, desde

los primeros momentos todos sus esfuerzos se habían dirigido, en su calidad de antiguo cónsul, a negociar con Marco Antonio una solución al tiranicidio que no supusiera la condena a muerte de los asesinos. Ahora bien, una vez conseguido este objetivo, Cicerón decidió apoyar a Gayo, a quien creía más manejable, para hacer caer a Marco Antonio. Por ello, desde primeros de septiembre, el gran orador dedicó todo su arte a componer las Filípicas, catorce discursos bastante largos y ácidos en los que denunciaba que nada se había solucionado con la muerte de Julio César, puesto que solo se había cambiado a un tirano por otro.



Cicerón publicó varios discursos (las Filípicas) en los que atacaba duramente al cónsul Marco Antonio. En la imagen, estatua del orador y político romano frente al Palacio de Justicia de Roma.

En este contexto político tan hostil, el liderazgo de Marco Antonio sobre los cesarianos se fue desgastando, mientras que los partidarios de Gayo no hacían sino aumentar. En noviembre de aquel mismo año, Marco Antonio decidió marchar hacia el norte, a Módena, con el objetivo de evitar la unión de las tropas fieles a Gayo y las de uno de sus aliados, Décimo Bruto. Allí se hallaba el 31 de diciembre, día

en que, legalmente, su consulado expiraba.

El Segundo Triunvirato

En 43 a. C., Cicerón pronunció la octava Filípica, que sirvió para que el Senado declarara a Marco Antonio responsable del estado de desorden imperante y se decidiera enviar a los dos cónsules del año a obligarle a levantar el sitio de Módena. Cabe recordar que, en los tiempos de la República, los cónsules eran los magistrados de más alto rango y la máxima autoridad política. Estaban investidos con el poder ejecutivo y lideraban los ejércitos en campaña. El cargo era anual y lo ejercían de manera colegiada dos individuos, con poderes idénticos, que se alternaban en la presidencia del Estado de mes en mes.

El ejército enviado contra Marco Antonio fracasó en su empeño y, además, ambos cónsules murieron, por lo que sus cargos quedaron vacantes. En aquel momento, Gayo era el único que contaba con tropas en Roma, una circunstancia que le permitió chantajear al Senado para que le ofreciera el consulado, aun sin tener la edad mínima requerida ni haber ocupado los cargos previos de la carrera senatorial. Una vez nombrado cónsul, Gayo recibió el encargo de asumir la campaña contra Marco Antonio, a quien derrotó en julio de ese mismo año.

Marco Antonio podría haber sido eliminado del mapa político en aquel momento por Gayo, pero algunos de los principales partidarios de Julio César (caso de Asinio Polión, Munacio Planco o Lépido) presionaron para que ambos llegaran a un acuerdo. Lépido actuó como mediador entre ambos y logró que se encontraran cerca de Bolonia. Así pues, estos tres personajes (Gayo, Marco Antonio y Lépido) llegaron a un acuerdo que ha pasado a la Historia con el nombre de «Segundo Triunvirato», inspirado en la alianza que, tiempo atrás, habían establecido Julio César, Pompeyo y Craso para conseguir sus objetivos políticos, conocida como «Primer Triunvirato» (60 a. C.). Mediante la publicación de la Ley Ticia (27 de noviembre) se instauró el cargo de triunviro con una duración

legal de cinco años y con posibilidad de renovación por otros cinco; además, esta nueva magistratura estaba dotada de capacidad legislativa, de autoridad para nombrar magistrados y de una potestad (en latín, imperium) de rango proconsular que le confería los poderes de los procónsules (o gobernadores de provincias). Los triunviros recibieron también la administración de determinadas provincias: Lépido vio confirmada su gobernación provincial de Hispania y la Narbonense; Marco Antonio, de las Galias; y Gayo, de Sicilia y África. Por último, para sellar esta alianza, Gayo se prometió con Clodia, una hijastra de Marco Antonio.

Los triunviros inauguraron su gobierno publicando listas de proscripciones con los nombres de aquellos a los que consideraban enemigos de la República. Quienes aparecían en esas listas perdían sus derechos civiles y su patrimonio, y podían ser ejecutados por cualquier persona (a cambio de una recompensa), y sus cabezas se exhibirían en el foro. Se calcula que los triunviros condenaron a muerte a unos 300 senadores y unos 2000 ecuestres. El primero de la lista de Marco Antonio era Cicerón, que fue asesinado en Formia con la aquiescencia de Gayo, su teórico aliado.

Nuevas guerras civiles

A continuación, Gayo inició la segunda de sus guerras: la persecución de los asesinos de César. Este conflicto constituyó uno de los episodios culminantes de lo que se ha convenido en denominar «las guerras civiles». Mediante este término se alude a un largo período de pugnas fechado entre los años 88 y 30 a. C. que abarca cuatro grandes confrontaciones: la de Mario contra Sila (88-80 a. C.), la de Julio César contra Pompeyo (49- 45 a. C.), la de Gayo y Marco Antonio contra los tiranicidas (43-42 a. C.) y la de Gayo contra Marco Antonio y Cleopatra (32-30 a. C.). Excepto en el último de los casos, la disputa enfrentaba al líder de los «populares», un sector más progresista de la aristocracia senatorial que se vindicaba como defensor de los intereses de los plebeyos (Mario, Julio César, Gayo y Marco Antonio estuvieron en este bando), y al adalid de los «optimates», un grupo de senadores más conservadores y preocupado por mantener sus privilegios de clase (Sila, Pompeyo y los tiranicidas). Estos conflictos entre ciudadanos supusieron un gran derramamiento de sangre y se convirtieron en motor de la evolución política de Roma en el último siglo de la República, pues afianzaron el liderazgo político de los populares. Asimismo, muchas de las familias senatoriales más antiguas y conservadoras sucumbieron por completo, de manera que pocos quedaban al final de estas guerras para oponerse a la creación del Imperio.

La venganza de Gayo sobre los tiranicidas se alcanzó en las dos batallas de Filipos (Macedonia), la del 23 de octubre y la del 14 de noviembre de 42 a. C., que fueron calificadas de «tumba de ciudadanos» por el poeta romano Propercio. Las fuerzas de ambos ejércitos estaban muy igualadas y rondarían los 100 000 combatientes entre legionarios y unidades de caballería. Ante la inexperiencia militar de Gayo, fue Marco Antonio quien dirigió las hostilidades por parte del bando de los cesarianos, mientras que las tropas de los tiranicidas estaban divididas entre Casio y Bruto. Por

ello, mientras que las tropas de Marco Antonio atacaban las de Casio y tomaban su campamento, Bruto caía sobre las tropas de Gayo y conquistaba el del heredero de César. La primera de las batallas de Filipos acabó en empate, pero Casio, creyendo que su bando había perdido, se suicidó (23 de octubre de 42 a. C.).

La segunda batalla tuvo lugar tres semanas más tarde, y ese lapso de tiempo lo ocuparon ambos contendientes en mejorar sus posiciones sobre el terreno. Bruto, ante el temor de que sus tropas desertaran, lanzó una ofensiva que resultó muy cruenta, pero que no consiguió romper las filas del ejército de los triunviros. Abandonado por todos, él también decidió que el suicidio era la salida más honorable (14 de noviembre de 42 a. C.). Los tiranicidas supervivientes fueron ejecutados, con unas pocas excepciones.

Tras esta victoria, Marco Antonio decidió cambiar su proconsulado en las Galias por una campaña en Oriente contra el Imperio de los partos. Mientras se hallaba en Tarso (actual Turquía), Cleopatra VII, reina de Egipto y antigua amante de César, se presentó allí para convertir al general romano en protector de su reino. Marco Antonio se instaló en Alejandría, se hizo amante de la reina y, al cabo de poco tiempo, empezó a ser visto por sus propios partidarios como un líder débil que había abandonado su fidelidad a Roma para servir a los intereses de Egipto. En aquel momento, el reino del Nilo era el único de los estados helenísticos que no había caído en manos de los romanos, y la reina Cleopatra sabía que las fabulosas riquezas de su país podían ser un buen reclamo para las arruinadas arcas de estos. Los últimos gobernantes de Egipto habían aceptado convertirse en un protectorado romano, pero Cleopatra aspiraba a devolver la independencia a su país.

Marco Antonio y Cleopatra, ¿amantes o estrategas?

La visión moderna que se tiene de esta pareja, reforzada por la literatura y el cine del siglo XX, pone el acento en la vertiente

sexual de su relación. Por una inevitable transposición con la Elizabeth Taylor de la Cleopatra (1963) de J. L. Mankiewicz, nos hemos imaginado a una reina egipcia de perturbadora y deslumbrante belleza, aunque lo cierto es que, según se lee en los textos clásicos, más que hermosa, resultaba atractiva.

Además, era una mujer culta capaz de mantener conversaciones de naturaleza política. De ahí que la alianza entre Marco Antonio y Cleopatra, aun incluyendo un marcado carácter sexual, pues tuvieron descendencia juntos, también se fundara en la mutua conveniencia política.

Cleopatra no solo obtuvo de Marco Antonio la seguridad de las fronteras de su reino, sino que consiguió que le cediera territorios en poder de Roma: Chipre, Creta, Cirenaica, Fenicia, Cilicia y la Arabia Nabatea. Por su parte, Marco Antonio obtuvo de Cleopatra tropas, enormes cantidades de dinero y una flota con la que intentar derrotar a Gayo Julio César Octaviano, su colega en el triunvirato y principal enemigo.

▪

Mientras tanto, en Roma, Gayo se dedicó a consolidar su poder derrotando a los partidarios de Marco Antonio en la batalla de Perugia (40 a. C.) y buscando neutralizar a otro de sus enemigos políticos, Sexto Pompeyo, hijo menor de Pompeyo Magno y famoso rival de César que se había apoderado de Sicilia y no reconocía el poder de los triunviros. Para revertir esto, Gayo estableció sus estrategias matrimoniales. Rompió su compromiso con Clodia y se casó con Escribonia (40 a. C.), la hermana del suegro de Sexto Pompeyo. Al año siguiente, se enamoró de Livia, representante de una familia antigua y distinguida que contaba con numerosos cónsules entre sus ascendientes. Tanto Gayo como Livia estaban casados. Gayo acababa de ser padre de una hija, Julia, y Livia estaba embarazada de su segundo hijo. No obstante, ambos se divorciaron de sus respectivas parejas y se unieron en matrimonio. Por otro lado, en 40 a. C., Marco Antonio había enviudado de su esposa romana y Gayo le forzó a casarse con su hermana Octavia Menor, aunque él tenía ya tres hijos de Cleopatra que los romanos

se negaban a reconocer como legítimos.

Durante los años siguientes, Gayo se decidió a consolidar su preeminencia en Occidente. En 36 a. C. derrotó definitivamente a Sexto Pompeyo y destituyó a Lépido, a quien concedió una generosa pensión y apartó de la política. Mientras, Marco Antonio no consiguió derrotar completamente a los partos y cometió un error político tras otro, especialmente el de ceder a Egipto territorios que estaban en poder de los romanos. Además, en 32 a. C. repudió a Octavia Menor, una grave ofensa que Gayo utilizó para iniciar una campaña de desprestigio contra Marco Antonio, en la que le presentó como un traidor a Roma con ambiciones de monarca oriental. Finalmente, Marco Antonio fue declarado enemigo público y derrotado en las batallas de Accio (31 a. C.) y Alejandría (30 a. C.), mediante las cuales se puso fin al largo período de las guerras civiles.

Sin lugar a dudas, Accio fue la victoria más decisiva en el enfrentamiento entre los triunviros. Gayo propuso a Marco Antonio una conferencia para arreglar sus diferencias, pero este desoyó esas propuestas. La batalla fue naval y tuvo lugar a la entrada del golfo de Ambracia (Grecia). Gayo confió a Agripa el mando de su flota, que era muy superior a la del rival. Agripa bloqueó la salida del golfo con dos hileras de barcos, pero Marco Antonio consiguió despistar el cerco para que Cleopatra y las naves del tesoro egipcio pudieran escapar. A continuación, Agripa logró arrinconar al buque insignia de Marco Antonio, pero este huyó al navío de Cleopatra y, junto con los restos de su flota, navegaron hacia Egipto. En unos versos inmortales, Virgilio mitificó la victoria de Accio haciendo participar en ella a las divinidades romanas mismas: «Todo el linaje de monstruosas divinidades y el ladrador Anubis empuñan sus armas contra Neptuno, Venus y Minerva. En lo más recio de la pelea, Marte se enfurece cincelado en el hierro, y las tristes Furias avanzan por el éter. La Discordia las acompaña, jubilosa, con el manto desgarrado, seguida de Belona esgrimiendo su sangriento flagelo. Contemplándolo todo desde las alturas, Apolo, protector de Accio, dispara su arco, provocando que Egipto, y los indios, los árabes y los sabeos vuelvan la espalda aterrados».

Fue en Alejandría donde tuvo lugar el último episodio de este

conflicto. Marco Antonio logró repeler el primer ataque, pero sus tropas sucumbieron al segundo (agosto de 30 a. C.). Tradiciones literarias de épocas más tardías han explicado que tanto Marco Antonio como Cleopatra se suicidaron tras la derrota, pero no existe ningún fundamento en tal afirmación, con lo que el fin de ambos personajes quizá no fue tan romántico como se nos ha presentado. Incluso cabe la posibilidad de que la muerte de Cleopatra no se produjera como consecuencia del veneno de un áspid camuflado en un cesto de fruta sino, más bien, por causa de una espada romana.

La muerte de Cleopatra (1892), obra de Reginald Arthur. Según la leyenda, la reina murió por la picadura de una serpiente que estaba escondida en una cesta de higos que le regalaron.

Con la muerte de Marco Antonio, Gayo se convirtió en el único gobernante legítimo de una República que llevaba decenios agonizando. Marco Antonio fracasó en vida en su empeño por conseguir ese mismo objetivo, aunque sí lo conseguiría a través de tres descendientes suyos que reinaron consecutivamente en Roma: Calígula (su bisnieto), Claudio (su nieto) y Nerón (su tataranieto).

De Gayo Julio César Octaviano a Augusto, princeps de Roma

Tras sus victorias en Accio y en Alejandría, Gayo se convirtió en el líder indiscutible de la República, aunque él mismo fue consciente del alto precio que había pagado para conseguirlo y de las infracciones legales cometidas. Sin embargo, sus méritos como vengador de la muerte de Julio César y como restaurador de la paz, tras el largo período de las guerras civiles, sirvieron para legitimar todas sus actuaciones.

Uno de sus primeros actos al regresar a la capital tras finalizar la campaña en Egipto (29 a. C.) fue el de cerrar las puertas del templo de Jano. Las tradiciones ancestrales de los romanos prescribían que esas puertas debían estar abiertas mientras Roma se hallara en guerra, por lo que en los tiempos republicanos se habían cerrado solo en contadas ocasiones. Gayo las cerró más de una vez, y alardeó de ello, con lo que denotó un cambio en la concepción tradicional sobre la guerra. Mientras que, en la República, la guerra había sido una fuente constante de prestigio para los senadores, Gayo se distanció de este tipo de discurso convirtiendo la «paz Augusta» (es decir, la paz propiciada por el emperador) en el objetivo de todo reinado. De ahí que, hacia finales de su vida, decidiera construir un monumento conocido como el «Altar de la Paz», que ubicó en las proximidades de su mausoleo.

Sin embargo, la eliminación de Lépido y Marco Antonio supuso también el fin de los poderes de Gayo como triunviro, renovados por última vez en 33 a. C. Para continuar en el poder, entre los años 31 y 27 a. C., Gayo ocupó reiteradamente el consulado, a pesar de que no estaba bien visto repetir en el cargo, y en 28 a. C. recibió el título de princeps (es decir, presidente del Senado), una designación que le permitía decidir la agenda de las sesiones, fijar el calendario de las reuniones y abrir los turnos de debate exponiendo su opinión en primer lugar, además de recibir a las embajadas extranjeras y de

escribir despachos en nombre de esta institución. Ahora que la República estaba libre de todo peligro, resultaba difícil justificar su acaparamiento del consulado, por lo que, el 13 de enero de 27 a. C., anunció solemnemente en el Senado que renunciaba a sus poderes extraordinarios y los restituía al Senado y al pueblo de Roma. En el fondo, se trataba de una estrategia para evitar que se le acusara de aspirar a la realeza, lo que entrañaría el riesgo de ser víctima de un tiranicidio.

El Ara Pacis, el «Altar de la Paz», símbolo de la tranquilidad de los tiempos propiciada por el emperador Augusto.

El Senado no se resignó a aceptar la dimisión de Gayo, por lo que, en una sesión de tres días, buscó nuevos títulos con los que honrarle, evitando los de rey, señor o dictador. Al término de los debates se propuso la concesión del título de Augusto (en latín, Augustus), un epíteto que se destinaba a los objetos consagrados a las divinidades y que, al aplicarse a Gayo, lo hacía merecedor de veneración religiosa. Al tratarse de un título nuevo, no estaba contaminado por ningún prejuicio desfavorable y, además, era una concesión del Senado y del pueblo de Roma, con lo que no podía

acusársele de aspirar a la realeza. Teóricamente, el Augusto no era un magistrado, pero esta condición implicaba evidentes connotaciones religiosas y políticas. Gayo lo utilizó como núcleo de su estrategia de concentración de poderes y, sobre todo, lo convirtió en su nueva denominación personal. Por eso, a partir de este momento nos referiremos a él, con toda propiedad, como Augusto.

La primera medida de Augusto, dentro de esa política de acaparamiento de poderes, fue controlar el consulado, magistratura que ejerció trece veces: en 43 a. C., entre 33 y 23 a. C (diez ocasiones más), en 5 y 2 a. C. Además, desde los tiempos del triunvirato (40 a. C.) gozaba de la potestad máxima (el imperium maius), que le concedía el poder de organizar y gestionar los mandos militares, administrar la justicia civil y criminal y convocar al Senado y las asambleas del pueblo; por otra parte, esta potestad comportaba el título de imperator, nombre con el que se aclamaba públicamente al general victorioso. Desde 36 a. C., Augusto también contó con la potestad tribunicia de los antiguos tribunos de la plebe. En realidad, él no fue tribuno, pero sí se benefició de las potestades de estos, principalmente el derecho a convocar las asambleas populares, a proponer plebiscitos con rango de ley y a vetar cualquier propuesta legislativa que, a su entender, perjudicara los intereses del pueblo; además, el tribuno de la plebe no podía ser asesinado, pues su persona era sagrada e inviolable. Otro poder destacado que se hizo atribuir fue la potestad de procónsul (27 a. C.), que le fue conferida sin restricción de tiempo ni de lugar y que le facultaba para intervenir en las provincias, tanto civil como militarmente, con un poder superior al de los cónsules y los gobernadores. Todo ello fue completado en 19 a. C. con la concesión de la potestad de los censores, que le permitía revisar cada cinco años las listas de los integrantes de las clases senatorial y ecuestre, expulsar de ellas a sus miembros indignos e incluir a quienes deseara. Por último, en 2 a. C., Augusto fue honrado con el título de «padre de la patria» (en latín, pater patriae), concesión conjunta del Senado y del pueblo de Roma. Se trataba de un título que ya le había sido ofrecido a Julio César y que Augusto recibió con emoción, pues le facultaba como árbitro de la política romana en el tradicional conflicto entre Senado y plebe. Y, por si esto no resultaba suficiente, su nombre fue objeto de todo tipo de conmemoraciones, celebraciones y rogativas públicas.

Augusto fue el inesperado heredero de Julio César, que había muerto asesinado el 15 de marzo del año 44 a. C. En la imagen, copia moderna de la estatua de Augusto de Prima Porta, en el centro de Roma.

Augusto revistió su poder político de un aura sagrada, y acaparó la mayor parte de los cargos religiosos, entre ellos el de augur, que era el encargado de los auspicios, y el de sacerdote fecial, responsable de verificar la justicia divina de la guerra. Con todo, en este ámbito, la magistratura más significativa que consiguió fue la de pontífice máximo, que ejerció desde 13 a. C., tras la muerte del extriunviro Lépido, que lo había ostentado hasta entonces.

Tal como se desprende de este elenco de poderes, en realidad Augusto no perturbó el orden institucional creando magistraturas nuevas. Respetó las que ya existían y, aparentemente, no cambió nada en la República, aunque sí creó un sistema de poder en paralelo que se apoyaba únicamente en él, debido a la concentración de potestades y no de magistraturas. Augusto insistió siempre en la legalidad de su régimen, puesto que los títulos le fueron ofrecidos con el consenso de todos y nunca aceptó

magistraturas nuevas.

Además de esta concentración de poderes, Augusto consolidó su posición con una serie de estrategias. En primer lugar, confirió una gran relevancia a tres magistraturas que consideraba estratégicas para mejorar la Administración del Estado, caso de la prefectura del pretorio, responsable de la guardia pretoriana, encargada de la seguridad del emperador; del prefecto de los vigiles, encargado de la seguridad ciudadana en Roma; y del prefecto de los abastecimientos (en latín, annonae), que debía asegurar el suministro de grano en la capital. Especialmente relevante para los intereses imperiales resultó la creación de la guardia pretoriana, cuerpo militar que no solo custodiaba la vida del emperador sino que, por extensión, también asumió la defensa militar de Roma, ciudad que no había contado con ningún ejército profesional permanente con anterioridad. Se componía de unos 10 000 soldados que habían destacado durante su servicio en las filas del ejército, y su sueldo era bastante más elevado que el de los simples legionarios.

Los designados para ocupar estos nuevos cargos salieron de entre los ecuestres (también conocidos como «caballeros»). Al apoyarse políticamente en los miembros de esta clase, Augusto se aseguró su fidelidad, pues los elegidos ambicionaban que el emperador los promocionase al rango senatorial como premio a sus servicios.

La paz con los partos

En el siglo III a. C., al otro lado de la frontera romana del Éufrates se conformó un poderoso estado conocido como «Imperio de los partos», cuyo núcleo serían las tierras del moderno Irán. Las riquezas de los partos eran legendarias y los generales romanos soñaban con hacer un gran botín saqueando sus ciudades. Sin embargo, las primeras campañas romanas contra los partos acabaron en un rotundo fracaso. Marco Licinio Craso, amigo y

colaborador de César, halló la muerte en una de ellas (53 a. C.) y Marco Antonio se vio obligado a abandonar sin obtener resultados decisivos. En cada una de estas derrotas, los partos capturaron un número significativo de estandartes de las legiones (conocidos como «águilas»), lo cual constituía un oprobio para el orgullo de los romanos.

Augusto acordó una paz con los partos (1 d. C.) que aplacó la frontera oriental durante decenios y le permitió recuperar todas las insignias militares. La devolución de las águilas fue esculpida en el torso de una de sus estatuas, la conocida como «Augusto de Prima Porta».

En segundo lugar, para consolidar su poder, Augusto transfirió la mayor parte de las atribuciones del Senado a su consejo privado (conocido como «consejo del príncipe»), integrado por los miembros del círculo íntimo del emperador, así como por una representación de los cargos de la Administración, tanto de la clase senatorial como de la ecuestre. Aun así, las leyes se discutían y aprobaban en el Senado, en aras de mantener la ficción de que Augusto gobernaba conjuntamente con este (se trata de una estrategia política conocida con el nombre de «diarquía augustea»). Pero el Senado tan solo retuvo unas pocas competencias efectivas: la administración de Roma, Italia y las llamadas provincias senatoriales (las cuales, como en seguida veremos, no se prestaban a conflictos que pudieran minar el control del emperador); la recepción de las embajadas extranjeras; la autorización para tomar decisiones durante la ausencia del príncipe; ciertas funciones como tribunal de justicia, especialmente para juzgar a los senadores; la concesión del triunfo por las victorias imperiales; y la iniciativa de divinizar, o no, al emperador reinante una vez muerto. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que todas estas decisiones se tomaban en presencia del emperador, en su calidad de presidente de las sesiones.

No solo las atribuciones políticas del Senado fueron recortadas, también se redujeron al mínimo las de las magistraturas. Así, por ejemplo, los tribunos de la plebe perdieron su iniciativa legislativa,

aunque teóricamente conservaron su poder para vetar las leyes que creían contrarias a los intereses del pueblo; y los cónsules fueron privados de todas sus funciones ejecutivas, reducidos al mero prestigio del título y a la vanidad de la función, con la única ocupación de inaugurar su año consular pagando unos espléndidos juegos.

En lo que a la administración provincial se refiere, Augusto creó dos tipos de provincias: las senatoriales y las imperiales. Las primeras, como se ha indicado, eran administradas por el Senado y, por su condición de pacificadas, no requerían la presencia de tropas. Las segundas, más numerosas que las senatoriales, eran gestionadas directamente por el monarca, quien las administraba en beneficio del pueblo romano. En tanto que no estaban pacificadas, requerían la presencia de soldados y sus gobernadores eran escogidos por Augusto, preferentemente entre los miembros de la clase senatorial, aunque también los había de rango ecuestre. Al margen de estos dos bloques provinciales, Egipto gozaba de un régimen especial, pues era considerado patrimonio personal del emperador y sus rentas alimentaban su caja privada. El gobernador era de rango ecuestre y ningún senador podía entrar en el país sin permiso explícito del soberano.

El tercer frente de la estrategia de Augusto consistió en buscar el apoyo del pueblo combatiendo sus principales problemas: el hambre, las deudas y sus precarias condiciones de vida. Augusto sabía que la miseria del día a día de la plebe era una de las causas por las que esta había sido instrumentalizada políticamente durante el último siglo de la República. De ahí que, a fin de evitarlo en el futuro, diseñara normas para asegurar la alimentación de la plebe (con la creación del prefecto de los abastecimientos) y distanciarla de las preocupaciones políticas (incrementando la frecuencia y la duración de los juegos, que podían llegar a celebrarse durante toda una semana). Tradicionalmente, a esta estrategia augustea se la conoce como política de «pan y circo» (en latín, panem et circenses).

Panem et circenses ('Pan y circo')

Muchos son los autores clásicos que se refieren a la política de pan y circo en época imperial. De entre ellos, destaca Juvenal, quien, a finales del siglo I-inicios del siglo II, escribió: «Hace mucho que la plebe ha perdido interés por la política, y este pueblo que antes concedía generalatos, fasces y legiones, ahora deja hacer y solo desea con avidez dos cosas: pan y espectáculos». Esta expresión se sigue utilizando en nuestros días para referirse a políticas que no resuelven los problemas reales de la población, sino que crean estrategias de distracción.

Los ejes políticos del reinado de Augusto también incluyeron reformas en los ámbitos militar, social y urbanístico. El ejército pasó a ser permanente y organizado en torno a legiones de 6000 soldados que combatían únicamente por la paga, pues Augusto acabó con la política de concesión de tierras que tantos problemas había causado en los tiempos de la República.

En el aspecto social, Augusto se dedicó a combatir la relajación en las costumbres sexuales y la ostentación de riqueza. En relación con lo primero, el emperador estableció una serie de leyes que castigaban el adulterio con penas que incluían el exilio y de las cuales fueron víctimas las dos Julias, su hija y su nieta. En cuanto a la ostentación, Augusto legisló restrictivamente mediante leyes suntuarias que limitaban los gastos en la comida, el vestir o las joyas. Además, en su empeño por propiciar la recuperación demográfica del Imperio tras un siglo de guerras, llegó a castigar a los célibes y a premiar a las madres de más de tres hijos.

Por último, el monarca también se preocupó de reforzar el urbanismo romano mediante la mejora de sus calles, pero, sobre todo, con una política de grandes construcciones, como el denominado «Foro de Augusto», una gran plaza porticada de 15 000 m2 que estaba adosada al Foro de César y presidida por un templo

monumental en honor de Marte Vengador. La funcionalidad de este espacio era, sobre todo, simbólica y propagandística, de ahí la significativa dedicación del templo, en clara alusión a la venganza por el asesinato de Julio César cumplida en Filipos. En el foro se daba publicidad a las leyes y tenían lugar los repartos gratuitos de dinero y alimentos, con lo cual el emperador se aseguraba el apoyo de sus súbditos. A ambos lados del santuario, en las dos exedras que lo circundaban, el emperador mandó colocar estatuas de generales romanos premiados con un triunfo por sus victorias, entre ellos, las de los miembros de su familia adoptiva, la Julia. Fueron tantas las empresas arquitectónicas acometidas que, al final de sus días, Augusto declaró orgulloso que había heredado una Roma de ladrillo y la había dejado de mármol.

El esplendor de la literatura

A pesar de dedicar toda su atención a los problemas políticos, militares, sociales y urbanísticos, Augusto también contaba entre sus consejeros con literatos y artistas, caso de Mecenas, y estos se ocuparon de que los éxitos políticos de un período brillante se vieran complementados con hitos literarios. Durante su reinado se publicaron dos obras clave de la literatura romana: la Eneida, de Virgilio, y la Historia romana, de Tito Livio. La Eneida es un poema épico compuesto en verso por Virgilio entre los años 29 y 19 a. C., que presenta a Roma como descendiente de Troya a través de Eneas. A lo largo de los doce libros que componen la obra, se describe el periplo de Eneas desde Troya hasta el Lacio acompañado por su padre, llamado Anquises (fallecido antes de llegar a Italia), y Julo Ascanio (considerado el fundador del linaje de los Julios). Desde una perspectiva política, la publicación de la Eneida no solo permitió a Augusto consolidar la justificación mítica del linaje de los Julios, sino también dar a conocer la promesa solemne hecha por los dioses a su antepasado, referida a que los descendientes de Eneas obtendrían el dominio sobre el mundo.

La Historia romana de Tito Livio (también conocida por su título latino, Ab urbe condita) abarca desde los tiempos de la fundación de Roma hasta el año 9 d. C, pues la muerte del autor impidió que la continuara más allá. El objetivo subyacente, aunque expresado con gran honestidad profesional, era el de mostrar la continuidad del régimen imperial con respecto al pasado republicano de Roma.

Virgilio y Tito Livio, no obstante, no fueron los únicos escritores relevantes de este período, que supuso una edad de oro para la literatura romana. Mecenas también presentó a Augusto un nutrido grupo de poetas, entre los que ganaron fama universal Propercio, Horacio y Ovidio. Propercio escribió Elegías, una compilación de poemas entre los que destacan los de temática amatoria, dedicados a Cintia, su musa. Horacio compuso una serie de obras muy

conocidas, tales como Sátiras o Arte poética, siempre en verso, pero ya en la Antigüedad se le consideró el poeta lírico romano más grande por sus Odas. Ovidio fue también un autor prolífico. Entre sus primeras composiciones destaca Metamorfosis, obra centrada en relatos mitológicos; pero fue en la temática amatoria en la que se inscribieron la mayor parte de sus creaciones: Remedios contra el amor, Amores y el Arte de amar, por ejemplo. La erótica sensualidad de sus provocativos versos fue, probablemente, la causa por la que Augusto le obligó a exiliarse a Tomis (Constanza, Rumanía), a orillas del mar Negro, en los confines más remotos del Imperio.

Carpe diem ('Aprovecha el día')

Sin lugar a dudas, se trata del aforismo más famoso de la literatura romana. Horacio lo incluyó en una de sus Odas de temática consolatoria, con el mensaje de «aprovecha el día», como una reflexión ante la brevedad de la vida y la necesidad de vivir intensamente. El poema en su conjunto aconseja un género de vida centrado en el presente y despreocupado ante los enigmas del futuro: «Sé prudente, mezcla el vino y reduce las largas esperanzas, pues breve resulta la existencia. Mientras hablamos, huye la edad envidiada. Aprovecha el día, no confíes en el mañana».

Aunque son muchos los que atribuyen a Horacio la autoría de este principio vital, un mensaje parecido se encuentra ya en la primera obra de la literatura universal, el Poema de Gilgamesh, escrito en Mesopotamia en el III milenio a. C. El héroe del relato, Gilgamesh, obsesionado por lograr la eterna juventud, fue aconsejado por una mujer sabia para que se contentara con vivir el día a día: «Llena tu vientre, goza de día y de noche. Cada día, celebra una alegre fiesta».

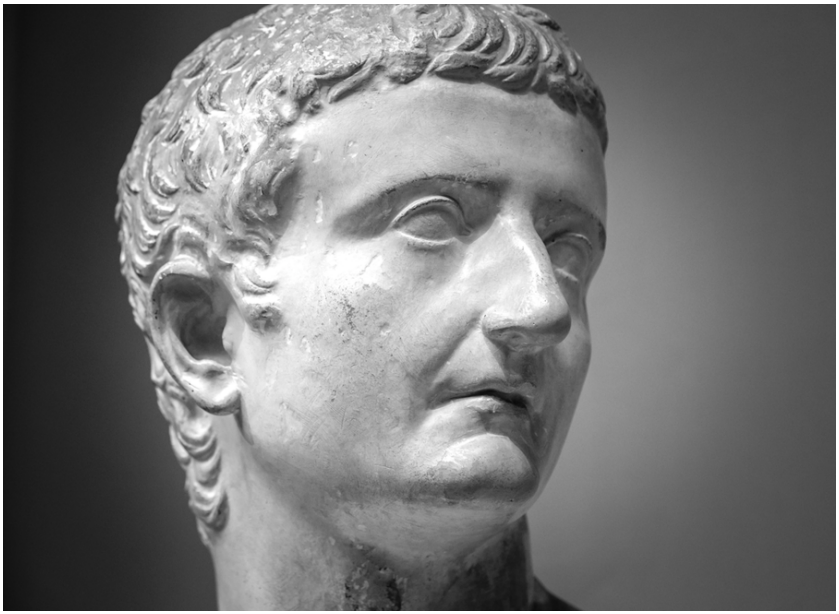
Los Julio-Claudios

~ 14-68 d. C. ~

Tiberio, el heredero no deseado

La vejez de Augusto no fue feliz. En primer lugar, sobrevivió a muchos de sus colaboradores políticos, especialmente a Agripa. En segundo lugar, vio a dos de sus tres nietos morir en plena juventud, mientras que el tercero era recluido por enajenamiento. Por último, como se ha indicado, tuvo que exiliar a su hija y a su nieta por sus notorios escándalos sexuales, que transgredían las severas leyes contra el adulterio y la relajación de las costumbres matrimoniales auspiciadas por Augusto en el marco de su política de regeneración moral.

Además, cuando Augusto murió (el 19 de agosto de 14 d. C.), a la edad de 76 años, solo contaba con un heredero plausible: Tiberio, el primogénito del primer matrimonio de su esposa Livia, destinada a sobrevivirle durante quince años más. El problema era que Augusto nunca había deseado a Tiberio como sucesor, a pesar de haberle concedido la mano de su hija Julia y de haberle adoptado como hijo. Tiberio tenía un carácter muy hosco y desagradable, en contraste con las maneras cordiales y afables de su padre, y, además, no había sabido hacer funcionar su matrimonio con Julia, por lo que Augusto sufrió viendo la infelicidad de su hija. No obstante, a falta de un candidato más idóneo, Tiberio fue el designado para suceder a Augusto en el trono imperial. Según se cuenta, al abrirse el testamento de Augusto, este confirmaba con palabras muy duras a Tiberio como heredero diciendo: «Dado que la cruel fortuna me ha arrebatado a Gayo y Lucio, sea pues Tiberio César mi heredero». Gayo y Lucio eran sus dos nietos, hijos de Julia y Agripa, respectivamente, fallecidos hacía ya mucho tiempo. El tercero, Agripa Póstumo, vivía exiliado a causa de su locura y fue rápidamente eliminado por Tiberio.



Tiberio sucedió a Augusto en el año 14. En la imagen, escultura de mármol del emperador expuesta en el Museo Romano-Germánico de Colonia.

Todos los poderes de Augusto le fueron transmitidos, en bloque y sin oposición, a Tiberio, con quien se estableció en Roma la primera de las dinastías que rigieron los destinos del Imperio: los Julio-Claudios. Esta denominación aúna los nombres de los dos linajes que la conformaron: los descendientes de Augusto (los Julios) y los descendientes de Tiberio (los Claudios), algunos de los cuales fueron adoptados en el seno de la familia Julia.

Según los textos clásicos, Tiberio fue un emperador abominable y terrible, cuyo recuerdo fue condenado casi de manera unánime. Su reinado nos ha llegado un poco deformado por esta historiografía hostil, escrita con posterioridad a su reinado, que llegó a imaginar a Livia, su madre, eliminando uno a uno a los herederos de Augusto con el fin de asegurar la entronización de su hijo. Sin embargo, lo más probable es que se trate de acusaciones sin mucho fundamento. Esta animadversión historiográfica se explicaría por el hecho de que

Tiberio fue el sucesor de Augusto, y, por tanto, cabría preguntarse si los senadores romanos, admiradores del sistema republicano, estaban dispuestos a dar una oportunidad al heredero impuesto al Senado por el testamento del emperador. Por otra parte, son muchos los que piensan que a Tiberio el Imperio le cayó como una pesada carga, sobre todo porque le tocaba luchar contra la alargada sombra de su admirado predecesor, a quien todos querrían que imitara e, incluso, que superara.

Ahora bien, en algunos aspectos, su gobierno no fue nada desafortunado. Al ocupar el trono, Tiberio tenía 55 años y acumulaba una gran experiencia como general al servicio de Augusto. Como emperador, se distinguió por dos cualidades sobresalientes: un gran sentido del deber y la continuidad con la línea política de Augusto. Su mayor defecto consistió en que trató de imitar a su predecesor, pero sin imaginación.

Se preocupó de mantener la concordia entre el poder imperial y el Senado (la «diarquía augustea»), instituyó una política financiera de riguroso ahorro para hacer frente al gasto militar y continuó la política expansionista de Roma en Germania, en el Danubio y en Oriente, lo cual le permitió añadir nuevas provincias al Imperio, caso de las dos Germanias, Panonia, Mesia y Capadocia.

Ahora bien, los éxitos en el espacio público se vieron enturbiados pronto por los dramas familiares, pues durante su gobierno se produjeron diversas muertes en el linaje de su sobrino Germánico, hijo de su hermano menor Druso, que era el segundogénito del primer matrimonio de Livia. Germánico se distinguió como general en tiempos de Augusto y falleció en Siria en circunstancias misteriosas (19 d. C.). Muchos senadores pensaban que el gobernador de aquella provincia lo había envenenado siguiendo órdenes de Tiberio, acomplejado por la enorme popularidad de su pariente entre la plebe romana. Agripina Mayor, la esposa de Germánico, se convirtió en su vengadora, reuniendo en torno a ella a todos los opositores políticos de Tiberio y no permitiendo que el pueblo se olvidara del asesinato de su marido. Sin embargo, solo consiguió ser enviada al exilio junto con sus hijos mayores, que acabaron muriendo trágicamente. Las tres hijas del matrimonio, así como el menor de los hijos, conocido como «Calígula», se salvaron

del castigo y se quedaron en Roma bajo la tutela de su abuela paterna.

En el año 26 d. C., agobiado por los problemas con la familia de Agripina Mayor y acosado por Livia, quien no perdía ocasión de criticar sus decisiones, Tiberio abandonó Roma y estableció su residencia permanente en la isla de Capri. Su hombre fuerte en el Senado fue Elio Sejano, el prefecto del pretorio, quien acabó conspirando para hacerse con el trono. Todo ello acentuó la desconfianza de Tiberio en las personas de su entorno más íntimo, y su aislamiento en Capri se extremó, alimentando una paranoia que provocó una nueva oleada de ejecuciones en la capital. Su muerte (37 d. C.), a los 79 años, fue acogida en Roma con una alegría generalizada y la plebe se mofó de su memoria gritando la consigna: «Tiberio, ¡al Tíber!».

El nacimiento del cristianismo

Aunque Jesús nació durante el principado de Augusto, no empezó a predicar hasta que cumplió 30 años, y, para entonces, ya reinaba Tiberio. Igualmente, en nombre de este soberano, Jesús fue condenado a la cruz por Poncio Pilato (33 d. C.), gobernador de Judea, personaje histórico que ha sido documentado a través de inscripciones. Los historiadores romanos no concedieron demasiada importancia a esta ejecución, pues los adeptos al cristianismo, en aquella época, debían de ser muy pocos.

En un primer momento, los cristianos únicamente se reclutaron entre judíos, pues solo estos podían comprender el papel de Jesús como Mesías. Fue Pablo quien tuvo la idea de ampliar la base de adeptos de esta religión predicándola también entre los gentiles (es decir, los que no eran judíos). Seguramente, la comunidad cristiana de Roma, que se documenta por primera vez durante el reinado de Claudio, estaba integrada por ambos tipos de fieles.

Calígula, el primero de los emperadores locos

El sucesor de Tiberio en el trono fue su sobrino Calígula, de 24 años, quien inauguró el reinado deshaciéndose de otros parientes de su tío candidatos al trono. Su nombre oficial era Gayo Julio César Augusto Germánico. Calígula, el nombre con el que ha pasado a la posteridad, se derivaba de un epíteto cariñoso que le pusieron los soldados de su padre al verle correr por los campamentos, cuando era niño, calzado con unas diminutas sandalias militares (en latín, caligae). Tiberio necesitó veintitrés años de reinado para hacerse odiar. A Calígula le bastaron cuatro.

Los primeros siete meses del gobierno de Calígula resultaron bastante afortunados. En el plano político, mostró un gran respeto hacia el Senado y proclamó una amnistía general que perdonaba a todos los condenados y exiliados por causa de la paranoia de Tiberio. Además, redujo los impuestos más impopulares, repartió dinero y alimentos entre el pueblo y los soldados, y subvencionó una gran cantidad de juegos. Todo ello incrementó su aceptación no solo en Roma, sino también en las provincias.

Al término de este período, Calígula fue víctima de una enfermedad muy grave que le mantuvo postrado en cama durante varios meses. Aunque, al final, el emperador se recuperó totalmente, sufrió un profundo cambio en su personalidad: tenía la convicción de que se había transformado en un dios. Fue en esta segunda parte de su reinado cuando tuvieron lugar las «locuras» que la historiografía romana le ha atribuido, tales como: el incesto con su hermana Drusila; las amenazas de muerte por los motivos más triviales; y, por encima de todo, la concesión de las insignias consulares a su caballo favorito, Incitato, para el cual también se construyeron lujosos establos de mármol.

En este orden de cosas, las fuentes clásicas mencionan una

estrafalaria y costosa campaña contra Britania en el año 40 que no llegó ni a pisar la isla. Ya desde los tiempos de Julio César, Roma había soñado con la conquista de Britania para beneficiarse de la riqueza mineral de la isla y esclavizar a las tribus que se le opusieran. Asimismo, en un plano más político, la independencia de Britania comportaba la inseguridad del poder romano en las Galias, pues era utilizada como refugio por los galos rebeldes al Imperio y por los piratas que atacaban los barcos de los romanos que comerciaban a ambos lados del Canal de la Mancha. Al invadir Britania, Julio César logró el vasallaje de algunas de las tribus del sureste de la isla, pero esta conquista fue efímera y los britanos siguieron interfiriendo en la actividad comercial de la zona. Es posible que este fuera el motivo determinante para que Calígula se decidiera a conquistar la isla, aunque, finalmente, todo acabó en una parodia de guerra. Al llegar al Canal de la Mancha, el emperador dispuso a sus tropas en formación de batalla y les hizo atacar al mar para, a continuación, ordenarles llenar los baúles con almejas marinas, que se exhibieron en Roma como un triunfo militar sobre el dios Neptuno.

En otoño del año 40, el Senado estaba aterrorizado, ya que no sabía cómo actuar para tener calmado a un emperador cuyo lema era: «Que me odien, con tal de que me tengan miedo». El asesinato parecía ser la única salida, pero, hasta entonces, todos los intentos de acabar con su vida habían fracasado. Fue en enero del año 41 cuando Calígula cayó víctima de una conjura encabezada por la guardia pretoriana, responsable de su protección.

Claudio, un emperador inesperado

A Calígula lo asesinaron fuera de palacio, cuando volvía a descansar, aprovechando un receso en unos juegos. Sus asesinos irrumpieron en palacio dispuestos a acabar con toda su estirpe, por lo que también mataron a la esposa del emperador y a su bebé. Uno de los pretorianos encontró escondido tras unas cortinas al único miembro masculino de la familia Julio-Claudia que aún quedaba con vida: Claudio, hermano de Germánico y sobrino de Tiberio, de 51 años, apartado del poder por su tartamudez y por la extendida opinión de que era idiota. En vez de matarlo, los soldados allí presentes decidieron aclamarle como emperador y se lo llevaron a su campamento, puesto que, sin un alto cargo cuya vida proteger, la existencia de la guardia pretoriana podía tener los días contados.

Proclamación del emperador Claudio (1867), obra de Lawrence Alma-Tadema.

Mientras todo esto sucedía en palacio, el Senado se reunió con el firme propósito de restaurar la República. Sin embargo, sus planes se truncaron al conocerse la noticia de la proclamación de Claudio y saberse que contaba con el respaldo de los pretorianos. El Senado trató de convencerle para que abdicara, pero Claudio declaró que no había deseado el título de emperador y que no estaba dispuesto a defraudar a quienes le creían capaz del cargo. Además, para ganarse la aceptación de los senadores, prometió que gobernaría con moderación y que no imitaría los actos tiránicos de sus predecesores. El Senado no tuvo más remedio que aceptar la política de hechos consumados y consentir en su entronización. Con ello, Claudio sentó un peligroso precedente, pues ya no hacía falta ser designado por testamento ni contar con la aquiescencia del Senado para convertirse en emperador de Roma.

Nada más subir al trono, Claudio declaró que su idiotez era fingida, una estrategia para capear las condenas a muerte que diezmaron a su familia, especialmente en tiempos de Tiberio y Calígula. No todos sus contemporáneos aceptaron esta explicación y, de hecho, continúa siendo objeto de debate entre los historiadores modernos, por mucho que este y otros de sus actos de gobierno muestran una cierta clarividencia política.

Claudio mantuvo la ficción de la «diarquía augustea», y siguió mostrando la deferencia debida al Senado y aparentando cogobernar con él. Ahora bien, a pesar de guardar las formas, continuó con la línea política de sus predecesores tendente a debilitar el poder del Senado. En su caso, entregó el control de la Administración a los libertos de la casa imperial.

Claudio también se preocupó de las necesidades de la plebe romana y emprendió una serie de obras públicas que pretendían mejorar tanto su género de vida como el abastecimiento de la capital: la desecación del lago Fucino, la construcción del nuevo puerto de Ostia y la edificación de acueductos. Además, acometió una campaña a gran escala de restauraciones de edificios que

proporcionó trabajo a muchos plebeyos, tanto si eran personal cualificado como si no.

En política exterior, Claudio resultó afortunado en sus campañas militares, y alcanzó el nivel de sus predecesores en la represión de las revueltas germánicas y la incorporación de nuevos territorios al Imperio. La principal campaña militar de su reinado fue la conquista de Britania, en la cual participó personalmente (42-44), y que le permitió triunfar allí donde Julio César y Calígula habían fracasado. Además, durante su reinado, el Imperio también se anexionó Licia, Panfilia y Tracia; se pacificaron Mauretania y Judea, y se designaron reyes afines a los intereses de Roma para los tronos del Bósforo Cimerio, de Armenia y del Imperio parto.

Sin embargo, los éxitos políticos de su reinado se vieron enturbiados por los problemas domésticos ocasionados por las ambiciones políticas de sus esposas, su principal debilidad, pues Claudio se casó diversas veces y siempre con mujeres muy jóvenes. Cuando llegó al trono, su esposa era Valeria Mesalina, una pariente lejana descendiente de la hermana mayor de su madre. Se habían casado tres años antes (38) y ya habían tenido una hija (Claudia Octavia). Tres semanas después de convertirse Claudio en emperador, Mesalina dio a luz a un hijo, conocido con el nombre de Británico con motivo de la exitosa campaña militar de su padre. Claudio tenía 51 años, Mesalina solo 16. Esta situación convirtió a la joven emperatriz en la madre del heredero de un emperador anciano que seguramente moriría antes de la mayoría de edad de su hijo. Por este motivo, Mesalina buscó hacerse con un partido propio de aliados que pudieran ayudarle a defender los derechos de Británico cuando Claudio muriera. Es posible que la emperatriz utilizara el sexo como medio para comprometer y controlar a este círculo de fieles, pues casi todos los textos antiguos inciden en su desinhibida afición a todo tipo de prácticas sexuales.

Su estrategia despertó los recelos de los libertos de Claudio, quienes vieron en ella un posible enemigo para su continuidad al frente de los departamentos imperiales y fraguaron su desgracia presentándola como conspiradora. Aprovechando que Claudio se hallaba ausente de Roma, los libertos imperiales acusaron a Mesalina de haberse casado con otro hombre y de patrocinarle para

ocupar el trono. El emperador fue inducido por sus libertos a ordenar la muerte de Mesalina sin ni siquiera escuchar su defensa (48).

Aquellos mismos libertos se aseguraron de presentar una candidata a emperatriz afín a sus intereses. La escogida fue Agripina Menor, hija de Germánico y hermana de Calígula, y que, por lo tanto, era sobrina suya. En aquel momento era viuda y tenía un hijo de su primer matrimonio, el futuro emperador Nerón. Agripina Menor era joven y guapa y se aprovechó de su parentesco para seducir a Claudio durante el período de duelo. Una vez casados (49), Agripina Menor comenzó a preparar el terreno para la entronización de Nerón, tres años mayor que Británico, y no cejó en su empeño hasta conseguir que Claudio lo adoptase como hijo suyo y lo casara con Claudia Octavia, la hija de su matrimonio con Mesalina.

El poder de los libertos en Roma

En la sociedad romana, la condición de «liberto» era atribuida a los esclavos que habían sido liberados por su dueño. A pesar de gozar del estatuto de libertad, estaban obligados a ser fieles a su antiguo amo y a desempeñar las actividades que este les asignara. Muchos de ellos habían caído en la esclavitud como parte de botines de guerra, pero eran personas formadas y capaces de gestionar con éxito los negocios de sus patrones. De ahí que a Claudio se le ocurriera un modelo de administración imperial centralizado en torno a su persona y dirigido por los libertos de la casa imperial mejor formados.

Fue a ellos a quienes encomendó la dirección de los departamentos de la cancillería, un sistema de gestión que sus sucesores mantuvieron. Con todo, los libertos de Claudio fueron descritos como ambiciosos sin escrúpulos por sus contemporáneos, unos senadores que no debían de ver con agrado cómo aquellos antiguos

esclavos tenían más poder que ellos.

A continuación, Agripina Menor creó un partido afín a sus intereses encabezado por Séneca, a quien nombró preceptor de Nerón, y por el prefecto del pretorio, Sexto Afranio Burro. Gracias a estas maniobras, pudo plantearse eliminar a Claudio antes de que Británico llegara a la mayoría de edad. El emperador murió el 13 de octubre del año 54 y a sus contemporáneos no les cupo duda de que había sido asesinado, bien con un plato de setas, bien por medio de la pluma con que Claudio quiso provocarse el vómito al verse en trance de muerte.

Agripina Menor no permitió que Británico participara en ninguno de los actos relacionados con el funeral de Claudio, que fueron presididos por Nerón. Además, Afranio Burro logró que los pretorianos aclamaran a Nerón como emperador y, de nuevo, el reconocimiento por los militares precedió al del Senado. Poco tiempo después, Británico fue asesinado (55) y los libertos de la casa imperial que apoyaban su causa fueron depuestos o ejecutados.

Ilustración de un incunable del siglo XV que muestra a Nerón, su madre Agripina Menor y Claudio. Agripina fue ejecutada por orden de su hijo.

Nerón, otro emperador loco

Con Nerón, de nuevo, nos hallamos ante el caso de un emperador calificado de «loco» por los escritores antiguos, quienes proporcionaron una visión completamente negativa de los hechos de su reinado, y llegaron a tacharlo de «enemigo del género humano». Sin embargo, cabe sospechar que, como Calígula, Nerón cometiera dos errores políticos que le granjearan la hostilidad de sus contemporáneos: en primer lugar, desentenderse de la política de «diarquía augustea», gobernando con mayor independencia con respecto del Senado; y, en segundo lugar, lanzar la oleada de represión y condenas a muerte de miembros de su propia familia y del orden senatorial, la clase a la que pertenecían los historiadores de su tiempo.

Con todo, sus primeros años de gobierno fueron buenos, aunque es preciso puntualizar que Nerón accedió al poder con tan solo 16 años y quienes realmente gobernaban eran Agripina Menor y Séneca. El Imperio se encontraba en paz y en su cenit político. Ahora bien, a medida que Nerón fue creciendo, empezaron las disensiones con su madre. Los enfrentamientos con Agripina Menor no solo se hicieron cada vez más usuales sino que, incluso, se centraron en el terreno de la vida privada de Nerón, pues ella no aceptaba las relaciones de su hijo con la liberta Acté. El monarca se alió entonces con Séneca y Afranio Burro, y, entre todos, fraguaron una muerte en apariencia accidental de Agripina Menor, un proyecto que fracasó y obligó a Nerón a condenar a su madre, fraudulentamente, por conspirar contra su persona (59). En los años subsiguientes no solo Afranio Burro y Séneca corrieron igual suerte, sino que Nerón también fue responsable de la muerte de sus dos esposas: Claudia Octavia y Popea.

■

El incendio de Roma del año 64

En la noche del 18 al 19 de julio del año 64, se inició un pavoroso incendio que abrasó dos terceras partes de Roma durante seis días y dejó sin casa a unas 350 000 personas. Originado en una zona comercial donde se almacenaban productos sensibles al fuego, se propagó con facilidad por la escasa separación entre los edificios y el abundante uso de madera en su construcción. Nada más extinguirse el fuego, empezó a correr el rumor de que por toda la ciudad se había visto a los esclavos de Nerón cargando con teas encendidas. Suetonio, autor de una colección de biografías imperiales publicada en torno al año 121, refleja la consolidación y amplificación de este bulo: «Mientras contemplaba este incendio desde la torre de Mecenas, Nerón, hechizado por la belleza de las llamas, según sus propias palabras, cantó la toma de Troya vestido con traje de actor».

Lo cierto es que, para prevenir futuros incendios, Nerón ordenó una mayor separación entre los edificios, limitó el uso de madera en las nuevas construcciones y racionalizó la distribución de las fuentes en cada barrio.

La historiografía posterior consideró que solo un loco podía haber actuado de esta manera contra su propia madre, con lo que no costó mucho esfuerzo compilar un elenco de sus muchas locuras. Entre todas ellas, merece una mención especial la acusación de haber provocado un pavoroso incendio en Roma, en julio del año 64, que duró varios días y que arrasó barrios enteros. Sin embargo, Nerón ni siquiera se hallaba en Roma y sus contemporáneos admiten que acudió a toda prisa y se mostró enérgico y activo en las tareas de extinción. Ahora bien, el emperador se equivocó a la hora de gestionar las consecuencias del incendio, y sus contemporáneos le criticaron por ello muy agriamente. En primer lugar, demostró poca sensibilidad al aprovechar la destrucción del centro de Roma para construirse un palacio de lujo desmesurado («Domus Áurea», o

Palacio de Oro), con lo que dio pie a pensar que era el principal inductor del incendio. En segundo lugar, el hecho de que, para eludir las sospechas sobre su autoría, Nerón acusara a los cristianos de la capital y condenara a muerte a algunos de ellos. De ahí que la Iglesia cristiana tampoco preserve un buen recuerdo de su reinado.

Otra de las decisiones de Nerón que permitieron a los historiadores romanos convertirle en un loco fue su excesiva afición a la música. El emperador montó una especie de compañía imperial y se dedicaba a ofrecer espectáculos musicales recorriendo Italia y Grecia. También componía y recitaba poemas de cosecha propia y llevaba un tipo de vida concebido para mantener su voz en perfecto estado. A partir de todo ello, resultó muy fácil presentar a Nerón como un enajenado que descuidaba los asuntos del gobierno. Sin embargo, cabe señalar que las dos campañas militares acometidas durante su reinado, la invasión de Armenia (58-63) y la represión de la revuelta de la reina Budica en Britania (60-61), fueron todo un éxito y que Nerón supo encomendarlas a mandos capaces y de probado mérito.

No obstante, la imagen pública de Nerón se hallaba muy desgastada en la primavera del año 68, y diversos gobernadores provinciales se alzaron en armas en las provincias de Hispania, Germania y África. Nerón fue declarado «enemigo público» por el Senado y huyó de Roma acompañado de unos pocos servidores. Abandonado por todos, decidió suicidarse al tiempo que, según se dice, pronunciaba un lamento que probablemente sea apócrifo: «¡Qué gran artista muere conmigo!». Fue así como la dinastía Julio-Claudia, fundada por Augusto, llegó a su fin. Nerón no tenía hijos y no se había preocupado de asegurar su sucesión adoptando un heredero. El futuro del Imperio era incierto, y la entronización de una nueva familia imperial tardaría aún bastantes meses en producirse.

Los primeros mártires cristianos

Cuando buscaba a alguien a quien inculpar del atroz incendio que asoló Roma en el verano del año 64, Nerón encontró a los cristianos de la capital. Seguramente, la comunidad cristiana se estableció antes en Roma, pues a partir de una serie de indicios indirectos se documenta su presencia ya en tiempos de Claudio, y sus primeros fieles habrían surgido en el seno de la comunidad judía de Roma. Nerón mandó apresar a algunos cristianos y lanzarlos a las fieras, pero no en el Coliseo, que aún no había sido construido. El lugar escogido fue el circo de Nerón, en las afueras de Roma, junto a la colina que ya en tiempos antiguos se denominaba «monte Vaticano». El motivo principal por el que fueron escogidos como víctimas propiciatorias fue que los cristianos se negaban a venerar a las divinidades tradicionales y, por lo tanto, los paganos les culpaban de cualquier catástrofe que estas enviaran contra la humanidad para castigar su impiedad.

A partir del siglo III se consolidó en Roma una tradición según la cual el apóstol Pedro fue víctima de dicha persecución y su cuerpo fue enterrado en la necrópolis adyacente. Sin embargo, cabe decir que no existe ningún testimonio contemporáneo de los hechos que lo corrobore.

Los Flavios

~ 69-96 d. C. ~

El año de los cuatro emperadores (68-69): Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano

En la primavera del año 68, mientras Nerón estaba en Grecia, se produjo una revuelta en las Galias encabezada por un caudillo local, Gayo Julio Víndex, hijo de un aristócrata galo elevado por Claudio a la dignidad senatorial. Víndex ofreció la corona a Servio Sulpicio Galba, quien en aquel momento era gobernador de la provincia Tarraconense y fue aclamado como emperador por sus soldados en Clunia (actual Peñalba de Castro, en Burgos).

A petición de Nerón, el Senado declaró enemigo público a Galba, pero, a medida que pasaban los días, los senadores se decantaron del lado de este y, como hemos visto, Nerón acabó suicidándose (9 de junio de 68). Su muerte inauguró un período de gran inestabilidad política y militar que se prolongó hasta finales de 69, conocido como el «año de los 4 emperadores», puesto que en dicho lapso de tiempo se sucedieron en el trono Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano, el fundador de la dinastía de los Flavios.

El reinado de Galba (68-69) comenzó con mal pie. Tenía 70 años y carecía de hijos a los que transmitir el Imperio. Ello significaba que debía adoptar como heredero a uno de sus colaboradores y a buen seguro que dicha decisión despertaría recelos entre los candidatos descartados. Además, sus contemporáneos le acusaron de ser demasiado influenciable por sus consejeros.

Por otra parte, Galba se encontró con un tesoro del Estado vacío, y no pudo cumplir con los pagos prometidos a los pretorianos de Roma. Y por si todo esto fuera poco, cometió la torpeza de conceder la ciudadanía romana a los partidarios de Víndex, una decisión que enojó a los soldados de Germania que lo habían derrotado y que lo consideraban un usurpador.

Así las cosas, poco tiempo después del nombramiento de Galba

como emperador, aparecieron otros dos candidatos al trono. Por un lado, los legionarios de Germania proclamaron a su general, Aulo Vitelio; y, por otro, los pretorianos hallaron un candidato más afín a sus intereses en Marco Salvio Otón, molesto con Galba porque este no lo había adoptado como sucesor, sino que se había decantado por Lucio Calpurnio Pisón Licinio. Los generales de las legiones del Danubio y de Judea no hicieron ningún movimiento, a la espera de ver cómo se solucionaba este conflicto. Vespasiano, al frente de las tropas que estaban asediando Jerusalén, reconoció el ascenso de Galba, aunque solo formalmente.

Galba murió asesinado el 15 de enero de 69 por los mismos pretorianos que, momentos antes, proclamaron emperador a Otón (69) en sus cuarteles. Su reinado duró siete meses y seis días; poco después, los pretorianos mataron también a Pisón, el favorito del exemperador.

El gobierno de Otón resultó efímero. Una vez proclamado emperador, quiso pactar con Vitelio, pero los soldados de este le impidieron concluir cualquier acuerdo, por lo que los ejércitos de ambos se enfrentaron en Bedriaco (Calvatone), en el norte de Italia. Otón fue derrotado, de manera nada decisiva, pero de todos modos se suicidó inducido por la desesperación (16 de abril de 69), habiendo gobernado tan solo tres meses y un día.

Vitelio (69) inauguró su reinado presentándose como el vengador de Galba y solo tomó represalias contra los pretorianos, a los que licenció y sustituyó por efectivos de sus propias tropas. Ahora bien, como había sido amigo y colaborador de Nerón, no consiguió atraerse el apoyo de todos los senadores, algunos de los cuales empezaron a buscar candidatos alternativos. Entre estos se hallaba Vespasiano, general de las tropas en Judea. En un primer momento, este reconoció la proclamación imperial de Vitelio ante sus soldados. Sin embargo, después de resistirse por un tiempo a las presiones de su hijo Tito, se dejó persuadir por sus consejeros y amigos y acabó sublevándose en Jerusalén. Desde allí, inició su aproximación a Roma pasando por los Balcanes para asegurarse la fidelidad de las tropas de la frontera del Danubio. A continuación, invadió la península italiana desde el norte y, tras derrotar a las legiones de su opositor en una batalla que, de nuevo, tuvo lugar en

torno a Bedriaco, sus tropas descendieron hacia el sur, entraron en la capital y asesinaron a Vitelio (22 de diciembre de 69), poniendo fin a un reinado de ocho meses y seis días. Este emperador había intentado reformar la Administración romana limitando el poder de los libertos imperiales al frente de la cancillería y actuando contra la venta de exenciones fiscales y militares por parte de los centuriones del ejército. Sin embargo, los textos clásicos conservados le recuerdan, sobre todo, como un emperador cruel que ordenó la muerte de sus propios hijos y dejó morir a su madre.

Vespasiano, una dinastía de provincias

Con Vespasiano se puso fin a la crisis dinástica abierta tras el suicidio de Nerón y se entronizó a una nueva dinastía, la de los Flavios, pues su nombre completo era Tito Flavio Vespasiano. Esta familia no era de origen romano, sino que sus ancestros procedían de Rieti (en el Lacio). Además, la condición senatorial de algunos de sus miembros tampoco era muy antigua ni había ningún cónsul en su nómina. Aun así, la dinastía de los Flavios resultó trascendental en el proceso de consolidación del Imperio romano. Gracias a la cordura de sus dos primeros representantes, Vespasiano y su hijo Tito, no solo los senadores renunciaron a sus veleidosas reivindicaciones de restaurar la República, sino que encontraron útil y necesario dar continuidad a la idea de «Imperio». El tercer representante de la familia, Domiciano, el segundogénito del fundador, practicó una política imperial algo más despótica y teocrática, que causó su asesinato y el fin de la dinastía.

Vespasiano llegó al trono a la edad de 59 años y, a diferencia de sus predecesores, tenía asegurada la descendencia con dos hijos varones, los ya mencionados Tito y Domiciano. Además, poseía una larga experiencia como militar, pues durante los reinados anteriores había servido en Germania, Britania (donde había conquistado la isla de Wight), África y, finalmente, Judea (para reprimir la Primera Guerra Judía). Los contemporáneos de Vespasiano guardaron un buen recuerdo de su reinado, sobre todo porque se distanció del régimen del terror y de ejecuciones arbitrarias de senadores que había caracterizado el principado de Nerón, al promulgar amnistías para todos los condenados por este y por Galba. Sus biógrafos alabaron el constitucionalismo que mostró en todos sus actos, su aptitud militar como vencedor en Judea, la austeridad de su vida y la naturalidad y simpatía con que gobernó.

La guerra judía y el asedio de Masada

Entre los años 66-73, Judea se vio agitada por una revuelta a gran escala contra el dominio romano conocida como Primera Guerra Judía. Nerón envió a uno de sus mejores generales, Vespasiano, para someter a los rebeldes y este se concentró en sitiar Jerusalén. Al producirse su proclamación como emperador (69), la ciudad aún no se había rendido. Fue su hijo Tito quien, al año siguiente (70), venció la resistencia de Jerusalén y ordenó el saqueo y destrucción del Gran Templo de los judíos. Tras la toma de la capital, tan solo quedaron unos pocos reductos de resistencia en Judea, entre ellos Masada, una fortaleza formidable, de muy difícil acceso, a unos 450 metros sobre el nivel del mar. Para conquistarla, los romanos tuvieron que construir una rampa de 196 metros de base y 100 metros de altura con una pendiente del 51 %, sobre la cual desplazaron una torre de asedio de 30 metros de alto. Viéndose perdidos, los judíos de Masada se suicidaron colectivamente (73).

Para los judíos modernos, Masada constituye un genuino ejemplo de afirmación nacionalista y de defensa a costa de la propia vida frente a los invasores que, desde antiguo, han pretendido sojuzgar al pueblo de Israel.

▪

Vespasiano puso un gran empeño en restablecer las relaciones entre el emperador y el Senado y reinstaurar el principio de la «diarquía augustea». El emperador preservó la dignidad de esta institución concediendo honores a sus principales personalidades, entre las cuales se encontraba el futuro emperador Nerva, y también la dignificó introduciendo en ella a las familias de las provincias más romanizadas del Imperio, caso de la Narbonense, Hispania, Asia Menor y Egipto. Su preocupación por la situación en las provincias también le llevó a mejorar las condiciones de vida de los provinciales concediendo el derecho latino a muchos de sus municipios. Se trataba de un estatuto que elevaba el rango de una población no romana de «ciudad de extranjeros» (en latín,

peregrinus) a «municipio». Sus habitantes adquirían los mismos derechos que los habitantes de Italia y podían casarse, comerciar y residir con los ciudadanos romanos. La ciudadanía romana constituía el escalafón social siguiente, pero, en esencia, latinos y romanos tenían casi los mismos derechos (la única diferencia era que los latinos no podían votar a los magistrados de Roma y los romanos, sí). Por otra parte, también existía una razón impositiva por la que Vespasiano concedió el derecho latino a muchas ciudades del Imperio, pues si bien constituía un privilegio, también significaba que debían pagar contribuciones.

No obstante, Vespasiano era consciente de que la indefinición que había caracterizado la toma de poder de Augusto ya no resultaba sostenible y que la figura del «emperador», así como sus poderes, debían clarificarse legalmente. A tal fin, promulgó la denominada «ley de Vespasiano sobre el poder» (en latín, lex de imperio Vespasiani), que se publicó sobre sendas tablas de bronce. Mediante ella, el soberano recibía de manera institucional y legal las facultades constitucionales para gobernar, así como los privilegios asociados a su cargo, al tiempo que se establecían límites al ejercicio del poder imperial. Vespasiano cuidó los detalles legales de la promulgación, por lo que primero la hizo aprobar en el Senado bajo la forma de un senadoconsulto y, a continuación, la hizo ratificar por la asamblea de la plebe.

El texto solo se ha conservado fragmentariamente y, de todas las potestades que la ley concedía, que debían de ser las mismas que reunía Augusto, en ese fragmento conocido se mencionan únicamente la potestad máxima (en latín, imperium maius; es decir, superior al de cualquier otro magistrado tanto en Roma como en las provincias) y la potestad tribunicia, que le confería la capacidad legislativa y convertía su persona en sacrosanta e inviolable. Este texto estableció una gran diferencia con respecto a la tradición política de los Julio-Claudios, pues mediante su publicación se clarificaba que el Imperio y el cargo de emperador ya no se transmitían por testamento, sino que existía por sí mismo y con independencia total de la dinastía que en aquel momento la ocupara.

Con el fin de consolidar la idea de la continuidad del poder

imperial, en ese mismo año 69, Vespasiano asoció al trono a su hijo Tito, sentando así un precedente que algunos de sus sucesores también imitarán. Y, además, acuñó monedas con la leyenda «libertad» en el reverso, con el fin de que su gobierno no fuera calificado de «tiranía».

Otro de los ejes de su gobierno fue una política de construcciones a gran escala, lo cual le permitió presentarse como benefactor del pueblo romano y reparador de los daños ocasionados por el incendio del año 64. Vespasiano subvencionó la repavimentación de las calles, la construcción de nuevos graneros, la restauración de acueductos y la reedificación de santuarios dañados por el fuego o el paso del tiempo.

Las principales construcciones de su reinado fueron dos: un foro homónimo y el Coliseo. El Foro de Vespasiano se construyó cerca del de Augusto en torno a un templo inmenso dedicado a la Paz, que en una sala anexa contenía un mapa de la ciudad de Roma. Más conocida resulta la otra gran edificación cuyas obras impulsó, aunque no pudo inaugurarla: el anfiteatro Flavio (hoy en día llamado «Coliseo», su denominación popular). Vespasiano mandó edificarlo en sustitución del lago que Nerón había construido en el complejo de la Domus Áurea. De esta manera, el emperador, con toda la intención, retornaba al uso público un espacio de la ciudad que Nerón había privatizado para disfrute particular. Más adelante, Adriano mandó trasladar hasta sus inmediaciones una estatua colosal de bronce que Nerón había erigido en el gran peristilo de la Domus Áurea, tarea para la cual necesitó la ayuda de 24 elefantes. Esta estatua aún estaba de pie a mediados del siglo IV, y de su nombre, «Coloso de Nerón», deriva el de Coliseo.

Pecunia non olet ('El dinero no huele')

De entre las nuevas tasas creadas por Vespasiano, hubo una que despertó un cierto recelo en Tito cuando su padre le consultó su

opinión: un impuesto sobre la orina. En las lavanderías romanas, la orina era muy necesaria como desinfectante, debido al amoníaco que contiene. Como los lavanderos no obtenían suficiente material con los orines de sus propios trabajadores, repartieron ánforas por toda la ciudad mediante las cuales recogían, gratuitamente, la orina de los viandantes. Vespasiano gravó esta actividad y, cuando llegaron las monedas de la primera recaudación, preguntó a Tito a qué olían. Este, sin conocer su origen, respondió que «a dinero». La réplica del monarca fue muy celebrada por su ingenio: en latín sonaba como pecunia non olet, es decir, «el dinero no huele».

■

En cuanto a la política económica, Vespasiano se encontró al llegar al trono con que el fisco imperial estaba completamente arruinado, sobre todo por el enorme déficit que había dejado Nerón como consecuencia de sus costosas giras artísticas. El emperador estimó en 40 000 millones de sestercios las necesidades financieras del Estado y para obtenerlas aumentó los impuestos. Entre ellos, destaca la tasa que debían pagar los judíos (en latín, fiscus Iudaicus) para ser eximidos de participar en las ceremonias de culto imperial y, por lo tanto, de caer en la idolatría. Fue mucho el ingenio que Vespasiano desarrolló para crear todo tipo de nuevos impuestos, de ahí que se ganara fama de tacaño entre sus contemporáneos.

En el campo militar, Vespasiano redujo el número de pretorianos, y encomendó la prefectura del pretorio a su propio hijo, Tito. Además, anexionó a Roma los Estados vasallos de Comagene y de Armenia Menor, y combatió la revuelta de Gayo Julio Civil en Germania (69-70). En un principio, Civil había apoyado a Vespasiano en contra de Vitelio, pero después se sublevó y logró controlar buena parte de las Galias. En el año 70, la revuelta estaba ya controlada y Vespasiano mostró una gran magnanimidad perdonando al cabecilla rebelde.

De este monarca se alabó también la discreción de su vida privada. Vespasiano ya era viudo cuando llegó al trono, pero mantenía una relación sentimental muy discreta con Antonia Cenis, una liberta que había sido esclava y secretaria de la madre del emperador

Claudio. Era una mujer culta y que, según parece, resultó muy influyente en las decisiones de gobierno de su compañero, aunque supo guardar un total anonimato y nunca reclamó protagonismo de primera fila. Sabía que la aristocracia romana no habría consentido que la nueva emperatriz de Roma fuera una liberta.

Vespasiano pereció de muerte natural el 23 de junio del año 79. Su sucesor fue su primogénito, Tito.

Tito y Domiciano, dos maneras contrapuestas de ejercer el poder

Tito Flavio Sabino Vespasiano llegó al trono cuando tenía 39 años y con un buen expediente militar a sus espaldas, pues había destacado por sus campañas en Germania, Britania y, finalmente, en Judea, una guerra iniciada por su padre, pero que él había culminado conquistando y saqueando Jerusalén. De ahí que el Senado le dedicara un arco en el foro republicano que todavía se conserva en el lugar, aunque muy restaurado.

Tito llevaba gobernando algún tiempo, antes de la muerte de su padre, pues, como se ha indicado, este le había asociado al trono como corregente y heredero. En aquellos años, Tito no se mostraba demasiado atento a sus tareas como copríncipe y, sobre todo, se le criticaba por su aventura con la princesa Berenice de Judea. Ahora bien, para sorpresa de muchos, cuando Vespasiano murió, Tito asumió seriamente su cargo y, sobre todo, envió a Berenice de retorno a su país. Las fuentes guardan un excelente recuerdo de su persona y de su reinado, hasta el punto de que cuando se evocaba su memoria se le calificaba de «delicia del género humano».

La destrucción de Pompeya

Plinio el Joven, testimonio directo de la erupción del Vesubio en el año 79, proporciona una explicación detallada de una de las catástrofes naturales más violentas de la Antigüedad. Según la cronología tradicional, el volcán entró en erupción el 24 de agosto a las ocho de la mañana y elevó una columna de materiales

piroclásticos de 30 kilómetros de altura. El viento soplaba hacia el sur, con lo cual, a media tarde, sobre las calles y tejados de Pompeya se habían depositado unos 2 metros de cenizas y piedra pómez. Los techos de las casas cedieron y cayeron sobre sus moradores. Los gases que se abalanzaron sobre la ciudad al día siguiente, con el desplome de la columna eruptiva, acabaron con los supervivientes. Las excavaciones en Pompeya han descubierto los cadáveres de unas 2000 personas.

Cuerpos fosilizados hallados en las excavaciones de la antigua ciudad de Pompeya.

Esta admiración por sus actos de gobierno se explica, básicamente, por su respeto a la «diarquía augustea» y su política de deferencia para con los senadores. Entre el pueblo, su popularidad se consolidó con los cien días de juegos que pagó con motivo de la inauguración del Coliseo. Y seguro que en el buen recuerdo de su gestión también tuvo mucho que ver que rebajara la opresión fiscal de su padre. Con todo, su reinado se vio oscurecido por algunos desastres naturales: un nuevo incendio en Roma, una epidemia de peste por todo el

Imperio y la erupción del Vesubio que acabó con las ciudades de Pompeya y Herculano.

Plinio el Joven recuerda que una de las víctimas de la erupción fue su tío, Plinio el Viejo, amante de la naturaleza y autor de Historia natural, quien murió en las inmediaciones de Pompeya, víctima de su curiosidad científica.

El Coliseo y los combates de gladiadores

La inauguración del Coliseo tuvo lugar en el año 80, al término de diez años de trabajo. Tenía aforo para unos 50 000 espectadores y Tito decretó cien días de juegos durante los cuales se ofrecieron cacerías en las que murieron unas 9000 fieras salvajes. El plato fuerte, no obstante, fueron los combates de gladiadores, especialmente el que enfrentó a Vero y Prisco, a quienes su combate hizo célebres. Su lucha fue tan encarnizada y larga que, finalmente, Tito decretó el empate y no solo concedió la victoria a ambos contendientes, sino que, además, les entregó una espada de madera, que era la manera como en aquellos tiempos se ejemplificaba la concesión del estatuto de libertad.

Por influencia de las películas de Hollywood, tendemos a pensar que todo combate de gladiadores acababa con la muerte del perdedor. Sin embargo, los textos clásicos nos informan de que era mucho más frecuente que los enfrentamientos acabaran en empate o con el indulto del gladiador derrotado.

En el Coliseo no solo se celebraban espectáculos de gladiadores, sino también cacerías de bestias salvajes y luchas entre animales (por ejemplo, un elefante contra un toro). Además, en origen, la arena donde tenían lugar estos combates podía inundarse y, entonces, también se ofrecían batallas navales. Ahora bien, Trajano decidió construir un laberinto de corredores y habitaciones de servicios para gladiadores y bestias bajo la arena del Coliseo, con lo cual esta ya no pudo volver a inundarse.

Los espectáculos del anfiteatro estaban abiertos a todos los habitantes de Roma, pero la distribución en la grada respondía a unos criterios elitistas. A menudo, estos juegos eran gratuitos y pagados por los magistrados romanos o por el propio emperador con fines propagandísticos.

A pesar de las promesas de prosperidad que parecía auspiciar el reinado de Tito, este quedó truncado por su muerte el 13 de septiembre del año 81. De sus matrimonios solo tuvo una hija, Flavia Julia, por lo que el heredero fue su hermano Domiciano.

Domiciano había nacido en Roma el 24 de octubre de 51 y recibió el nombre de Tito Flavio Domiciano. A diferencia de Tito, su personalidad y su forma de gobernar han sido descritas con adjetivos muy negativos: orgulloso, egoísta, autoritario, desconfiado, celoso, mezquino, vanidoso y, por encima de todo, cruel. Las fuentes le acusan incluso de haberse prostituido para poder sobrevivir económicamente mientras su padre estaba ocupado en la campaña de Judea.

Cuando Vespasiano se convirtió en emperador, no quiso conceder a Domiciano el mismo rango dentro del Estado de que gozaba Tito, por lo que fue mantenido en un discretísimo segundo plano, dedicado a la literatura y a la composición de poemas. Al subir al trono Tito, Domiciano fue asociado al Imperio y proclamado heredero. Sin embargo, en poco tiempo las relaciones entre ambos se habían deteriorado hasta el punto de que Domiciano conspiró en más de una ocasión contra su hermano. La temprana muerte de Tito, así como las peculiares circunstancias en que se produjo, han alimentado la sospecha de que fuera envenenado por Domiciano.

El nuevo emperador empezó su reinado mostrando una cierta animosidad hacia su predecesor, al negarse a celebrar juegos en honor de su aniversario y a concederle ningún honor post mortem, salvo el de la divinización. Pero no solo Tito fue objeto de su venganza. El Senado también recibió su desconfianza, pues Domiciano consideraba que la institución nunca había hecho nada para dignificar su figura durante los reinados de su padre y de su hermano. Por ello, negó a los generales el derecho a celebrar triunfos u ovaciones por sus victorias, y ralentizó en lo posible la carrera pública de los senadores más populares o pertenecientes a las familias más ilustres. Además, ordenó a los senadores que se dirigieran a él como «señor y dios» (en latín, dominus et deus) y que, en las oraciones públicas, se rogara por él como hijo de Minerva. De todo ello puede inferirse que las concepciones de este emperador en relación al ejercicio del poder imperial se decantaban por la autocracia y la teocracia. A la hora de conseguir apoyos con los que lograr la autonomía del poder imperial, Domiciano se procuró la fidelidad, en exclusiva, del ejército mediante estrategias tales como el aumento de sueldo de los soldados y las donaciones de dinero extraordinarias asociadas a las efemérides imperiales.

Para subrayar el carácter excepcional de su persona, Domiciano también se hizo conceder una cantidad nunca vista de honores, entre los cuales: diecisiete consulados (algunos de ellos sin colega); veintidós aclamaciones como imperator (en su mayoría, por victorias inventadas); tres triunfos mediante los cuales se atribuyó los epítetos Germánico y Dácico; un séquito de veinticuatro lictores; el privilegio de presidir el Senado con la toga triunfal; y el honor de cambiar los nombres de algunos meses que tenían alguna relevancia en la biografía del monarca, caso de septiembre, que se bautizó como «Germánico» (porque fue en este mes cuando le nombraron emperador), y de octubre, cuyo nombre se cambió por «Domiciano» (por ser el mes de su nacimiento). A todo esto se sumaron los honores que los senadores, deseosos de ganarse su favor y evitar la condena a muerte, le ofrecían: la erección de columnas de oro y plata en su honor, la construcción de arcos de triunfo conmemorativos y la celebración de sacrificios votivos.

Domiciano, como Nerón, se empeñó en una política edilicia monumental que preservara su recuerdo cuando él ya no estuviera. Así pues, mandó construir un palacio inmenso en el Palatino, adornado con cientos de columnas y recubierto con los mármoles más selectos de las canteras del Imperio; además, colocó espejos por todas partes para evitar que nadie pudiera acercarse a él sin ser visto. Otra de sus construcciones fue el estadio de Domiciano, un espacio que hoy ocupa la Piazza Navona, la cual preserva la forma original de cuando fue construido.

En cuanto a las campañas militares de su reinado, consiguió algunos éxitos, pero sobre todo sonados fracasos. Así pues, mientras que, por un lado, el general Agrícola completó la conquista de Britania sometiendo a Escocia al poder de Roma (80-84), en la Dacia, el rey Decébalo (87-106) consiguió derrotar a los legionarios romanos (86-88) y Domiciano tuvo que comprar la paz con los dacios a cambio de un tributo anual en oro.

Su vida familiar también fue utilizada por la historiografía posterior para evidenciar su falta de humanidad. Domiciano desposó a Domicia (73), que estaba casada, y de quien, a pesar de quedarse embarazada, no logró tener descendencia. El matrimonio se fue distanciando hasta el punto de que Domicia fue la amante de Paris,

el actor de pantomimas más famoso de aquellos tiempos, y Domiciano tuvo algunas amantes, entre las cuales estaba su propia sobrina, Flavia Julia, la hija de Tito. Julia se quedó embarazada en diversas ocasiones, pero Domiciano tenía miedo del escándalo que se produciría en caso de nacer una criatura de su relación y la obligaba a abortar. Julia murió en torno al 90 como consecuencia de uno de estos abortos.

La falta de herederos propios provocó que, a medida que pasaban los años, Domiciano se mostrara cada vez más irascible y cruel, lo cual se tradujo en oleadas de ejecuciones entre los senadores que consideraba opositores a su política. En el año 93 se inició un régimen del terror en que las condenas por traición se generalizaron e, incluso, se extendieron a todo tipo de desafectos, entre ellos los cristianos. Las tradiciones cristianas identifican al apóstol Juan como una de sus víctimas, enviado al exilio en Patmos.

Cansados de esta situación, el 18 septiembre del año 96, algunos de sus colaboradores más íntimos fraguaron una conjura en la que participaron miembros de la corte y la guardia pretoriana. Domiciano luchó con saña para salvar su vida pero fue asesinado en sus aposentos privados. Con él se extinguió la segunda de las dinastías imperiales, solo que esta vez la sucesión se arregló sin demasiados problemas.

La memoria histórica de Domiciano fue combatida por el Senado, que decretó la damnación de su recuerdo aboliendo sus leyes y destruyendo sus estatuas y monumentos.

La divinización de los buenos emperadores

Cuando un emperador fallecía, el Senado podía decretar su consagración como dios si consideraba que reunía los méritos necesarios para ello. Entonces, se le concedían diversos honores, entre los cuales un templo y un colegio sacerdotal que se dedicara a

su culto divino. Con el paso de tiempo, las emperatrices también fueron objeto de divinización, aunque no tan a menudo como sus maridos.

Si, por el contrario, el Senado no hallaba motivo para divinizar al fallecido, podía decretar la condena de su memoria, por lo que sus leyes eran rescindidas; sus esculturas, derribadas y destruidas; y su nombre, borrado de las inscripciones. De igual forma, algunas emperatrices compartieron esta condena al olvido decretada contra sus maridos.

Los Antoninos

~ 96-192 d. C. ~

Nerva, el emperador del consenso

Domiciano no tuvo hijos y tampoco había adoptado a nadie como heredero. Así pues, por primera vez en la historia del Imperio, fue el Senado quien impuso a su propio candidato: el senador Marco Cocceio Nerva. El elegido tenía 65 años, había sido cónsul dos veces y debía de tener un carácter conciliador, pues había sobrevivido al reinado de Domiciano y gozaba del respeto de todos los círculos de poder en la corte. Además, su árbol genealógico le emparentaba con una biznieta de Tiberio. Se ganó el asentimiento de los soldados y del pueblo comprando sus voluntades a un alto precio.

La candidatura de Nerva al trono presentaba, además, la ventaja de que no tenía hijos y, por lo tanto, no existía la posibilidad de que creara una dinastía propia. Se esperaba de él que fuera una especie de emperador de transición cuyo reinado dejara tiempo para que uno de los diversos partidos en la corte impusiera a su candidato.

En cuanto a su origen, la familia de Nerva también era italiana, como la de los Flavios, pero de Narnia, en la Umbría. Sus antepasados brillaban más que los de Vespasiano, pues diversos Cocceio habían ocupado el consulado desde los tiempos de la Baja República y habían sido admitidos en el círculo íntimo de los Julio-Claudios. El propio Nerva había sido distinguido con el consulado en dos ocasiones, la primera junto a Vespasiano (71) y la segunda junto a Domiciano (90).

Desde el primer momento, Nerva aceptó que el Senado condenara la memoria de Domiciano. Además, permitió el regreso de los exiliados y, sobre todo, persiguió a los delatores, una profesión que había hecho fortuna en los tiempos de su predecesor a fuerza de alimentar su paranoia de ser asesinado.

El reinado de Nerva fue breve, pero útil. En primer lugar, publicó una ley agraria que adjudicaba tierras a los ciudadanos más pobres,

en virtud de la cual destinó setenta millones de sestercios para la compra de terrenos. Además, impuso una reducción del gasto público y de la fiscalidad opresiva que había financiado los excesos de Domiciano. Con respecto a Roma, mostró gran preocupación por asegurar el abastecimiento de cereal para la plebe y por mejorar el sistema de acueductos.

En cuanto al Senado, retornó al ideal de la «diarquía augustea» y gobernó teniendo en cuenta las opiniones de sus miembros. Además, pactó que nunca condenaría a muerte a ningún senador sin someterlo antes a un juicio en el Senado. De esta manera, se distanció de las condenas a muerte que habían caracterizado la época del terror de Domiciano, decididas y ordenadas sin juicio alguno.

Sin embargo, no todos estaban conformes con la designación de Nerva como emperador. Los pretorianos habían gozado de la predilección de Domiciano y habían sido objeto de muchos donativos, por lo que rechazaban la política de proscripción de su memoria. En octubre de 97 se rebelaron contra Nerva, molestos porque los asesinos de Domiciano seguían en libertad, sin castigo alguno. El emperador se negó a proceder con estas condenas, pero no pudo evitar que los pretorianos los torturaran y ejecutaran por su propia cuenta. Este incidente mostró a Nerva cuán débil resultaba, en realidad, su poder y se dice que llegó a plantearse la abdicación. Finalmente, persuadido por sus consejeros, abandonó esta idea y se decantó por una estrategia mejor: adoptar como hijo a Marco Ulpio Trajano, un militar de gran prestigio y respetado por el Senado e hijo del mejor y más admirado general del Imperio. El elegido no se encontraba en Roma, sino que estaba destacado en Germania y, de hecho, nunca llegó a conocer a su padre adoptivo, pues llegó a Roma mucho tiempo después de su defunción.

No existía ningún vínculo entre Nerva y su designado, que ahora pasó a llamarse Marco Ulpio Nerva Trajano. Lo más probable es que la elección estuviera condicionada por diversas consideraciones. En primer lugar, el hecho de que las tropas de Trajano eran las más cercanas a la capital. En segundo lugar, también se ha señalado la posibilidad de que existiera un parentesco entre la madre de Trajano y la esposa de Tito, Marcia Furnila, que serían hermanas. Y

tampoco habría que descartar que Nerva fuera presionado por el clan de los senadores hispanos, que en aquellos tiempos estaban liderados por Lucio Licinio Sura, personaje de gran importancia en la provincia Tarraconense.

Así pues, por un cúmulo de circunstancias, Trajano fue asociado al gobierno y se le concedieron poderes que le situaban por encima de los magistrados de Roma y los gobernadores provinciales. A la muerte de Nerva (27 de enero de 98), la transmisión del poder se realizó sin contratiempos y, en los meses subsiguientes, Trajano demostró ser el general más idóneo para solucionar los problemas del Imperio; principalmente, el desprestigio en que había caído el cargo imperial, la prepotencia de la guardia pretoriana y la debilidad en las fronteras. Debido a este acierto, por elegir a Trajano como sucesor, y por el hecho de haber instaurado el principio dinástico de la adopción entre no parientes, la historiografía posterior guardó un excelente recuerdo de Nerva.

¿Antoninos o Ulpio-Aelios?

Así fue como llegó al trono una nueva dinastía, la tercera en la historia del Imperio, que se conoce como «dinastía Antonina», es decir, de la familia de los Antoninos. Tanto sus contemporáneos como las generaciones posteriores consideraron a sus integrantes como los mejores gobernantes que jamás tuvo Roma, con la excepción de Cómodo, el último de todos. La admiración que despertaron se derivó, sobre todo, del hecho de que sustituyeron el sistema de transmisión hereditaria del poder por el principio de la adopción del mejor de los candidatos (aunque dentro de un círculo restringido en el que se valoraba la existencia de vínculos familiares). Así pues, Trajano no era hijo ni pariente de Nerva. Adriano sí que era pariente de Trajano, aunque lejano. Antonino Pío no compartía ningún vínculo de parentesco directo con Adriano, aunque sí con la hermana de Trajano. Lucio Vero no tenía ningún familiar común con su padre adoptivo, Antonino Pío. Y Marco Aurelio, aunque no tenía conexión con Antonino Pío, sí lo tenía con su esposa, pues era descendiente de la hermana de Trajano. Tan solo Cómodo, el último representante de esta dinastía, era hijo de su predecesor, Marco Aurelio.

Otros méritos añadidos y que también aportaron buen nombre a la dinastía Antonina consistieron en que abrieron las puertas al ascenso de los provinciales al trono imperial; que, excepto en los tiempos de Cómodo, gobernaron siempre con el apoyo del Senado; que no hubo guerras civiles en todo su largo período de gobierno; y, por último, que sus campañas militares permitieron alcanzar la máxima expansión del Imperio y añadir cinco provincias nuevas: Dacia, Arabia Pétrea, Armenia, Asiria y Mesopotamia, aunque solo las dos primeras se retuvieron por un largo período.

Por último, cabe señalar que el nombre con que esta dinastía ha pasado a la historia, el de «Antonina», es de reciente cuño y no refleja la complejidad genealógica de esta familia que, en realidad,

se compuso de diversos linajes. De hecho, el primer Antonino fue el cuarto de sus gobernantes, Antonino Pío. Es por ello que, recientemente, se ha propuesto la denominación alternativa de «dinastía Ulpio-Aelia», que sería mucho más ajustada a la genealogía de sus miembros. Los emperadores Ulpios serían Nerva y Trajano, mientras que los Aelios serían Adriano, Antonino Pío, Lucio Vero, Marco Aurelio y Cómodo (a pesar de que este último no llevó el nomen de Aelio, sino el de Aurelio).

Trajano, el príncipe óptimo

Marco Ulpio Trajano nació en Itálica (Santiponce, cerca de Sevilla, España) el 18 de septiembre de 53. Por lo tanto, cuando subió al trono tenía 44 años y fue el primer emperador procedente de las provincias del Imperio. Su padre también se llamaba Marco Ulpio Trajano y había sido el primero de su familia en entrar en el Senado. Trajano padre había llevado a buen término una brillante carrera militar, especialmente en la Primera Guerra Judía, y luego se había ganado una reputación como gobernador de Siria.

Trajano hijo comenzó su carrera como tribuno militar en Oriente a las órdenes de su padre. En el año 89, Domiciano le encomendó la defensa de las fronteras de Germania y allí seguía cuando Nerva lo adoptó. La muerte del emperador le sorprendió en Colonia, pero, en lugar de acudir a Roma para asegurarse el trono, Trajano se quedó en la zona durante más de un año (hasta finales de 99) para no dejar inconclusa la campaña que tenía entre manos.

Durante todo el tiempo que estuvo ausente, fue el Senado quien gobernó en su nombre, en plena consonancia con los ideales de la «diarquía augustea», que fueron la tónica de su reinado. Al igual que Nerva, Trajano consultaba al Senado en todas las cuestiones importantes y también prometió a los senadores que su gobierno sería cívico, y no tiránico, por lo que no sentenciaría a muerte a ninguno de sus miembros sin un juicio por sus pares. Además, las fuentes también alabaron su carácter afable y llano y tan solo destacaron un vicio: una cierta afición al vino, que seguramente era una herencia de sus tiempos como soldado.

Sus contemporáneos le dieron un título honorífico que ningún otro monarca había llevado antes: el de «óptimo», puesto que su reinado se caracterizó por la excelencia del gobierno en todos los campos: depuraciones dentro del ejército y la burocracia imperial, guerras exitosas que reportaron botines de una riqueza jamás vista,

construcciones públicas monumentales y engrandecimiento territorial del Imperio con el añadido de nuevas provincias.

En política interior, Trajano se mostró como un gobernante preocupado por las necesidades de su pueblo, tal como muestran las instituciones alimentarias que creó en favor de los niños huérfanos y pobres del Imperio o la concesión de la ciudadanía romana a los veteranos no romanos que se habían distinguido por su buen servicio en el ejército. Además, su reinado también se caracterizó por una justicia severa, aunque equilibrada, y por la sustitución de algunos de los libertos imperiales de la cancillería por miembros del orden ecuestre, pues muchos senadores y ecuestres no se sentían cómodos teniendo que responder de su gestión administrativa ante unos jefes que habían nacido esclavos.

Las condenas por traición prácticamente fueron inexistentes durante su reinado y los delatores se castigaron con gran dureza. Esta misma moderación se observa en las instrucciones dadas por carta al gobernador de Bitinia, el ya mencionado Plinio el Joven que en su día asistiera a la erupción del Vesubio, quien le había pedido instrucciones sobre la manera en que debía tratar a los cristianos. En su texto de respuesta, el emperador le prohibió buscar a los cristianos, puesto que solo debía juzgar a aquellos que habían sido denunciados como tales y persistían en su religión y se negaban a realizar los sacrificios en honor del monarca. Asimismo, Trajano le exigió desestimar las denuncias anónimas.

En el aspecto económico, su gobierno destacó por unas finanzas aceptables y menos opresivas que las de época de la dinastía Flavia y por un control absoluto del gobierno de las provincias, donde se potenciaron las inversiones en mejoras urbanísticas y se repararon las calzadas en mal estado. En el caso de Hispania, algunos de los restos más monumentales de época romana datan del reinado de Trajano, caso del acueducto de Segovia o del puente de Alcántara sobre el río Tajo.

En Roma, al igual que hicieron los Flavios, Trajano impulsó un buen número de construcciones monumentales, de carácter público y no privado, tales como unas termas en el monte Esquilino que reaprovechaban una parte de la Domus Áurea de Nerón; un nuevo acueducto que fue bautizado con su propio nombre; un templo

dedicado a Nerva; y, por encima de todo, un vasto y magnífico foro en torno a una plaza de 300 x 185 metros dotada con una basílica, un enorme y lujoso mercado, dos bibliotecas, una columna conmemorativa de sus campañas en Dacia y un templo que Adriano dedicó a Trajano una vez divinizado. Fuera de Roma, patrocinó una remodelación de las instalaciones portuarias de Ostia, añadiendo un puerto interior al que había construido Claudio. El principal arquitecto de muchas de estas construcciones fue Apolodoro de Damasco.

Ahora bien, de entre todos los éxitos de su política, sus biógrafos destacaron sus campañas militares, que significaron el último gran proyecto de expansión del Imperio. Augusto había fijado los límites del gobierno romano en los ríos Rin, Danubio y Éufrates; Trajano superó estas dos últimas fronteras y, aunque los territorios que conquistó al otro lado de estos ríos no se retuvieron por mucho tiempo, obtuvo reconocimiento por sus esfuerzos militares y recibió del Senado los epítetos de Dácico y Pártico.

Non uno die Roma aedificata est ('Roma no se construyó en un día')

En época medieval se forjó un dicho que se ha mantenido hasta nuestros días: non uno die Roma aedificata est (es decir, «Roma no se construyó en un día»). Y lo cierto es que la evolución urbanística del centro histórico de Roma confirmaba esta expresión. A lo largo de la época republicana, los edificios religiosos y políticos más emblemáticos del Estado, como en el caso del Senado, fueron congregándose en torno a un gran espacio abierto: el foro republicano. Julio César tuvo la iniciativa de yuxtaponerle el primero de los foros imperiales, el Foro Julio (54 a. C.), con el templo de Venus Madre de los Julios. Augusto añadió su foro homónimo, presidido por el santuario de Marte Vengador. Vespasiano erigió al lado el de su dinastía y emplazó un templo a la Paz. Nerva no se lució mucho con su foro, pues solo pudo ocupar la

breve lengua de terreno que separaba los dos foros precedentes, donde apenas cupo su santuario a Minerva. Por eso, Trajano decidió construir el foro más grande de todos, en homenaje a la grandeza de su dinastía.

■

El primero de los grandes conflictos de su reinado fueron las dos guerras dácicas. Trajano se negó a continuar pagando a Decébalo el tributo anual que Domiciano había acordado para pacificar la frontera danubiana. Desde la muerte de Burebista (82-44 a. C.), el reino de Dacia no había representado ningún peligro para Roma, puesto que se había fragmentado en un mosaico de pequeños estados tribales. Ahora bien, en tiempos de Decébalo (87-106), este monarca había logrado reunificarlos a todos y gobernaba un reino extenso, al norte del Danubio, que más o menos coincidiría con los límites de la moderna Rumanía. Los dacios eran un pueblo belicoso y, además, muy rico, pues controlaban minas de oro, por lo tanto constituían una seria amenaza para la hegemonía de Roma al sur del Danubio.

En marzo del año 101, el emperador abandonó Roma en dirección a Dacia junto con nueve legiones, acompañado de sus mejores consejeros y generales, entre ellos Adriano. Trajano mandó construir un puente de barcas sobre el Danubio y obligó a rendirse a todas las fortalezas dacias que se encontró en su camino hacia Sarmizegetusa, la capital del rey dacio, protegida en la cumbre de una montaña inexpugnable en medio de los Cárpatos. Sin embargo, cuando los romanos se hallaban cerca de la capital, Decébalo decidió someterse a Trajano, quien le impuso las condiciones de un rey cliente: la pérdida del territorio conquistado por los romanos y la obligación de tener los mismos amigos y enemigos que Roma (102).

Pero Decébalo únicamente había querido ganar tiempo y, en 105, provocó una nueva crisis militar entre el Imperio y Dacia que obligó a Trajano a encabezar nuevas operaciones en la cuenca del Danubio. Esta vez, las tropas pudieron pasar gracias a un puente de obra de 1,14 kilómetros de largo, que el ya mencionado arquitecto

imperial Apolodoro de Damasco había edificado en Drobeta (Rumanía) siguiendo las instrucciones del emperador. Sarmizegetusa fue conquistada, saqueada e incendiada y el fabuloso tesoro de oro y plata de los dacios cayó en manos del emperador (106): 2268 toneladas de oro y el doble de plata. El rey dacio se suicidó, pero su cabeza fue llevada hasta Roma y se exhibió públicamente para hacerle escarnio.

Dacia se convirtió en provincia romana y se la dotó de una nueva capital: la Colonia Ulpia Trajana Augusta Dácica, a 30 kilómetros de Sarmizegetusa, y en un lugar más accesible. Buena parte de la población indígena fue esclavizada y a los 50 000 dacios que cayeron cautivos se les obligó a luchar en los juegos que Trajano dio en Roma como celebración por su triunfo. El emperador envió numerosos colonos romanos para repoblar el país y quizá sea por este motivo que, aunque la dominación romana en Dacia resultó efímera (106-250), el latín se mantuvo en la zona y de él se derivó el rumano, mientras que el dacio se extinguió.

La columna de Trajano

Para construir su foro, Trajano tuvo que recortar las pendientes de la colina Quirinal. En recuerdo de la altura original de la montaña, el monarca encargó la erección de una columna que, junto con su pedestal, mide unos 35 metros. Está conformada por una veintena de bloques de mármol de Carrara, de un diámetro de 3,7 metros, y, en su interior, una escalera de caracol conduce a la plataforma en la parte superior del monumento. Lo más destacado es el relieve en espiral que, ascendiendo desde la base de la columna, relata los principales acontecimientos de las dos campañas dácicas; según se cree, estaban pintados con una rica policromía para facilitar su contemplación. A la muerte de Trajano, Adriano colocó sus cenizas dentro del pedestal, lo cual constituyó un gran privilegio, pues estaba prohibido sepultar en el interior del recinto urbano. Hoy en día, la columna está rematada por una estatua del apóstol Pedro

que se colocó en 1587 en sustitución de una de Trajano desaparecida varios siglos atrás.

Una vez asegurada la frontera danubiana, la preocupación militar

de Trajano se centró en Oriente. En primer lugar, allí creó la provincia de Arabia Pétrea al anexionar al Imperio el reino de la Petra Nabatea (106), y, a continuación, se dedicó a preparar una gran campaña contra Armenia y el Imperio de los partos que culminó entre los años 113 y 117. En primer lugar, Trajano provincializó el reino de Armenia como castigo por haber decantado su política hacia una alianza con los partos y haber aceptado la entronización de un candidato afín a los intereses de estos últimos. A continuación, invadió el Imperio parto (114) y llevó a cabo una serie de campañas exitosas en Mesopotamia que le mantuvieron ocupado hasta 116, año en que consiguió entrar en Ctesifonte, la riquísima capital del emperador parto. Antes de abandonar la región (117), Trajano creó las provincias de Asiria y Mesopotamia, con lo que los dominios de Roma llegaron hasta las costas del golfo Pérsico. Sin embargo, aún no había abandonado el país cuando Armenia y estas dos provincias ya se encontraban en plena revuelta. Trajano renunció a regresar sobre sus pasos y consolidar estas conquistas por dos motivos. En primer lugar, porque se encontraba gravemente enfermo, y, en segundo lugar, porque mientras estaba ocupado en Mesopotamia, los judíos de la diáspora se habían sublevado en Cirene, Alejandría y Chipre (la Segunda Guerra Judía, entre 115 y 117).

Trajano intentó regresar a Roma, pero su estado se agravó y murió en Selinos (Cilicia), el 9 de agosto de 117, a la edad de 73 años. El recuerdo que dejó fue excepcionalmente bueno, hasta el punto de ser considerado uno de los mejores gobernantes de la historia romana. En el siglo IV, cuando un emperador visitaba oficialmente el Senado de Roma, era recibido al son de la aclamación: «¡Que seas más feliz que Augusto y mejor que Trajano!».

El difunto no había tomado aún ninguna decisión sobre su sucesión, ni había adoptado a nadie. Según algunos, tenía pensado preparar una lista de posibles candidatos y debatirla en una sesión del Senado. Su pariente más cercano era Adriano, su sobrino, pero ya a sus propios contemporáneos les parecía evidente que no había pensado en él como sucesor. Si Adriano fue finalmente aclamado como emperador, se debió a las maquinaciones de la emperatriz Plotina y del prefecto del pretorio Publio Elio Atiano, quienes mantuvieron la muerte del emperador en secreto tres días. Durante

ese tiempo se redactaron los papeles de la adopción, que fueron firmados por Plotina aduciendo que Trajano tenía las manos paralizadas. El Senado dio por buenas las explicaciones de la emperatriz y Adriano fue reconocido como emperador. El interés de Atiano por participar en la conjura se explicaría por su deseo de agradar al nuevo emperador y asegurarse la promoción política. En cuanto a Plotina, sus motivaciones no están claras. Tradicionalmente, se ha buscado la explicación más fácil, es decir, que ella y Adriano eran amantes; pero quizá cabría considerar otras motivaciones, por ejemplo, que ella considerara que el vínculo de parentesco entre Trajano y Adriano daría fuerza a la candidatura de este último y frenaría las ambiciones de todos los que no eran parientes del difunto.

Adriano, el emperador viajero

Cuando Trajano murió, Publio Elio Adriano tenía 41 años. Su familia también era de Itálica, aunque de ascendencia italiana, y era pariente de Trajano por doble vía. Por un lado, él mismo era nieto de Ulpia, la tía paterna de Trajano, y, por el otro, su esposa Sabina era nieta de Marciana, la hermana de Trajano. Tenía un cierto currículum militar, dado que había participado en campañas en Panonia, Mesia y Germania y también en la campaña parta. Además, tenía experiencia política, pues había sido arconte de Atenas y, en el momento de su entronización, era gobernador de Siria.

Adriano mismo comunicó al Senado tanto la muerte de su predecesor como su adopción y su elección por parte de las legiones de la campaña parta, al tiempo que ofreció sus excusas por haber asumido los títulos imperiales antes de que el Senado se los ratificara. A todo ello añadió, como sus predecesores, su solemne promesa de respetar las vidas y los privilegios de los senadores. Por otra parte, para reprimir los rumores que corrían entre el pueblo sobre la irregularidad de su adopción por Trajano y el engaño de Plotina, se gastó una fortuna en regalos en metálico y en juegos. Por último, en virtud de su adopción, cambió su nombre por el de Publio Elio Trajano Adriano Augusto.

Al igual que su padre adoptivo, Adriano no se dirigió inmediatamente a Roma, sino que se quedó en Oriente para asegurar la paz con el Imperio de los partos mediante la renuncia a las provincias recién creadas de Armenia, Asiria y Mesopotamia. Esta paz fue acompañada de una reforma integral de la frontera, que vio nacer todo un conjunto de reinos vasallos, concebidos a modo de estados-tapón para prevenir cualquier ataque procedente de Oriente. Además, también reforzó las defensas fronterizas construyendo una alineación de campamentos de piedra en los que los soldados debían vivir de manera permanente. A continuación, se

dirigió al Danubio, donde derrotó a los sármatas y a los roxolanos. Una vez acabadas estas guerras, Adriano se dedicó a cultivar la paz y a hacer propaganda de la bondad de sus tiempos. Así lo ponen de manifiesto todo un conjunto de monedas en las que cada una de las provincias aparecían arrodilladas ante él, agradeciéndole su papel como «restaurador del mundo» (en latín, restitutor orbis).

El Panteón de Roma, edificado por Agripa en tiempos de Augusto, fue restaurado y renovado en los de Adriano.

Hasta junio de 118 Adriano no realizó su entrada en la Ciudad Eterna. Mientras tanto, su representante en la capital, el prefecto del pretorio Publio Elio Atiano, se había encargado de allanarle el camino ejecutando a los colaboradores más estrechos de Trajano tras acusarlos de conjurar contra el monarca y hacerlos juzgar por el Senado.

Al igual que sus predecesores, Adriano se decantó por el principio político de la «diarquía augustea», aunque tendió a gobernar a través del consejo imperial y no tanto a través del Senado. Además, redujo el senadoconsulto a un documento que simplemente servía

para corroborar la voluntad imperial y acometió una reforma en la cancillería imperial sustituyendo, en los cargos de máxima responsabilidad, a los libertos imperiales por ecuestres según una jerarquía que se denominaba a partir del sueldo que percibían: sexagenario (60 000 sestercios), centenario (100 000 sestercios), ducenario (200 000 sestercios) y trecenario (300 000 sestercios). Por último, Adriano recompensó con la promoción a la clase senatorial a aquellos ecuestres que se habían distinguido por su excelencia en el desempeño de sus funciones. Por todo ello, los senadores de su tiempo no le tuvieron en demasiada estima y le acusaron de abrigar una ambición excesiva y un orgullo desmedido, además de criticarle por adúltero.

Adriano también fue famoso por su política de construcciones. En Roma, impulsó proyectos arquitectónicos de gran importancia, tales como la reforma del Panteón (con el añadido de la bóveda semicircular); la construcción del enorme Templo de Venus y Roma frente al Coliseo, el más grande de la ciudad, con su original planta de doble celda; y el mausoleo que acogió sus cenizas y las de sus descendientes (hoy en día conocido como «Castel Sant'Angelo»). Fuera de la capital renovó por completo, de manera más espléndida y lujosa, la Villa Adriana (en Tívoli), heredada de su padre. Cada parte de esta residencia recibió un nombre alusivo a una construcción famosa de Grecia o de Egipto, como por ejemplo, el Liceo, la Academia o el Canopo (un barrio de Alejandría famoso por las alegres y escandalosas fiestas que allí se hacían).

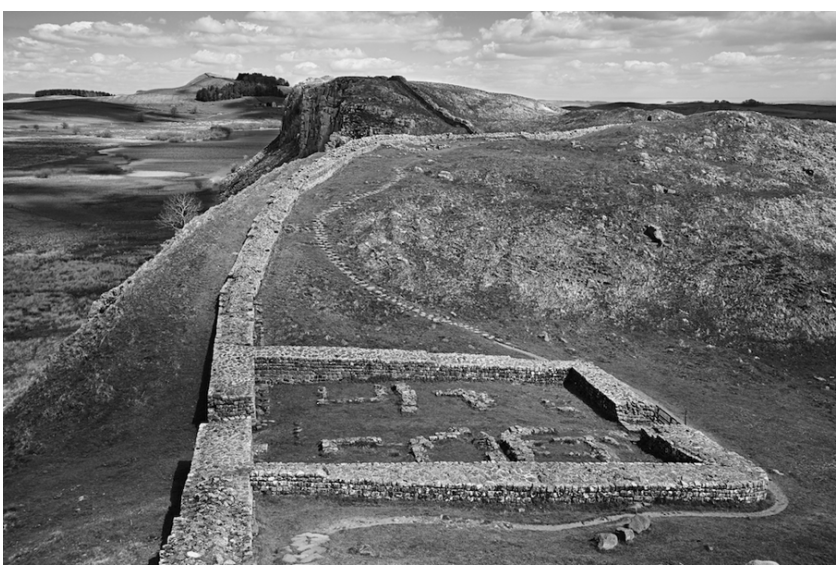
En lo referente a las provincias, impulsó la concesión del rango municipal, castigó duramente las infracciones de los procuradores y gobernadores provinciales sobre las poblaciones que administraban y facilitó que las aristocracias municipales pudieran acceder a la ciudadanía romana si aún no gozaban de ella. En el ámbito económico, publicó una ley agrícola con el objetivo de defender a los pequeños y medianos campesinos frente a los abusos de los grandes propietarios y de la extensión del latifundio.

Precisamente, a fin de conocer mejor la realidad provincial de su Imperio, emprendió una serie de viajes que le llevaron hasta los confines más remotos de sus dominios. Solo hubo seis provincias en las que no se tiene constancia de su presencia: Aquitania, Lusitania,

Chipre, Cirene, Creta y Cerdeña-Córcega.

El Muro de Adriano, la última defensa en Britania

Durante la visita que Adriano realizó a Gran Bretaña en 122, el emperador decidió estabilizar la frontera romana en la isla, en el territorio que media entre la desembocadura del río Tyne y el fiordo de Solway, con lo que renunció a la conquista de Escocia que Agrícola llevó a cabo en tiempos de Domiciano. A tal fin, se erigió un muro que, en origen, se denominó «Muro Elio» y cubría una distancia de 117,5 kilómetros. Se construyó en piedra, con una altura media de 4 metros, y estaba protegido por un foso. A lo largo del recorrido se instalaron una veintena de campamentos para legionarios y jinetes. En los intervalos había torres de vigilancia y puertas fortificadas a la distancia de una milla entre sí (es decir, 1,48 kilómetros). En tiempos recientes esta construcción fue bautizada como «Muro de Adriano».



Restos de una puerta fortificada del Muro de Adriano.

El primero de sus viajes se inició el 21 de abril de 121 y le llevó a la Galia renana. De allí, pasó a las regiones danubianas (primavera de 122) y, a continuación, a Britania, donde mandó que se construyera un muro de piedra para defender la isla del ataque de los pictos (los escoceses antiguos). A inicios de 123, Adriano estaba ya en Tarraco, desde donde se dirigió hacia Gades pasando por Itálica. A finales de ese año, navegó hacia Oriente y pasó por las islas Cícladas y las provincias de Asia Menor, donde fundó ciudades nuevas y subvencionó la construcción de nuevos edificios. En octubre de 124 estaba en Atenas y recorrió toda Grecia. Hasta 126 no se embarcó hacia Roma, y aun así antes pasó por Sicilia.

El segundo viaje comenzó en 127 y se concretó por las provincias de Italia y África, en donde visitó las ciudades de Cartago, Útica, Zama y Timgad. Además, inspeccionó los contingentes militares del desierto africano, destacados para la defensa frente a las incursiones bereberes. En agosto de 128 ya estaba de nuevo en Roma.

El tercer viaje comenzó poco después, puesto que en octubre de 128 el emperador ya se encontraba en Atenas. En la primavera de 129 llevó a cabo una estancia en Éfeso antes de continuar su periplo por Asia Menor, Capadocia, Cilicia y Siria. Después pasó por Jerusalén y Petra y, desde allí, se dirigió hacia Alejandría (verano de 130) para recorrer el Nilo en barco; durante este periplo falleció su efebo, Antínoo, una muerte que sumió a Adriano en la desesperación. Al llegar a Tebas, la pareja imperial desembarcó para escuchar el canto de los Colosos de Memnón. En 131, Adriano abandonó Egipto camino de Atenas, desde donde, en la primavera de 132, se dirigió a Judea para afrontar una nueva revuelta de los judíos (la Tercera Guerra Judía, entre 132 y 135), liderada por Simón bar Kojba.

El conflicto había sido provocado por dos errores de cálculo cometidos por Adriano. En primer lugar, su proyecto de reconstruir Jerusalén renombrándola con los epítetos paganizantes de Elia Capitolina Jerusalén y de erigir un santuario a Zeus sobre las ruinas del antiguo Gran Templo. En segundo lugar, su legislación en contra

de la circuncisión, el respeto del sabbat y las leyes de pureza alimentaria. El enfrentamiento resultó de una gran violencia y los romanos tuvieron muchas bajas antes de conquistar Jerusalén. La represión sobre los judíos fue brutal. Se les expulsó de Judea y se les prohibió regresar a Jerusalén bajo pena de muerte, con excepción de un día al año para la celebración de la Pascua, previo pago de una tasa especial. El nombre de Judea desapareció y se creó la provincia de Palestina. Tras la caída de Jerusalén, Adriano retornó a Roma (133) y ya no volvió a viajar fuera de Italia. En el futuro, repartió su tiempo entre las actividades políticas y su afición por la literatura.

Cuando recibió la carta de uno de sus gobernadores acerca de los procedimientos que había que aplicar en la persecución de los cristianos, Adriano se reafirmó en el parecer de su predecesor Trajano, al indicar que solo debía juzgarse a aquellos que hubieran sido acusados formalmente y no mediante libelos difamatorios anónimos.

Adriano murió el 10 de julio de 138, en su villa marítima de Bayas (Campania), mientras disfrutaba de unas vacaciones y casi a punto de celebrar veintiún años de reinado. Al parecer, la causa de su muerte fue una dolorosa enfermedad que le ocasionó un cierto grado de locura. La sucesión se produjo sin problemas, pues en febrero de ese mismo año había adoptado como hijo al senador Tito Aurelio Fulvio Boyonio Arrio Antonino, quien cambió su nombre por el de Tito Elio César Antonino (aunque nos es más conocido como «Antonino Pío»). Adriano le impuso la condición de que adoptara como hijos y herederos a Lucio Vero, hijo del difunto Lucio Ceyonio Cómodo, y a Marco Annio Vero (el futuro Marco Aurelio), sobrino de su esposa, que también era tataranieto de Marciana, la hermana de Trajano.

El Senado quiso negar a Adriano su divinización, pero terminó concediéndosela a raíz de los ruegos de Antonino, quien con ello se ganó su epíteto de «Pío». Adriano, según explica un testimonio del siglo IV, en su lecho de muerte compuso su propio poema funerario: «Pequeña alma, blandita y errante. Huésped y compañera del cuerpo. ¿Dónde habitarás ahora, pálida, rígida, desnuda, incapaz de bromear como solías?».

Adriano, el emperador culto

El amor de Adriano por las letras griegas fue una de sus grandes pasiones, tal como recalcan las fuentes antiguas que relatan su vida. De hecho, ya desde niño se le conocía con el apodo de «pequeño griego». Una vez adulto, adoptó algunas de las modas griegas, y fue el primer emperador romano en llevar una barba corta y cuidada. Su cultura era muy amplia y tenía una memoria prodigiosa: se dice que era capaz de recordar los nombres de personas que solo le habían presentado una vez, que podía recitar los libros que acababa de leer y que conocía las cuentas públicas hasta en su más ínfimo detalle. Además, sus biógrafos también le reconocen como buen orador, poeta, pintor y escultor, y señalan que llegó a diseñar algunos de los edificios cuya construcción subvencionó.

En cuanto a su vida privada, sus contemporáneos enmarcaron su vida amorosa dentro de un triángulo formado por la emperatriz viuda Plotina (la esposa de Trajano), su esposa Sabina (un matrimonio muy desdichado) y el ya mencionado Antínoo, el joven y bello efebo. A estos tres personajes, algunas fuentes añaden un cuarto, Lucio Ceyonio Cómodo, un senador de notable belleza a quien Adriano adoptó como heredero, aunque murió antes que su padre adoptivo. Su mediocridad política y militar ya hizo sospechar a los antiguos que quizá se tratara de un hijo bastardo del emperador. Sin embargo, este dato no está corroborado.

Antonino Pío, el amante de la paz

Antonino Pío tenía 51 años cuando subió al trono en el año 138. Era miembro de una familia senatorial romana de origen galo, procedente de la ciudad de Nîmes, promovida al Senado por Vespasiano. Su padre y su abuelo habían sido cónsules y la riqueza de la familia era proverbial. Antes de ser emperador, Antonino Pío ya había ocupado el consulado ordinario y había servido como procónsul de Asia. Entre 110 y 115 había contraído matrimonio con Faustina Mayor, biznieta de Marciana, la hermana de Trajano. La felicidad conyugal fue tan grande que, a la muerte de su esposa en 140, Antonino la divinizó, le dedicó un templo que hoy en día aún se alza en buen estado en medio del foro republicano y consagró a su servicio un colegio sacerdotal femenino.

Su política social fue firme y dejó un buen recuerdo. Subvencionó tareas asistenciales, tales como la recogida, alimentación y educación de las niñas pobres y necesitadas; prohibió la tortura, y decretó medidas para la protección de la vida de los esclavos frente a la crueldad de sus amos. Además, celebró espectacularmente los Juegos Seculares, conmemorando los novecientos años de la fundación de Roma. Estos juegos databan de época republicana y eran muy especiales porque se celebraban para conmemorar la finalización de un ciclo de un siglo, pues los romanos consideraban que cien años era el límite más largo imaginable para una vida humana, de ahí su nombre de «seculares». Por eso se anunciaban como los «juegos que nunca nadie había visto y que nunca nadie volvería a ver».

La política económica de Antonino fue mejor que la llevada a término por Adriano, gracias a lo cual consiguió que el tesoro público tuviera un superávit de 2700 millones de sestercios, a pesar de que tendió a eximir de pagar impuestos a aquellas ciudades afectadas por desastres naturales. Es posible que uno de los factores que propiciaron ese ahorro fuera que no se preocupó tanto como

sus predecesores de la construcción de grandes monumentos, a excepción de un templo gigantesco que conmemoraba la divinización de Adriano y del cual hoy todavía se conserva una pared, con dieciséis columnas, que puede contemplarse incorporada a la fachada del edificio de la Bolsa de Roma (en la Piazza di Pietra). Más conocido resulta el Muro de Antonino construido en Britania, entre los años 142 y 143, a unos 70 kilómetros al norte del de Adriano y en un estrechamiento de tierra que supone una distancia de tan solo 59 kilómetros de costa a costa. Se elevó mediante terraplenes de tierra, pero su vida útil fue corta, pues quedó abandonado en torno a 163 sin que se sepan muy bien las causas.

Las relaciones de Antonino con el Senado fueron muy cordiales, pues gobernó en total armonía con esta institución. Además, su reinado fue pacífico y destacó por la ausencia de grandes guerras. Tan solo se documentaron algunas revueltas en Egipto (Alejandría, 142-144), Mauretania (145), Dacia (156-157) y Acaya (157).

Antonino murió en Lorio (Etruria) el 7 de marzo de 161, a la edad de 74 años, tras veintidós años y ocho meses de reinado. Su sucesión no planteaba problemas, dado que ya había sido arreglada por Adriano en el momento en que este le adoptó (138). Sus herederos fueron Lucio Vero (adoptado como Lucio Elio Aurelio Cómodo) y Marco Annio Vero (adoptado como Marco Elio Aurelio Vero). Ahora bien, lo que sí hizo Antonino fue revocar los compromisos matrimoniales que Adriano había pactado, y permitió que Marco Aurelio no se casara con la hermana de Lucio Vero, sino con Faustina Menor, la prometida de este último y sobrina de la emperatriz Faustina Mayor.

Al contrario que sus predecesores, Antonino Pío no fue incinerado, sino que su cuerpo fue inhumado en el Mausoleo de Adriano. El templo que él había dedicado a su esposa Faustina Mayor fue renombrado para añadirle su nombre y, además, se le dedicó una columna en el Campo de Marte.

Lucio Vero y Marco Aurelio, el epicureísta frente al filósofo

Marco Aurelio pertenecía a una ilustre familia senatorial romana de origen hispano, procedente de una pequeña población situada al sureste de Córdoba. Había nacido en Roma el 26 de abril de 121, por lo que, al ascender al trono, tenía 40 años. Huérfano en la infancia, había recibido una excelente formación estoica por parte de sus maestros Diogneto y Apolonio. Y, una vez adoptado por Antonino Pío, tanto él como Lucio Vero fueron educados por Marco Cornelio Frontón, otro estoico, gramático, orador y uno de los abogados más famosos de su tiempo, originario de Cirta (capital de Numidia, en Argelia). Cuando fue ya emperador, Marco Aurelio mantuvo con Frontón una correspondencia epistolar que se ha conservado hasta nuestros días.

Marco Aurelio destacaba por su enorme capacidad de trabajo y por la seriedad con que asumía sus deberes y obligaciones. Sin embargo, su salud era enfermiza y tenía un carácter muy dubitativo, pues se inclinaba más a la meditación filosófica que a la acción. Se conserva un libro que él mismo compuso y que contenía una serie de reflexiones filosóficas, de ahí el título con el que se lo conoce: Meditaciones. Por otra parte, Marco Aurelio también se había preocupado de su formación como político y había sido cónsul en dos ocasiones (140 y 145).

«Para vivir felizmente basta con muy poco»

Entre los años 170 y 180, aprovechando los ratos de ocio que le

quedaban entre una campaña militar y la siguiente, Marco Aurelio escribió las Meditaciones, sin lugar a dudas el principal texto para el conocimiento de la filosofía estoica romana. Se trata de una sucesión de reflexiones, escritas de su puño y letra, en doce volúmenes y en griego, que expresan pensamientos del estilo: «Para vivir felizmente basta con muy poco». Como buen estoico, su filosofía se desarrolla en torno a la idea de Epicteto según la cual todo ser humano tiene la obligación de no preocuparse por aquello que no está en sus manos (como es el caso de los bienes materiales, los honores o la opinión de la gente) y de concentrar su atención en dominar sus emociones, opiniones y juicios, pues tan solo sobre estas últimas posee control.

Detalle de la escultura de Marco Aurelio que en el siglo XVI se ubicó en el centro de la nueva Piazza del Campidoglio.

Una vez muerto Antonino, el Senado solo ratificó como emperador a Marco Aurelio, pero este otorgó también poder al otro heredero, Lucio Vero, en igualdad de condiciones y con los mismos títulos. A continuación, ambos monarcas se dirigieron al campamento de los

pretorianos para hacerse proclamar por las tropas a cambio de un donativo de 20 000 sestercios por cabeza, el doble de lo habitual en estos casos. Fue así como, por primera vez en la historia de Roma, dos emperadores subieron al trono conjuntamente. En general, hubo entendimiento entre ellos, aunque las fuentes atribuyen a Lucio Vero un carácter más propenso a la disipación, en claro contraste con la sobriedad y austeridad de Marco Aurelio. Buscando afianzar la concordia con su colega imperial, en el año 164 Marco Aurelio ofreció a Lucio Vero la mano de una de sus hijas: Annia Aurelia Galeria Lucila.

Esta diarquía tocó a su fin en 169, cuando Vero murió tras ocho años de reinado y Marco Aurelio se convirtió en emperador único. La principal gesta de Lucio Vero fue la dirección de una nueva campaña contra el Imperio de los partos (161-166), aunque en realidad él se pasó casi todo el tiempo en Antioquía, la capital de Siria, de banquete en banquete. Las tropas imperiales, dirigidas por el general Avidio Casio, invadieron Armenia, aliada de los partos, y aunque la campaña comportó algunos reveses para las legiones romanas, Casio y sus soldados consiguieron saquear Ctesifonte, la capital parta, y prender fuego al palacio real (165). A pesar de ni tan siquiera haber pisado el campo de batalla, Lucio Vero fue honrado con los epítetos de Armeníaco, Médico y Pártico Máximo. No obstante, estas conquistas no pudieron consolidarse, dado que el ejército fue víctima de una epidemia de peste y los soldados emprendieron la retirada. Además, una vez llegados al Imperio, difundieron esta enfermedad por todo el Oriente, que se vio afectado por la peste durante diez años. Lucio Vero retornó a Roma (166) y celebró un gran triunfo. Avidio Casio recibió la potestad máxima sobre todo Oriente (en latín, imperium maius), a fin de que previniera cualquier reacción parta.

Para los antiguos, el reinado de Marco Aurelio, sobre todo después de la muerte de Lucio Vero, fue uno de los mejores de todos los tiempos. El monarca mantuvo excelentes relaciones con el Senado y preservó las reformas llevadas a cabo por Adriano dentro de la Administración, además de favorecer la presencia de los ecuestres en esta. Por último, destacó por su empeño en realizar el ideal de justicia en los juicios.

En el terreno financiero, el Imperio sufrió una fuerte crisis económica a escala municipal motivada por el hecho de que los gastos de mantenimiento de la costosísima administración imperial y de las continuas guerras no se cubrían con los impuestos que se recaudaban. Para solucionar la falta de recursos se crearon impuestos extraordinarios y se depreció el valor del denario. No obstante, la inteligente administración que Marco Aurelio hizo de los recursos del Estado y, de manera especial, su poca predisposición a emprender construcciones nuevas resultaron paliativas para esta situación.

En cuanto a la política militar, sus inclinaciones filosóficas lo hacían poco apto para dirigir actividades bélicas. No obstante, las exigencias de su reinado le dieron más de una oportunidad de demostrar su competencia en el campo de batalla, puesto que diecisiete de sus diecinueve años de gobierno estuvieron ocupados por las campañas danubianas. El motivo de estas guerras habría que buscarlo en la presión que ejercía sobre la frontera la llegada de nuevos pueblos procedentes de las estepas rusas. Esta fue la coyuntura que provocó que, en 162, los catos atacaran Estrasburgo y que, en 167, una invasión de cuados y marcomanos cruzara la frontera danubiana y causara una gran destrucción en Panonia, Mesia, Nórico y Recia, y llegara incluso a invadir Italia, donde destruyó Oderzo y asedió Aquileya, aunque sin éxito. No solo varias fortalezas fronterizas fueron saqueadas e incendiadas durante estas incursiones, sino que se calcula que el Imperio perdió unos 20 000 soldados masacrados por sus enemigos. Otras guerras del período tuvieron lugar en Britania, el Rin, Egipto y Mauretania.

A finales de la década de los sesenta del siglo II, los costobocos de Transilvania llegaron hasta Grecia y saquearon Eleusis. La muerte de Lucio Vero en 169 retrasó la reacción de Marco Aurelio, quien en 170 abandonó Roma para hacerles frente. Tres años después impuso una paz muy dura que les prohibía vivir a cinco millas de la frontera y les obligaba a proporcionar tropas al Imperio. Todas estas victorias contribuyeron a que, entre 172 y 175, Marco Aurelio recibiera los epítetos de Germánico y Sarmático. A imitación de Trajano, sus victorias quedaron plasmadas en una columna que hoy día aún luce en su emplazamiento original, en la Piazza Colonna de Roma, y que también se compone de un relieve ascendiendo en

espiral desde la base del monumento. Junto a ella se erigió, asimismo, una estatua ecuestre de bronce del emperador, de 4,24 metros de altura, que en el siglo XVI se ubicó en el centro de la nueva Piazza del Campidoglio diseñada por Miguel Ángel.

La paz conseguida por Marco Aurelio en el Danubio no acabó con los conflictos militares, puesto que, en el año 175, Avidio Casio empezó a presentarse como descendiente de la casa real de Comagene y se sublevó en Oriente creyendo, por causa de un falso rumor, que Marco Aurelio había muerto en el Danubio. La usurpación no concluyó con éxito porque, una vez declarado enemigo público por el Senado, Avidio Casio fue asesinado por uno de sus oficiales. A continuación, Marco Aurelio llevó a cabo una gira por las provincias orientales para fidelizarlas nuevamente a su persona.

En 178, Marco Aurelio se encontraba de nuevo en el Danubio con la intención de anexionar al Imperio los territorios de los marcomanos y los sármatas, pero por la vía de la diplomacia. Allí le sorprendió la muerte el 17 de marzo de 180, seguramente, en Vindobona (Viena), a diez días de haber cumplido los diecinueve años de reinado. Sus cenizas fueron enviadas a Roma y se depositaron en el Mausoleo de Adriano.

Por primera vez en la historia de la dinastía, la sucesión pasó de padre a hijo, es decir, a Cómodo, de nefasto recuerdo y el único superviviente de los cinco o seis hijos varones que habían tenido Marco Aurelio y Faustina Menor. La muerte de Marco Aurelio fue muy sentida, sobre todo a medida que el gobierno de su heredero derivó hacia un régimen del terror.

Cómodo, el emperador gladiador

Los romanos quedaron tan atónitos al constatar la enorme diferencia entre el reinado de Marco Aurelio y el de Cómodo, que los encomiastas biógrafos del primero se vieron impelidos a exculparle acusando a Faustina Menor de mantener una relación adulterina con un gladiador y de la cual habría nacido Cómodo.

Las fuentes contemporáneas nos trazan una descripción muy negativa de su carácter, que describen como malvado, cruel, lascivo, vicioso e inmoral. Y, por encima de todo, sus biógrafos destacan una pasión exagerada por los juegos de gladiadores. Sin embargo, esta visión de Cómodo podría estar profundamente mediatizada por una serie de autores de condición senatorial hostiles a un reinado que prescindió de la «diarquía augustea» y gobernó con un alto grado de autocracia imperial. En realidad, el gobierno de Cómodo se correspondió con un período de paz y el monarca contó con las simpatías del pueblo y de los soldados, pero prescindió del Senado y amenazó la vida de muchos de sus miembros. Y esto último pesó más en la historiografía que todo lo demás.

«Ave César, los que van a morir te saludan»

Gracias a las películas de romanos, todos conocemos la frase que pronunciaban los gladiadores para saludar al emperador antes de entrar en combate: «Ave César, los que van a morir te saludan». Sin embargo, esta expresión solo se documenta una vez en todos los textos literarios latinos: en el año 52, cuando la gritaron un grupo de delincuentes que debían enfrentarse en un combate naval

durante la ceremonia conmemorativa de las obras de drenaje del lago Fucino. La anécdota fue recogida por las fuentes clásicas porque, cuando los combatientes saludaron al emperador Claudio con esta frase, él les respondió: «¡O no!»; de ahí que los gladiadores se negaran a luchar pensando que Claudio les había eximido de ello y los había liberado a todos.

▪

Cómodo nació el 31 de agosto de 161 y desde 177 cogobernaba con su padre, de ahí que, a la muerte de Marco Aurelio, la transmisión del poder resultara muy sencilla. El nuevo emperador tenía apenas 18 años y, tras presidir los funerales de su predecesor y enviar sus cenizas a Roma para que recibieran los honores divinos, permaneció en el Danubio para pactar una paz con los cuados y marcomanos en la que estos se comprometieron a: entregar tanto a los prisioneros de guerra como a los desertores del ejército romano, pagar un tributo anual en trigo, proporcionar armas y soldados, y hacer la guerra a las tribus que Roma le indicara. A cambio, Cómodo renunciaba a los territorios conquistados al norte del Danubio.

El joven soberano hizo su entrada en Roma siete meses después y empezó a gobernar con la ayuda de unos consejeros descritos como «poco responsables». En 183, su hermana Lucila conspiró contra él, lo cual convenció a Cómodo de que todos los senadores estaban en su contra. El Imperio pasó entonces de la edad de oro de los Antoninos a otra de hierro en la que los delatores volvieron a hacer fortuna. Incluso su esposa, la emperatriz Brucia Crispina, fue acusada de adulterio, exiliada en Capri y, finalmente, ejecutada (187).

Cómodo dejó las riendas del poder en manos de sus favoritos, algunos de los cuales eran libertos imperiales encumbrados por un monarca que llegó a nombrar hasta veinticinco cónsules en un solo año (189), seguramente a cambio de dinero. Además, para redondear este panorama de horrores, la peste reapareció en los años 187-188 y solo en Roma se produjeron unos 2000 muertos diarios. Por su parte, mientras los romanos morían debido a la epidemia, Cómodo daba una imagen de despreocupación y se

dedicaba a entrenar como gladiador.

A partir del año 190, Cómodo intensificó su autocracia revistiéndola de aspectos teocráticos, como el de hacerse reconocer por el Senado como Hércules Romano y Hércules Cómodo. Además, cambió el nombre de Roma por el de Colonia Lucia Aurelia Nueva Comodiana y el de su reinado por el de Siglo Áureo Comodiano. Igualmente, rebautizó los nombres de los doce meses a partir de sus propios epítetos.

En lo referente a los aspectos de política interior, Cómodo continuó las tendencias de sus predecesores hacia la burocratización y la profesionalización de la Administración mediante la integración de los ecuestres; muchos de ellos eran premiados, al final de sus servicios, con la entrada en el orden senatorial. Por otra parte, aseguró el abastecimiento de trigo africano para la plebe romana mediante la creación de una flota específica a tal fin.

En política exterior, la época de Cómodo fue pacífica. El frente oriental se mantuvo tranquilo, al igual que el eje del Rin-Danubio, gracias a los pactos con los marcomanos. Tan solo se produjeron pequeños incidentes militares en Dacia, las dos Panonias y Britania.

En el terreno fiscal, aunque no hizo guerras ni asumió construcciones demasiado costosas, su extrema generosidad a la hora de hacer regalos en metálico al pueblo y su afición a celebrar juegos de manera recurrente dejaron al erario público en una situación tan difícil que hubo que depreciar la moneda.

El final de Cómodo se produjo como consecuencia de una conjura palatina. Según los textos antiguos, el emperador proyectaba encabezar el desfile de gladiadores del 1 de enero de 193, vestido como ellos, lo cual suponía una gran indignidad para una persona tan relevante socialmente. Marcia (su amante), Quinto Emilio Leto (el prefecto del pretorio) y Eclecto (su chambelán) le pidieron que desistiera, pero el emperador consideró intolerable este consejo y los condenó a muerte. Ellos decidieron anticiparse administrándole un veneno, pero Cómodo lo vomitó. Los conjurados ordenaron entonces a un atleta de nombre Narciso que le estrangulara en el baño. Todo esto sucedió el 31 de diciembre de 192. Cómodo tenía 31 años y había reinado en solitario durante doce. La falta de

heredero abrió un período de anarquía militar en el que, en poco tiempo, cinco generales se sucedieron al frente del Imperio.

Los Severos

~ 193-235 d. C. ~

El año de los cinco emperadores (193)

Igual que ocurrió tras la muerte de Nerón, el asesinato de Cómodo abrió una crisis dinástica que no se solucionó con facilidad. A lo largo de 193, cinco fueron los candidatos que reivindicaron el trono, en competencia entre sí hasta que, al ocuparlo Septimio Severo, se instauró una nueva dinastía, la de los Severos (193-235), que sería la última del Alto Imperio. Con ella, se renunció definitivamente al ideal de la «diarquía augustea», que fue sustituido por el de la «monarquía militar», un modelo político caracterizado por el hecho de que era la guardia pretoriana y, en menor proporción, los soldados de las provincias quienes nombraban al emperador, sin necesidad de contar con el reconocimiento del Senado.

Los contendientes por el trono en aquel año tan conflictivo de la historia de Roma fueron: Pértinax, Didio Juliano, Clodio Albino, Pescenio Níger y, como ya se ha indicado, Septimio Severo.

Nada más morir Cómodo, el prefecto del pretorio, Quinto Emilio Leto, ofreció el trono a Publio Helvio Pértinax, un senador de 66 años, que a pesar de ser hijo de un liberto había culminado una brillante carrera militar sirviendo en la guerra parta de Lucio Vero y, también, en Britania y en Dacia. Además, gozaba de experiencia en el campo de la política, pues había ocupado diversas gobernaciones provinciales y la prefectura urbana de Roma, cargo que ocupaba cuando Cómodo fue asesinado. Pértinax recibió el nombramiento en contra de su voluntad, pero la elección de los pretorianos fue bien acogida por el pueblo y confirmada por el Senado.

El nuevo emperador procuró gobernar sin repetir los errores de Cómodo y se esforzó por mantener la concordia con aquellos a quienes su predecesor había ofendido gravemente: el Senado y los senadores. Por ello, amnistió a todos los condenados y exiliados,

devolvió los patrimonios confiscados por Cómodo y restableció la dignidad de los miembros de la clase senatorial. Con respecto al pueblo, Pértinax empezó su reinado con los preceptivos donativos en metálico a la plebe, intentó restaurar las instituciones alimentarias de sus predecesores y permitió a los campesinos que ocuparan tierras vacantes que pertenecían al emperador para que las cultivaran y así, una vez transcurridos diez años, pasaran a su propiedad. No obstante, el principal problema de su reinado fue la economía, puesto que los pretorianos le presionaron para recibir un elevado emolumento por su nombramiento como emperador. Para poder hacer frente a esos pagos tuvo que subastar los bienes de Cómodo. Por otro lado, también en el terreno económico, mejoró la ley del denario aumentando el porcentaje de plata del 74 % al 87 %. Los denarios romanos eran de plata, pero esta se aleaba con otros metales más baratos, en una proporción decidida por el monarca. En época de Augusto, el porcentaje de plata era del 90 %, pero, a finales del siglo II, la pureza en plata había caído por debajo del 60 %. Una devaluación semejante podía generar un aumento considerable de los precios, de ahí que Pértinax acuñara sus monedas con una mayor cantidad de plata.

Las fuentes clásicas presentan a Pértinax como un emperador austero y rígido. No permitió que su mujer llevara el título de Augusta (es decir, de emperatriz) ni que sus hijos fueran educados en palacio. En cuanto a los pretorianos, se mostró excesivamente inflexible en la aplicación de la disciplina, con lo que se acabó enemistando con ellos. Así pues, Leto, el prefecto del pretorio que había organizado su entronización, se abstuvo de defenderle cuando un grupo numeroso de pretorianos invadió el palacio para asesinar al emperador. Pértinax quiso razonar con ellos y murió en el intento.

Después de asesinar a Pértinax, los pretorianos pusieron a subasta el trono imperial y proclamaron emperador a quien más dinero ofreció para conseguirlo: Marco Didio Severo Juliano (más conocido como Didio Juliano). Didio estaba celebrando un banquete y salió corriendo de su casa impelido por su esposa y su hija para ofrecer 30 000 sestercios a cada pretoriano, mientras que el resto de ofertas no superaban los 20 000. Herodiano, un escritor contemporáneo, lamentó el hecho: «Fue la primera vez que se corrompieron las

costumbres de los soldados, quienes se habituaron a un insaciable y torpe deseo de riqueza y perdieron todo respeto por la autoridad imperial».

Al subir al trono, Didio Juliano tenía entre 55 y 59 años, pues las fuentes no se ponen de acuerdo sobre su fecha de nacimiento. Su familia procedía de Milán y, al menos por el lado materno, tenía antepasados de rango consular. Contaba con una cierta experiencia como militar en Germania y Dalmacia y, como político, había ocupado el consulado en 175 y había sido gobernador de Bitinia y África. En tiempos de Cómodo, había sido acusado de conspiración, pero los cargos no llegaron a prosperar.

Una de sus primeras medidas fue dar marcha atrás a la reforma de Pértinax sobre la pureza de la ley del denario, que redujo la plata al 81,5 %, una medida que no fue nada popular y le expuso a las pedradas de la plebe en su primera comparecencia pública.

Ahora bien, cuando en las provincias se supo que, en Roma, los pretorianos habían subastado el trono al mejor postor, las legiones de Panonia Superior proclamaron emperador a su legado, Lucio Septimio Severo; las de Siria, a Pescenio Níger; y las de Britania, a Clodio Albino. Y, así, a medida que las tropas de Septimio Severo se iban acercando a Roma, los pretorianos abandonaron a Didio Juliano, quien había sido declarado enemigo público por un Senado que prefirió decantarse por Septimio Severo. Didio Juliano ofreció a Septimio Severo compartir el trono, pero este declinó, pues ya se había aliado con Clodio Albino y le había prometido que sería su heredero. Didio Juliano fue asesinado por un soldado el 1 de junio, tras un reinado de dos meses y cuatro días de gobierno (es decir, sesenta y seis días), un lapso de tiempo aún más breve que el de su predecesor. Según se contaba, sus últimas palabras fueron: «¿Pero qué delito cometí? ¿A quién maté?». Septimio Severo destituyó a la guardia pretoriana y ejecutó a los asesinos de Pértinax, cuya memoria vindicó como vengador. Además, añadió Pértinax a sus nombres personales y obligó al Senado a concederle un funeral de Estado y a divinizarle.

La dinastía africana de los Severos: Septimio Severo, Caracalla y Geta

Lucio Septimio Severo nació el 11 de abril de 145. Su familia procedía de Lepcis Magna (Libia) y era de rango ecuestre; por vía paterna, contaba con parientes de origen púnico y líbico. Recibió una excelente educación en Roma y en Atenas y, a la edad de 17 años, pronunció su primer discurso público. En torno a 173, fue premiado por Marco Aurelio con la promoción a la clase senatorial y, desde entonces, llevó a cabo una carrera predominantemente militar.

Cuando las legiones de Panonia Superior le proclamaron emperador en Carnuntum (Petronell, Austria), faltaban tres días para que cumpliera los 48 años. Sus biógrafos cuentan que solo pudo dar como donativo 1000 sestercios a cada soldado, pero que a ellos no les importó, puesto que no le habían elegido por dinero, sino por su firme convicción de que sería un buen emperador. Una vez en Roma, no solo buscó consolidar su situación presentándose como el vengador de Pértinax, sino que también se emparentó ficticiamente con Marco Aurelio para legalizar su poder; de ahí que sus bustos resulten bastante parecidos a los del emperador-filósofo. Además, para enfatizar este parentesco, cambió los nombres de su primogénito, Baso (más conocido como Caracalla), por los de Marco Aurelio Antonino. No obstante, dicha estrategia le obligó a presionar al Senado para que este no condenara la memoria de Cómodo, pues ahora Caracalla era su hermano. Finalmente, Cómodo fue divinizado.

Una vez consolidada su posición en Roma, Septimio Severo se planteó eliminar a los dos rivales que aún le disputaban el trono. En primer lugar, se ocupó de Pescenio Níger (193-194), respaldado por las tropas de Siria. Septimio Severo le sitió en Bizancio (julio de 194), pero el rebelde consiguió escapar. La derrota definitiva de Níger tuvo lugar en Isos (mayo de 194), tras la cual fue asesinado

mientras huía hacia Antioquía. Su cabeza quedó exhibida ante los muros de Bizancio en un intento, infructuoso, de lograr la rendición de la ciudad, que no cayó hasta finales de 195. La mujer e hijos de Níger fueron ejecutados y sus bienes se confiscaron a favor del fisco. Septimio Severo, siempre atento a justificar sus actuaciones, declaró que Níger había sido el primero en sublevarse contra Didio Juliano, por lo que su propia proclamación en Carnuntum era consecuencia de la necesidad de derrotar a este usurpador.

En cuanto a Clodio Albino (193-197), fue proclamado por las legiones de Britania con el apoyo de las de Hispania y de África. Septimio Severo había conjurado la amenaza que representaba ofreciéndole ser su heredero y compartiendo con él el consulado en 194. De esta manera, pudo dedicarse en exclusiva a combatir a Níger. En 196, no obstante, Albino consideró que su posición se había debilitado y, según parece, llegó a ser objeto de un intento de asesinato por parte de un agente de Septimio Severo. Por todo ello, rompió con este y se proclamó emperador. La batalla entre sus respectivos ejércitos tuvo lugar en Lyon y terminó con la victoria de Severo (19 de febrero de 197). Se desconoce si Albino se suicidó o fue ejecutado, pero lo que sí se sabe es la desmesurada venganza del vencedor: Septimio Severo hizo pasar su caballo sobre el cuerpo desnudo de Albino, lo decapitó y tiró el cuerpo al Ródano junto con los de su esposa e hijos, a quienes, en un primer momento, había decidido respetar la vida. Lyon fue saqueada y los senadores que habían favorecido o apoyado a Níger o a Albino acabaron ajusticiados y con sus bienes confiscados. Debido a todo este innecesario derramamiento de sangre, las fuentes le recuerdan como un monarca muy cruel.

Una vez libre de sus opositores, Septimio Severo emprendió una guerra en Oriente para castigar a los reinos vasallos que habían apoyado la revuelta de Níger, especialmente el reino de Osroene y el Imperio de los partos. La campaña resultó tan exitosa que los romanos llegaron a conquistar Babilonia (197) y Ctesifonte (198), y el emperador, imitando a Trajano, volvió a crear la provincia de Mesopotamia. No obstante, las legiones fracasaron en la conquista de Hatra, la otra gran ciudad del Imperio. Aun así, el emperador se hizo conceder el título de Pártico Máximo y erigió el arco conmemorativo que aún hoy se alza en el foro republicano, a los

pies del monte Capitolio.

Dando por acabada la campaña oriental, Septimio Severo se dirigió a su ciudad natal, Lepcis Magna, para liderar unas operaciones en la frontera del desierto africano destinadas a ampliar la dominación romana en la provincia de Tripolitania a costa del territorio de los garamantes (202-203). En el año 205, Septimio Severo estaba ya de vuelta en Roma, y fue allí donde descubrió la conjura de su prefecto, Gayo Fulvio Plauciano, quien además era el padre de Plautila, la mujer de Caracalla. Una vez ejecutado el traidor, la joven esposa emprendió el camino del exilio. La conjura de Plauciano pone de manifiesto que las relaciones del emperador con el Senado nunca fueron buenas. Septimio Severo no solo acusó de conspiración a muchos de sus miembros sino que, además, reemplazó esas bajas promocionando a sus favoritos.

Septimio Severo no estaba muy dotado para los aspectos administrativos, pero tuvo la suerte de contar con inteligentes colaboradores, principalmente los grandes juristas Emilio Papiniano, Domicio Ulpiano y Julio Paulo; de ahí que a la época de los Severos se la conozca como la «edad de oro de los juristas». Otro de sus inteligentes colaboradores fue su propia esposa, Julia Domna, una mujer culta que frecuentaba el trato con sofistas y filósofos y que descendía de la familia real de Emesa (Homs, Siria), su ciudad natal. Este círculo de consejeros le recomendó dar continuidad a la política de devaluación de la moneda de Didio Juliano para combatir la mala situación económica de las finanzas imperiales.

En cuanto a las provincias, amplió el derecho de ciudadanía y embelleció las principales ciudades del Imperio con muchos edificios notables, comenzando por Roma y continuando por Antioquía y algunas ciudades de África, especialmente Lepcis Magna, su ciudad natal, que monumentalizó y rehízo urbanísticamente.

En el ámbito religioso, la dinastía de los Severos resultó trascendente por iniciar un cambio en la orientación del Imperio. Septimio era sincretista y veneraba muchas divinidades provinciales. Además, también era muy supersticioso y tendía a consultar adivinos, astrólogos y magos.

El arco de Septimio Severo en Roma, levantado en el año 203 para glorificar las victorias militares del emperador sobre los partos.

La muerte sorprendió a Septimio Severo ocupado en una campaña militar en Britania (208-211). Su intención era recuperar Escocia, territorio conquistado por Agrícola en tiempos de Domiciano, al cual habían renunciado los Antoninos. El monarca murió en York (4 de febrero de 211), a los 65 años, tras haber reinado durante diecisiete. A pesar de los éxitos conseguidos en la zona, Caracalla prefirió una paz apresurada y renunció a las conquistas más allá del Muro de Adriano.

Septimio Severo se había casado dos veces, aunque solo había logrado descendencia del segundo matrimonio, con Julia Domna: Caracalla (nacido el 4 de abril de 188) y Publio Septimio Geta (nacido el 7 de marzo de 189). Ambos habían sido asociados al poder ya en vida de su padre, por lo que subieron al trono conjuntamente. Caracalla tenía 22 años y Geta, 21.

Por segunda vez en la historia de Roma, dos hermanos (esta vez, consanguíneos) subieron al trono de Roma. Seguramente, Septimio Severo (quien, como ya se ha indicado, se imaginaba como un nuevo Marco Aurelio) tenía en mente el feliz cogobierno de Lucio Vero y Marco Aurelio. Ahora bien, estos dos hermanos no podían tener caracteres más opuestos: Caracalla era duro y cruel, y Geta, dulce y amable. Fuentes de épocas más tardías llegaron a afirmar que, para evitar los conflictos, Caracalla habría presentado un proyecto con el fin de dividir el Imperio en dos partes, cada una con su Senado, concediendo el Oriente a Geta.

A pesar de los esfuerzos de Julia Domna, la emperatriz madre, la pareja imperial discutía sin cesar y la crisis se solucionó con un fatal desenlace. Geta fue asesinado por su hermano, entre los brazos de Julia Domna, tras diez meses y siete días de reinado. Caracalla condenó la memoria del difunto y, en la represión subsiguiente, mandó ejecutar a Plautila y a todos los parientes de esta, pues sospechaba que todos ellos habían sido más partidarios de Geta que de él. En la historiografía posterior se cifrarían en 20 000 las víctimas de su actividad persecutoria. Entre los ajusticiados figuraron el hijo de Pértinax y la última hija de Marco Aurelio que aún quedaba con vida.

Denario de plata con la imagen del emperador Caracalla (188-217).

Caracalla se apoyó mucho en el ejército. Por ello, concedió a los legionarios aumentos de sueldo hasta alcanzar los 675 denarios, duplicó esa cantidad para los miembros de la guardia pretoriana y concedió todo tipo de privilegios a los militares. Además, cuando se presentaba ante el Senado, lo hacía siempre con armas y rodeado de soldados. Su opción militar se expresó incluso en sus bustos, que prescindieron de la iconografía del emperador-filósofo de los últimos Antoninos para dar preferencia a un modelo más castrense.

Su política interior nos es conocida, sobre todo, por el Edicto de Caracalla (o también, Constitución Antoniniana, 212), en el que

concedía la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, con la única excepción de los libertos dediticios (una categoría de antiguos esclavos a quienes la legislación romana equiparaba con los extranjeros). La finalidad de esta medida debió de ser fiscal, puesto que la ciudadanía era un privilegio, ciertamente, pero también obligaba al pago de impuestos.

Desde el punto de vista religioso, Caracalla, como su padre, creía en la utilidad de las prácticas mágicas y la astrología y fue devoto de los cultos provinciales orientales. Por ello, favoreció en Roma el culto de Isis, a la que edificó varios templos. Con todo, su principal construcción en la capital fueron las monumentales y suntuosas termas de Caracalla. Hoy en día, los baños construidos por este emperador son los segundos más grandes del Imperio, pues decenios más tarde los construidos por Diocleciano fueron mayores.

En política exterior, Caracalla condujo una campaña contra los alamanes (213), la única guerra de la que salió victorioso, y se atribuyó los epítetos de Germánico Máximo y Alamánico. Al año siguiente, el emperador marchó hacia Oriente para embarcarse en una campaña contra los partos y ya nunca volvió a Occidente. Su objetivo era emular a Alejandro Magno, motivo por el cual equipó a 16 000 soldados a la manera de las falanges hoplíticas macedonias y, además, siguió el mismo periplo de su héroe en su ruta de invasión de Asia. Incluso pasó por Alejandría para perseguir a los filósofos aristotélicos de la ciudad, puesto que existía una leyenda según la cual Aristóteles había envenenado a Alejandro Magno.

Mientras el emperador se hallaba en esta campaña, fue asesinado cerca de Carras (Harran, Turquía) por el centurión Julio Marcial, cuyo hermano había sido injustamente ejecutado unos días antes (8 de abril de 217). Tenía 29 años y había gobernado durante seis años y poco más de dos meses.

Ni Caracalla ni Geta tuvieron un hijo que pudiera dar continuidad a la dinastía, por lo que, ante la falta de heredero, las tropas proclamaron al prefecto del pretorio, Marco Opelio Macrino (217-218), el cerebro del complot en connivencia con el Senado. Aunque Macrino no era senador, sino un ecuestre, los senadores prefirieron aceptar la política de hechos consumados. A continuación, asoció al poder a su hijo Diadumeniano como

heredero.

Las termas de Caracalla

Construidas entre 212 y 217, las termas de Caracalla estuvieron en uso hasta el siglo VI. Como en todas las termas imperiales, el acceso a ellas era gratuito y el usuario, después de cambiarse en el vestuario, seguía un circuito que le provocaba una exudación por choque térmico. A tal fin, el baño se iniciaba en una sala con una piscina de agua fría (frigidario), se continuaba en una estancia con pequeñas piscinas de agua tibia (tepidario) y se culminaba en la sala de agua caliente (caldario). Una vez finalizado el proceso, el usuario de las termas utilizaba un estrígilo (o rascadera metálica alargada) para quitarse el sudor, que se iba mezclando con la suciedad desprendida de la piel.

El agua se calentaba por un sistema llamado «de hipocausto», consistente en un falso suelo conectado con un horno subterráneo que calienta la cámara de aire bajo el pavimento. Las termas proporcionaban otro tipo de servicios, tales como ejercicios atléticos en la palestra, masajes, depilación e, incluso, prostitución. Las termas de Caracalla podían atender a 2000 usuarios a la vez.

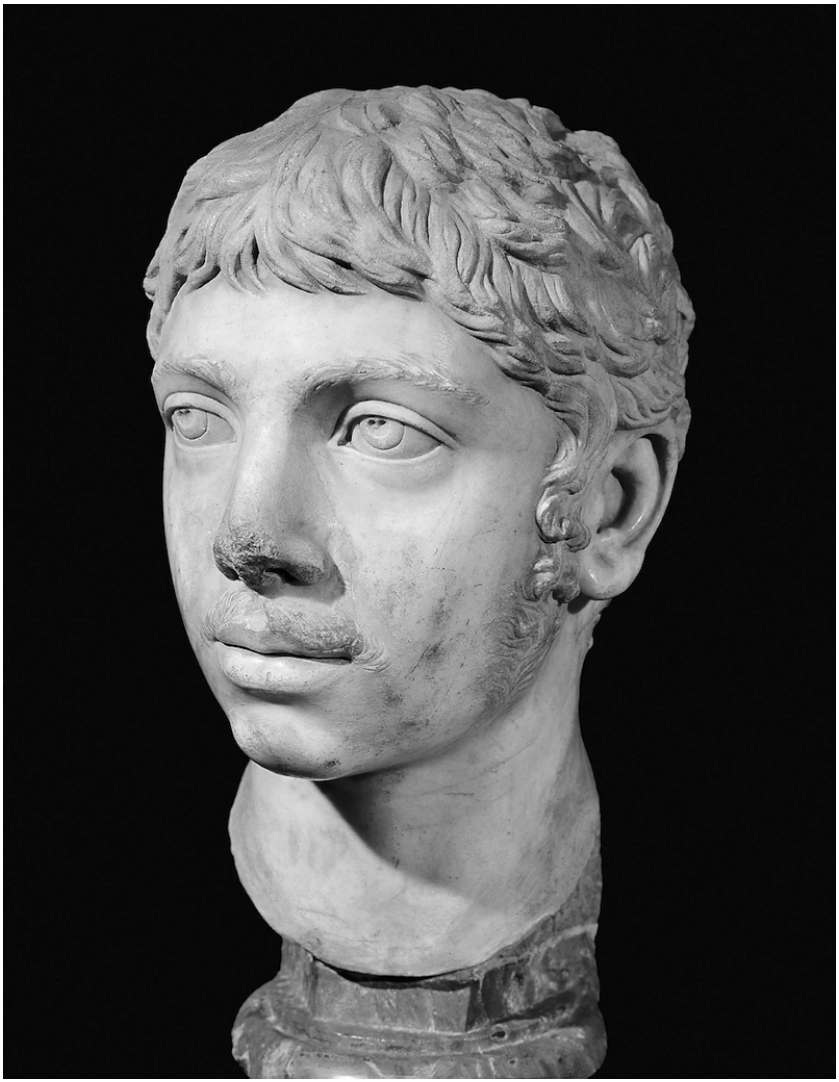
Ruinas de las termas de Caracalla en Roma, unos baños públicos que se construyeron bajo el reinado del emperador homónimo.

Macrino se dedicó a sustituir a los gobernadores provinciales por hombres de su confianza y, además, ordenó a Julia Domna que abandonara Antioquía. No obstante, la emperatriz madre prefirió suicidarse, un gesto que se volvió en contra de Macrino. Otra de las malas decisiones de su breve reinado fue firmar la paz con los partos a cambio de una enorme indemnización de 200 millones de sestercios. Sin embargo, actuó en contra de la devaluación de la ley del denario mejorando la proporción de plata, que pasó del 51,5 % al 58 %. Una mayor cantidad de plata en las monedas servía para restaurar, aunque solo parcialmente, la confianza de los comerciantes en estas y, por lo tanto, frenaba la subida de los precios (o inflación).

La dinastía siria de los Severos: Heliogábalo, Alejandro Severo y el clan de las Julias

Con la muerte de Caracalla, la dinastía de los Severos, como la de los Flavios antes que ellos, parecía haberse extinguido en la segunda generación. Sin embargo, las mujeres de la familia se confabularon para aportar una tercera generación de Severos, de manera fraudulenta.

Cuando Macrino obligó a suicidarse a su hermana Julia Domna, fue Julia Mesa quien asumió el liderazgo en la defensa de los intereses de la familia, pues, como se ha indicado, ambas pertenecían a la familia real de Emesa (Homs, Siria). Julia Mesa no había tenido hijos, pero sí dos hijas, Julia Soemias y Julia Mamea, y estas sí que eran madres de varones, aún menores de edad. La primera era la madre de Vario Avito Baso (más conocido como Heliogábalo) y la segunda, de Marco Julio Gesio Basiano Alexiano (más conocido como Alejandro Severo). Ambos chiquillos se convirtieron, sucesivamente, en emperadores de Roma.



Heliogábalo sucedió al emperador Macrino en 218 y reinó hasta el año 222.

Con el fin de asegurar la entronización de sus nietos, Julia Mesa difundió el rumor de que el mayor, Heliogábalo, era hijo de Caracalla, resultado de una relación ilícita de este con Julia Soemias. Madre e hijo se presentaron ante las legiones de Siria y

estas lo reconocieron como emperador, aunque el muchacho solo tenía 14 o 15 años (8 de junio de 218). Macrino huyó a Capadocia, donde fue asesinado, la misma suerte que corrió su hijo. Gracias a esta hábil maniobra, la dinastía de los Severos se prolongó hasta 235.

Una vez muerto Macrino, Heliogábalo (218-222) envió una carta al Senado donde exponía las nuevas de Oriente y comunicaba su nuevo nombre de Marco Aurelio Antonino. Con todo, no es así como lo conocemos, pues tras su muerte fue recordado como Heliogábalo, nombre derivado del dios El-Gabal de Emesa, cuyo sacerdocio monopolizaba su familia. Heliogábalo no pensaba en otra cosa que no fuera su dios y se pasaba todo el día rodeado de astrólogos, ocupado en el servicio divino y en actividades cultuales que comportaban danzas y cantos, unas ceremonias que escandalizaban a los aristócratas romanos. Además, construyó un templo en el Palatino (Roma) para albergar la estatua de la divinidad que se había traído desde Emesa: un meteorito en forma cónica. Incluso celebró una unión sagrada entre El-Gabal y Vesta, para la realización de la cual Heliogábalo se casó con una virgen vestal en funciones, todo un insulto a las tradiciones religiosas del Imperio, que exigían la castidad a sus vestales. Las fuentes hostiles al monarca también afirman que, para honrar a su dios, sacrificó a jóvenes romanos de buena familia.

Estos mismos textos lo presentan como un monarca dominado por el sexo, pues en sus cuatro años de reinado se casó cuatro veces; en realidad, estos autores confunden la idea de matrimonio que tenían los romanos con la de unión sagrada que exigían los rituales de la hierogamia oriental (la unión sexual de una pareja de divinidades a través del sacerdote principal de cada una) para invocar la fertilidad de la tierra, a razón de uno por año, en el momento en que se plantaban las semillas. Y también se dijo de él que se había casado una quinta vez con un esclavo suyo, de nombre Hierocles, un auriga a quien quería designar como heredero.

Preocupado por la celebración de sus ritos, el joven emperador abandonó el gobierno en manos de su competente abuela, Julia Mesa, y de su madre, Julia Soemias, quienes no consiguieron que Heliogábalo adoptara las costumbres romanas. Por este doble

motivo, las fuentes le son extremadamente hostiles, puesto que no perdonaron ni que dedicara tanto tiempo a sus obligaciones cultuales ni que hubiera entregado el gobierno del Estado a dos mujeres. Estos mismos testimonios aseguran que el resto de sus colaboradores políticos tampoco resultaron demasiado acertados, pues designó a un bailarín como prefecto del pretorio, a un auriga como jefe de la policía urbana y a un peluquero como prefecto de los suministros, además de conceder otros cargos de responsabilidad a un mulero, a un atleta, a un cocinero y a un cerrajero. Asimismo, devaluó aún más la ley del denario, reduciendo la cantidad de plata, que pasó del 58 % al 46,5 %.

El descontento en Roma ante el excéntrico comportamiento de Heliogábalo se fue generalizando, y el soberano reaccionó ejecutando a cualquiera que le criticara. Julia Mesa intentó conjurar el peligro asociando al trono a su otro nieto, Alejandro Severo, quien todavía era un niño, pero bastante más popular que su primo. El Senado aceptó la asociación, pero a Heliogábalo no le gustó tanto y planeó asesinarlo. Cuando los pretorianos se enteraron de sus intenciones, se pusieron de parte del joven heredero y asesinaron a Heliogábalo y a Julia Soemias (11 de marzo de 222), lo que puso fin a casi cuatro años de reinado. La vida de Julia Mesa fue respetada y ella se aseguró la proclamación de Alejandro Severo afirmando que era este, y no Heliogábalo, el hijo ilegítimo de Caracalla.

Los soldados y el pueblo aceptaron a Alejandro Severo (222-235) porque era bastante diferente a su primo en casi todos los aspectos y, a pesar de su juventud, prometía ser mejor gobernante. Había nacido el 1 de octubre de 208 y, por lo tanto, solo tenía 13 años, pero había recibido una esmerada educación romana en las materias de griego, gramática, retórica, filosofía y astrología. Sus biógrafos alabaron su moderación como gobernante, su cortesía, su preocupación por los amigos enfermos y su animadversión hacia las alabanzas.

En los primeros años, fueron su abuela y el jurista Domicio Ulpiano quienes se ocuparon del gobierno, pero murieron pronto (en 224/225 y en 223, respectivamente) y, entonces, su madre, Julia Mamea, asumió la regencia. Las fuentes atribuyen a esta emperatriz

un carácter tacaño, una gran ambición política y enfrentamientos constantes con la mujer de su hijo, Seya Herenia Salustia Barba Orbiana. Así pues, cuando Salustio, el padre de la joven, fue ejecutado por conspiración, Julia Mamea consiguió que Orbiana fuera exiliada (227).

El Senado de las mujeres

Las mujeres de la dinastía de los Severos reivindicaron un protagonismo político aún mayor que el de las Julio-Claudias. Julia Mesa y sus hijas se hicieron atribuir versiones femeninas de los títulos creados en su día para honrar a Augusto y se hicieron conceder epítetos nuevos, tales como el de «Madre de los Campamentos y del Senado». Las fuentes relatan, incluso, que Julia Soemias y Julia Mesa asistieron a reuniones del Senado, un privilegio del que ninguna otra emperatriz había gozado antes. Y, según esos mismos testimonios, Julia Soemias creó un Senado de mujeres en la colina del Quirinal en el que se concedían honores a las mujeres de rango senatorial y se tomaban decisiones que afectaban a su vida cotidiana.

Durante su gobierno, Alejandro Severo recuperó la concordia con el Senado que caracterizó el gobierno de los Antoninos, mediante las decisiones de nombrar a los prefectos del pretorio con la aprobación del Senado e, incluso, consultar a esta institución antes de nombrar a nuevos senadores. Designó un consejo imperial, integrado por setenta miembros, entre los cuales se hallaban veinte juristas y cincuenta especialistas de la administración, la política y el ejército. Y, además, destacó como excelente legislador, al cual se atribuyen unas 400 leyes referidas a todos los ámbitos de la administración.

En cuanto a la religión, Alejandro Severo se inició en el culto al dios

El-Gabal de Emesa, pero en Roma practicó la religión romana, aunque existen indicios de que era sincretista y que en su palacio se veneraba a un gran número de divinidades.

Por último, también trató de mantener buenas relaciones con el ejército, y se preocupó personalmente de la solvencia económica de los soldados, a los cuales asignó tierras, ganado y esclavos. Sin embargo, las tropas se aburrían en sus campamentos y añoraban las campañas y el botín. La oportunidad para la guerra se dio cuando, en Oriente, los persas sasánidas acabaron con el Imperio parto e instauraron su propio dominio en la zona (224). Para demostrar su fuerza, los persas amenazaron la frontera del Imperio romano invadiendo la provincia de Mesopotamia. Alejandro Severo se vio obligado a desplazarse a Oriente, pero su actuación, aunque parcialmente exitosa, no permitió la recuperación de la provincia (232).

Tras la campaña persa, los problemas militares del Imperio se hicieron patentes en Germania, donde se produjo una incursión de pueblos germánicos (234). La situación se hizo cada vez más difícil para Alejandro Severo, quien impuso una dura disciplina a sus soldados mientras intentaba ganar tiempo comprando la retirada de los germanos. Acusado de cobardía y, por culpa de su madre, también de codicioso, los soldados de Germania se rebelaron y revistieron a su general, Maximino el Tracio (235-328), con la púrpura imperial. El emperador y su madre fueron asesinados el 19 de marzo de 235. Alejandro Severo tan solo tenía 26 años y había reinado trece. A pesar de su trágica muerte, la posteridad conservó un buen recuerdo suyo.

Con el asesinato de Alejandro Severo, se inauguró un nuevo período en la historia de Roma que se conoce con el nombre de «crisis del siglo III». Tradicionalmente, se fecha entre 235 y 284 y supuso un período de anarquía militar que comportó el desgaste total de la autoridad imperial. Los ideales augusteos que habían sustentado la filosofía política altoimperial se demostraron ineficaces para restaurar la confianza en el emperador, por lo que los monarcas bajoimperiales optaron por una autocracia imperial fundamentada en principios teocráticos.

El historiador Herodiano, contemporáneo de estos hechos, hizo un

pequeño resumen del caos en el que se vio sumido el Imperio en los decenios subsiguientes con estas palabras: «Uno no sabría encontrar [...] una tan gran abundancia de relevos en el poder imperial, ni unos tan frecuentes cambios de fortuna en las guerras entre ciudadanos o contra los extranjeros [...]. Durante un período de sesenta años, el Imperio romano quedó en manos de más señores de los que el tiempo exigía y se produjo un sinnúmero de situaciones cambiantes y sorprendentes».

La crisis del siglo III

~ 235-284 d. C. ~

En el año 235, Alejandro Severo, el último miembro de la dinastía de los Severos, fue asesinado por sus soldados, quienes reconocieron como emperador al general Maximino el Tracio (235-238). Con ello, se inauguró una crisis que rápidamente derivó hacia una anarquía militar. Durante los siguientes cincuenta años, muchos otros destacamentos militares imitaron esta costumbre y proclamaron emperadores a su comandante a cambio de un donativo. Tradicionalmente, se considera que este período de caos se cerró con la subida al trono de Diocleciano, en el año 284, momento en que el Estado romano consiguió controlar la iniciativa de los ejércitos a la hora de coronar a sus generales.

Esta crisis no solo fue de carácter político-institucional (multiplicidad de emperadores al mismo tiempo), sino que también dio pie a otra serie de crisis derivadas e interconectadas entre sí: la militar (ineficacia en la defensa de las fronteras), la económica (inflación de precios) y la religiosa (crisis de valores de la religión tradicional). Es por ello que, en la historiografía moderna, a este período de la historia romana se lo conoce como «la crisis del siglo III». Recientemente, no obstante, se ha discutido mucho sobre si debe emplearse la palabra «crisis» o si sería más correcto referirse a «las crisis» del siglo III, atendiendo al carácter multiforme de los problemas que afectaron al Imperio y, sobre todo, a la diferente cronología que presentan algunas de ellas. Si bien es cierto que, en el terreno político y militar, el control de los ejércitos y el fortalecimiento de la frontera se consiguió antes del año 284, y se lograron largos períodos de estabilidad, la solución a las crisis económica y religiosa llevó mucho más tiempo.

Resulta interesante el testimonio de algunos de los protagonistas de este clima de crisis, quienes tuvieron la conciencia de vivir un largo período de desórdenes de todo tipo y de acumulación de

dificultades. Sirvan de ejemplo las palabras de Cipriano, obispo de Cartago a mediados del siglo III y, por tanto, contemporáneo de los hechos que narra: «Has de saber que nuestro mundo ya es viejo y que le falta la fuerza de antes. Ya no tiene el mismo vigor ni la misma robustez que antaño, cuando entonces sí que éramos realmente grandes».

Así pues, la crisis del siglo III fue percibida por quienes la padecieron como un desmoronamiento integral de su mundo, y, cuando algo se derrumba, la reconstrucción puede hacerse sobre los mismos fundamentos o aprovechando los escombros para edificar algo diferente. Los emperadores del siglo III eligieron esta segunda opción y, optando por la autocracia imperial, prepararon el camino para Diocleciano, Constantino I y el resto de los emperadores reformadores del Bajo Imperio. De ahí la trascendencia histórica de la crisis, porque después de tres siglos de diarquía augustea, el Imperio rompió de manera definitiva con las bases político-ideológicas con que Augusto y sus inmediatos sucesores habían cimentado el edificio imperial. Y ya no hubo marcha atrás.

La crisis político-institucional y el desprestigio del emperador

Esta fue la crisis más importante de todas. El asesino de Alejandro Severo, Maximino el Tracio, primer emperador de este período tan crítico, no fue bien recibido. Las fuentes le describen como un general no demasiado brillante, de rango ecuestre y sin vínculos con la aristocracia senatorial romana. Por ello, pronto fue derrotado y muerto por otro general ambicioso, que también acabó sus días a manos de un rival, y así durante los cincuenta años siguientes, con muy pocas excepciones.

Además, la mayoría de los emperadores del período tuvieron que luchar contra competidores que les surgían en regiones del Imperio que no controlaban. De hecho, entre los años 260 y 274, el territorio del Imperio romano estuvo dividido en tres grandes bloques, conocidos como el Imperio Galo, el Imperio Central y el Imperio Oriental.

El Imperio Galo se hallaba al oeste, en torno a las provincias hispanas, galas y británicas, y fue fundado por Póstumo en el año 260. El Imperio Central controlaba Italia, África, los Balcanes y parte de Asia Menor; sus dinastas fueron considerados, ya por los propios romanos, como los emperadores legítimos. El Imperio Oriental se constituyó en 261 y abarcaba una parte de Asia Menor, Siria y Egipto; sobre todo se hizo famoso por dos de sus monarcas, originarios de Palmira: Odenato (263-267) y Zenobia (267-273).

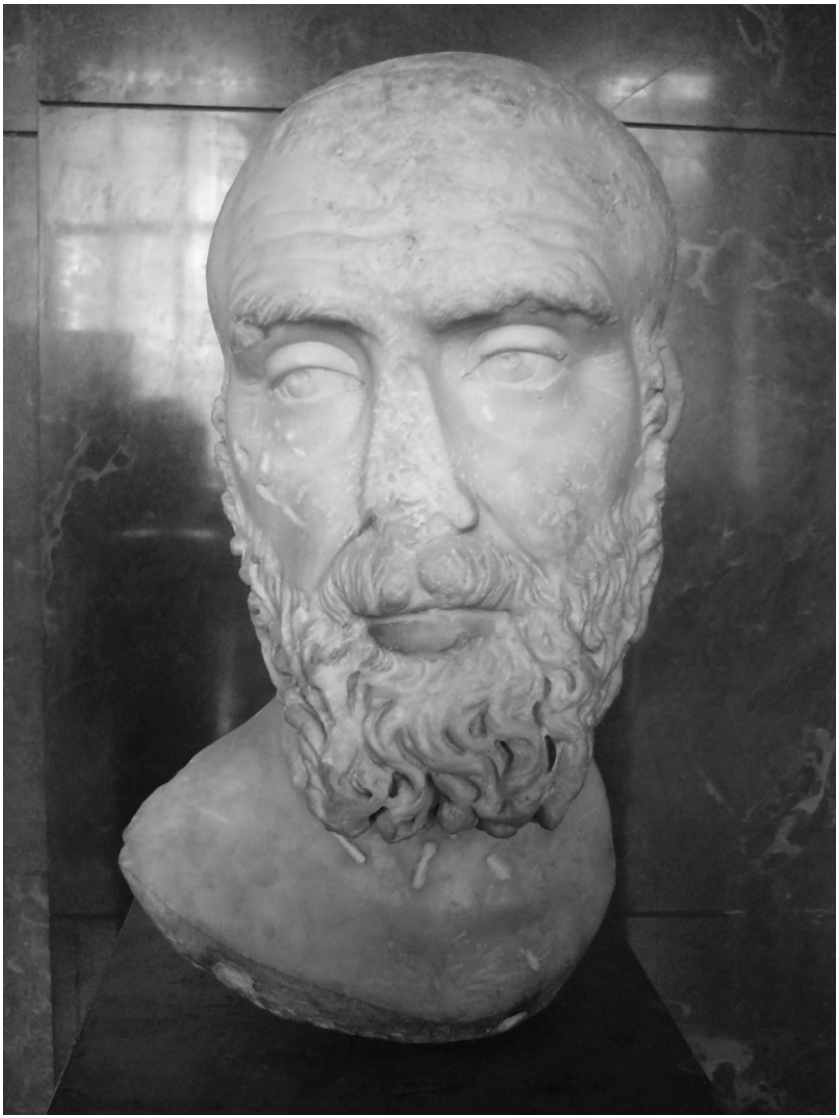
La consecuencia más inmediata de esta tripartición fue la descapitalización de Roma, que dejó de ser la sede real y ya no volvió a serlo nunca más, excepto entre 306 y 312, durante el reinado de un usurpador, Majencio. La capital del Imperio Galo fue Tréveris (Alemania); la del Central, Milán; y la del Oriental, Antioquía. Una vez superada la crisis del siglo III, ni Diocleciano ni sus sucesores restablecerán la capitalidad de Roma, sino que se

instalarán, primero, en Milán y, en tiempos de Honorio (395-423), en Rávena (402).

74 emperadores en 50 años

Entre los años 235 y 284 se conoce el nombre de 74 emperadores, la mayoría de los cuales tuvieron reinados efímeros. De entre todos, 50 no llegaron ni a cumplir el año; 13 gobernaron entre uno y cuatro años; y solo 11 superaron los cinco años. El reinado más largo del período son los nueve años de Póstumo (260-269), mientras que el más breve son los dos o tres días que Mario (269) ocupó el trono. En ambos casos se trata de monarcas del Imperio galo.

En lo que se refiere al tipo de muerte, 69 de ellos murieron de manera trágica: 59 fueron asesinados (29 de ellos por sus propios soldados), 4 se suicidaron, 3 cayeron en el campo de batalla y 3 sucumbieron a una epidemia o enfermedad. Para el resto, se desconoce el género de muerte que tuvieron.



Pupieno fue uno de los dos únicos emperadores que el Senado promovió al trono durante la crisis del siglo III, pues el resto de los monarcas fueron proclamados por las tropas. Su reinado fue bastante breve: tres meses y siete días. La escultura, del siglo III, se exhibe en los Museos Capitolinos.

Por otro lado, la multiplicidad de emperadores y la facilidad con la que se llegaba a este cargo (sobornando a las tropas), lo devaluaron tanto que, entre 235 y 284, no solo no pudo consolidarse ninguna dinastía, sino que cualquiera que contara con un ejército (y dinero con que comprarlo) podía considerarse digno del trono y hacerse proclamar por sus soldados. La majestad imperial cayó totalmente por tierra cuando, en el año 260, Valeriano (253-260) fue derrotado por los sasánidas y capturado vivo. El Imperio de los persas sasánidas, con epicentro en Irán, tenía frontera común con Roma en el Éufrates y, viendo la debilidad por la que atravesaba el Estado romano, había iniciado una campaña de saqueos en el Imperio. El rescate exigido por Valeriano fue tan alto que no pudo pagarse y, poco después, el emperador fue brutalmente ejecutado en la corte de sus captores. Se dice que su cuerpo fue despellejado y que su piel se exhibió en el salón del trono como uno de los trofeos militares del soberano persa.

Así pues, fue su hijo y sucesor, Galieno (260-268), quien empezó a trabajar para restablecer la dignidad de la figura imperial y, asimismo, recuperar la confianza de los súbditos en su capacidad para afrontar y resolver los problemas del Imperio. Para ello, en muchas de sus monedas divulgó la idea del patronazgo divino, mostrándose como el protegido de las divinidades del Imperio, que lo amparaban y apadrinaban. En una de ellas, incluso, el emperador se muestra mirando hacia el cielo, como esperando encontrar en él la inspiración divina para tomar buenas decisiones. Fundamentalmente, Galieno se presentó como el elegido de Júpiter (divinidad definida en las monedas como «protector del emperador»), pero también acuñó otras monedas en las que otros dioses y diosas son calificados de «acompañantes del emperador», como en el caso de Marte y Apolo, y, en menor medida, de Neptuno, Hércules, Mercurio, Saturno, Diana, Vesta, Venus, Rea Silvia, Minerva y Juno Regina.

Sus sucesores imitaron esta estrategia, pero prefirieron cambiar de patrón divino. Así pues, Aureliano (270-275) y sus sucesores prefirieron asociarse con el Sol, una divinidad procedente de la parte oriental del Imperio, y convertir a este dios en el principal del panteón romano (asimilándolo con Apolo, divinidad grecorromana con connotaciones solares). En los tiempos de Aureliano, el culto al

Sol había derivado hacia un culto sincrético, es decir, que el Sol era una divinidad creada por asimilación con otras divinidades semejantes (como en el caso del Mitra persa, el Baal fenicio o El-Gabal, el dios de Emesa). Aureliano también usó las monedas para difundir, entre sus súbditos, la idea de que gozaba de una relación muy especial con el Sol. Por este motivo, fue el primer monarca en llevar una diadema de oro decorada con grandes joyas, gracias a la cual, cuando se presentaba ante sus súbditos, refulgía como su patrón celestial.

Por otra parte, tanto en la numismática imperial como en las inscripciones oficiales, el Sol fue calificado de «compañero del Augusto» (Augustus, en latín, significaba 'emperador') o, también, de «protector del Augusto». E, incluso, Aureliano proclamó que este dios era el «señor del Imperio romano» y que él, Aureliano, era su «vicario» (es decir, su representante en la Tierra). Con toda esta campaña propagandística, lo que el emperador pretendía era dotar a sus actos como gobernante de una dimensión divina que imposibilitara la desobediencia. También en este sentido Aureliano se atribuyó las fórmulas «señor nuestro» (en latín, dominus noster) y la innovadora «emperador eterno» (en latín, perpetuus imperator), en un intento por convencer a sus súbditos de que, a pesar de la inestabilidad política del momento, el monarca era fuerte y su poder sería eterno.

De esta nueva teología imperial se derivaba que era el Sol, y no las tropas, el que concedía el poder imperial. Aureliano esperaba con ello desanimar a los posibles usurpadores y, sobre todo, a los tiranicidas. Sin embargo, sus pretensiones divinizadoras de la monarquía no acabaron de calar entre sus soldados, ya que murió asesinado por sus propias tropas. Sus sucesores renunciaron momentáneamente a estas justificaciones teocráticas del poder, pero no las olvidaron, tan solo las arrinconaron.

La crisis militar y la debilidad en las fronteras

Derivada de la crisis político-institucional, y alimentada por esta, se produjo una profunda anarquía militar que, además de las disputas entre los diferentes contendientes por el título imperial, se vio agravada por el debilitamiento de la defensa en todas sus fronteras, principalmente la del Éufrates (en Oriente), la del Danubio y la del Rin (ambas en territorio europeo).

En Oriente, desde mediados del siglo III la estabilidad de la frontera del Éufrates se había visto amenazada por el Imperio de los persas sasánidas, un Estado cuyo monarca necesitaba de las victorias militares para justificar su aptitud para gobernar. El emperador romano Gordiano III (238-244) ya infligió una derrota a los sasánidas durante una invasión de Mesopotamia (244), pero su asesinato en campaña y las prisas de su sucesor, Filipo el Árabe (244-249), por firmar la paz con los persas no ayudó a estabilizar la seguridad en esta frontera. En tiempos de Valeriano (253-260), el rey persa Sapor I (240-270) se aprovechó de la anarquía militar romana y realizó unas incursiones de muy largo recorrido dentro del Imperio que le llevaron hasta Antioquía de Siria, en la costa mediterránea. En 260, este mismo monarca invadió de nuevo la frontera, y esta vez Valeriano acudió en persona para detenerle. El enfrentamiento tuvo lugar en Edesa y acabó con Valeriano capturado y su ejército aniquilado. El surgimiento del Imperio Oriental permitirá a sus monarcas, especialmente a Odenato (263-267), plantar cara a las invasiones de los sasánidas. Será en el año 298, reinando ya Diocleciano, cuando Roma podrá sellar un tratado de paz definitivo en esta zona del Imperio.

El Imperio de los sasánidas

En el año 224, Ardashir I (224-242), monarca de un pequeño reino en la región de Fars (Irán), se sublevó contra Artabán V (208-224), emperador de los partos, a quien derrotó y dio muerte en el campo de batalla. Fue así como nació el Imperio de los persas sasánidas, que sucumbió ante el expansionismo árabe en el año 651. Su capital principal continuó estando en Ctesifonte (actual Irak) y, desde allí, los Reyes de reyes (en persa, Shahanshah) rigieron un Imperio que se extendía desde Afganistán hasta el Éufrates.

La principal diferencia entre los partos y los sasánidas fue que los primeros estaban profundamente helenizados, mientras que los segundos odiaban todo lo griego o romano y pretendían un retorno a la grandeza de los tiempos de los aqueménidas. Según esta ideología, sus relaciones con Roma fueron siempre muy tensas y, a la mínima que detectaban indicios de relajación en la defensa de la frontera, realizaban incursiones en el interior del Imperio mediante las cuales legitimaban el buen gobierno de sus monarcas. Así pues, en el momento álgido del Imperio sasánida, cuando gobernaba Cosroes II (591-628), los persas lograron invadir Egipto, Siria y Asia Menor.

La principal debilidad de este Estado fueron las masacres dentro de la familia imperial por la sucesión, de manera que el asesinato político era la mejor forma de abrirse camino hacia el trono, y el asesinato de los parientes, todo un ritual en el inicio de cada reinado. Tales intrigas palaciegas acabaron por debilitar el poder de la corte.

Relieve que conmemora la derrota de Valeriano frente al rey persa sasánida Sapor I.

Ahora bien, a pesar de la agresividad constante de los persas en la frontera oriental, los frentes que plantearon más problemas al Imperio fueron los del Rin-Danubio. Allí, los conflictos fueron consecuencia de la confluencia de dos fenómenos: el primero, la aparición de tres pueblos (los godos, los vándalos y los burgundios) con una agresividad bélica mucho más acentuada; el segundo, la creación de coaliciones nuevas con objetivos militares muy ambiciosos, como en el caso de los sajones, los francos, los alamanes y los yutungos (en el Rin), y de los dacios y los sármatas (en el Danubio). Como resultado de todo ello, los godos invadieron Mesia (249-251), saquearon Bizancio (256) y pasaron a Grecia, y allí expoliaron el santuario de Delfos y la ciudad de Atenas (267); los francos y los alamanes invadieron las Galias en 250 y, en 260, pasaron a Hispania, donde depredaron el territorio de Tarragona; los sajones realizaron frecuentes incursiones en la Bélgica romana y el norte de las Galias entre 268 y 282; y los yutungos lograron llegar hasta la Italia Central (271). En el agravamiento de esta crisis militar influyó en gran medida el sistema de acantonamiento del ejército romano directamente sobre la línea de defensa establecida sobre los cursos del Rin-Danubio, sin una segunda línea de reservas

de efectivos.

La vida en los campamentos del Imperio

Durante la crisis del siglo III, uno de los problemas principales fue la insubordinación de los soldados, como consecuencia de haber permitido la relajación de la disciplina militar.

Generalmente, el día de un legionario comenzaba nada más salir el sol, con un desayuno ligero bajo la atenta mirada del tribuno. Después, se pasaba revista y se aprovechaba para comunicar las órdenes del día. A continuación, cada grupo de soldados recibía una tarea, como la de hacer turnos de guardia. Aquel a quien no se atribuía ningún trabajo realizaba instrucción en el campo de maniobras (simulación de combates, prácticas con armas o ejercicios gimnásticos). Una vez acabadas las tareas, o la instrucción, el legionario podía pasar el tiempo en la taberna, bebiendo vino, apostando a juegos de azar o teniendo tratos con prostitutas. Sin embargo, en los tiempos de la crisis del siglo III, los soldados pasaban más tiempo en la cantina que en el campo de instrucción. De ahí que necesitaran los donativos de las proclamaciones imperiales para mantener su ritmo de vida.

Otros frentes en que los romanos tuvieron problemas militares, aunque de menor intensidad y frecuencia, fueron en el norte de Britania, contra los caledonios (los antiguos escoceses), y en el norte de África, contra los bereberes y los mauros. Los bereberes realizaron incursiones sobre Egipto (256-298), la Cirenaica y la Tripolitania (sobre todo, en 260-262), mientras que los mauros protagonizaron una insurrección general que duró entre 253 y 260-262.

El restablecimiento de la seguridad en las fronteras del Imperio se acometió de dos maneras. Por un lado, mejorando el sistema defensivo y diseñando una nueva ubicación para los efectivos humanos. Por el otro, mediante una serie de campañas militares hábilmente diseñadas para devolver a los invasores al otro lado del Rin y del Danubio.

En relación con el sistema defensivo, aunque los emperadores mantuvieron a los soldados en la frontera, en tiempos de Galieno se crearon destacamentos de retaguardia constituidos por cuerpos de caballería. Su ubicación en lugares estratégicos como Milán o Verona permitía que estos jinetes pudieran acudir velozmente a los puntos en que la frontera caía e interceptar a los invasores. Debe hacerse notar, además, que en aquellos momentos el ejército de los pueblos germánicos también se hallaba compuesto de caballería y que, por lo tanto, el Imperio tuvo que renunciar a la primacía militar de sus legiones para poder someter a sus enemigos.

En un primer momento, Galieno optó por la caballería ligera, pero sus sucesores acabaron incorporando destacamentos de caballería pesada, a imitación de la caballería de élite de los persas sasánidas. Este tipo de jinetes con armadura completa (llamados «clibanarios» o «catafractos» en las fuentes romanas) eran muy caros de mantener y aumentaban en gran medida el presupuesto militar del Imperio, pero, al mismo tiempo, al constituir el cuerpo de élite del ejército imperial aportaban gran pompa a los desfiles militares. Parte de esta nueva caballería se constituyó con destacamentos mercenarios de las tribus germánicas más romanizadas del otro lado de las fronteras renana y danubiana. Roma estableció con ellas un pacto de federación (en latín, foedus) por el que estas prestaban a sus jinetes a cambio de un sueldo.

En relación con la mejora en la eficiencia de las campañas militares, entre 260 y 274, la tripartición del territorio romano entre los imperios Galo, Central y Oriental permitió mayor efectividad en la defensa de las fronteras. Nunca sabremos si esta división resultó de un acuerdo tácito tras la derrota fulminante de Valeriano en Oriente o si surgió de manera espontánea ante la incapacidad de un solo monarca para controlar todos los territorios bajo su mando.

La Porta Asinaria, una de las entradas de la muralla que construyó Aureliano para proteger a Roma de los ataques de los pueblos germánicos.

La tripartición dio un respiro a los romanos y favoreció la consolidación de la dinastía del Imperio Central, liderada por un conjunto de emperadores que procedían de los Balcanes (es decir, de la antigua Iliria). Aunque no estaban emparentados entre sí, la eficiencia de sus campañas militares y sus logros a la hora de restablecer la estabilidad político-institucional y fronteriza del Imperio justifican que la historiografía moderna les haya agrupado en lo que se denomina la «dinastía de los Ilirios»: Claudio II (268-270), Quintilo (270), Aureliano (270-275), Probo (276-282), Caro (282-283), Carino (283-285) y Numeriano (283-284).

La mayoría de estos monarcas pasó a la historia por las derrotas que infligieron a diferentes pueblos germánicos. Claudio II derrotó a los godos en el Danubio. Probo obtuvo victorias contra alamanes, francos y burgundios en el frente renano; contra los vándalos en el frente danubiano; y contra los bereberes, en Egipto. Caro derrotó a cuados y sármatas en el Danubio, y dirigió una victoriosa campaña contra los sasánidas que permitió recuperar, aunque muy efímeramente, la provincia de Mesopotamia (283). Sus hijos y herederos, Numeriano y Carino, coparticiparon en las campañas de su padre, sin llegar a conseguir éxitos militares propios durante sus breves reinados en solitario.

Aureliano, la recuperación de la dignidad imperial

Aureliano ha pasado a la historia como el emperador más activo de la crisis del siglo III. En líneas generales, su biografía antes de llegar al trono coincide con la de muchos otros monarcas del momento. Nacido en Panonia, en el seno de una familia humilde, en 214-215, toda su carrera se centró en el servicio militar. Tras servir a Galieno (260-268), a Claudio II (268-270) y a Quintilo (270), las tropas de este último decidieron ofrecer la corona a Aureliano, quien a la sazón rondaba los 55 o 56años, y este obtuvo el trono derrotando y

ejecutando a su predecesor.

De todos los aciertos y éxitos militares de su reinado, sus contemporáneos destacaron la reunificación del Imperio. En 272, Aureliano inició una campaña para conquistar el Imperio Oriental, lo que consiguió al año siguiente. En aquel momento, tras la muerte del mejor y más efectivo de sus gobernantes, Odenato (263-267), el poder estaba en manos de su viuda, Zenobia, quien lo ejercía como regente del hijo del matrimonio. La Historia Augusta, una fuente tardía del siglo IV, reproduce de manera íntegra el texto de unas cartas apócrifas supuestamente intercambiadas entre ambos monarcas que han dado pábulo a la idea de que Aureliano y Zenobia mantuvieron un romance; una creencia poco sólida.

Una vez conquistado el Oriente, Aureliano se dirigió a las Galias, donde, según parece, su gobernante Tétrico (271-274) le ofreció su abdicación a cambio de unas rentas.

La reina Zenobia ante el emperador Aureliano, de Giovanni Battista Tiepolo (Madrid, Museo del Prado, 1717).

No obstante, el monarca más importante de la dinastía de los Ilirios fue Aureliano. Por un lado, este emperador derrotó a los yutungos,

que habían invadido Italia (271), y a los godos en la frontera danubiana, a pesar de que acabó renunciando a la Dacia (272) porque al Imperio le resultaba cada vez más difícil y costoso mantenerla bajo su dominio. A continuación, este monarca se propuso acabar con la tripartición del territorio imperial. Primero, se aseguró el control del Imperio Oriental derrotando a Zenobia de Palmira (273) y, a continuación, anexionó el Galo, que cayó en sus manos al año siguiente (274). Además, para proteger a Roma de cualquier invasión, la dotó de unas poderosas defensas (las «Murallas Aurelianas») que se reforzaron en la época medieval y que todavía hoy se alzan en buen estado en muchos puntos de la ciudad. De esta manera, algún tiempo antes del fin del período de la crisis del siglo III, en el año 284, el Imperio consiguió recuperar el prestigio del cargo imperial y consolidar la defensa de sus fronteras.

El trasfondo económico de la crisis

El estado de guerra continuo, tanto en la frontera como en el interior del Imperio, así como los saqueos de ciudades que protagonizaron los pueblos germánicos invasores y los ejércitos romanos enzarzados en luchas internas por la púrpura imperial tuvieron importantes consecuencias en el plano económico, principalmente: la carestía de alimentos, el éxodo del campo a las ciudades y un fuerte declive demográfico que resultaba especialmente grave en las provincias fronterizas. A todo ello se sumaron los efectos de una gran epidemia de peste que, procedente de Etiopía, llegó a Egipto en 252 y atacó el África Proconsular, Roma, Grecia, Ilírico, Siria y Mesopotamia. La recuperación demográfica fue lenta pero parece que ya se había alcanzado en los tiempos de Diocleciano. Ahora bien, el común denominador de la crisis económica a lo largo del siglo III fue la devaluación de la moneda.

Las necesidades económicas de los emperadores eran muy elevadas, pues siempre dependían de la moneda para mantener la fidelidad de sus tropas. Para poder asumir estos compromisos, los monarcas continuaron la tendencia iniciada por Marco Aurelio y continuada por los Severos de reducir el porcentaje de plata de los denarios y, como resultado, se derivó una pérdida del valor intrínseco de la moneda, que provocó una inflación galopante. Sirva de ejemplo el precio del trigo egipcio, que, entre 269 y 293, se multiplicó por trece. Otras medidas para paliar la crisis fueron la confiscación de los patrimonios de los rivales al trono y de sus partidarios, así como el expolio del patrimonio y los adornos de los templos paganos.

Alrededor de 274, Aureliano intentó frenar el aumento de los precios poniendo en circulación una moneda de cobre plateada llamada aurelianus (de 4 gramos, con una cantidad de plata en torno al 4,8 %) y un valor nominal de 20 sestercios. Sin embargo, su valor era más propagandístico que real. El aurelianus no era más

que una moneda de vellón con un revestimiento de plata que la hacía muy brillante y que no igualaba la cantidad de plata que habían tenido inicialmente las monedas altoimperiales. Por lo tanto, era una moneda fiduciaria, cuyo éxito dependía de la confianza de los usuarios. El asesinato del emperador, poco después de estas reformas, no permitió el restablecimiento de dicha confianza.

La costumbre de morder las monedas

Durante la crisis del siglo III, las monedas acuñadas por los emperadores tenían una pátina de plata que las hacía parecer de curso legal. No obstante, no existía método más seguro para verificar la cantidad de plata que contenía la moneda que morderla, para comprobar si esta se doblaba, pues muchas veces estaban hechas de metales baratos.

En principio, Augusto había acuñado un denario de 3,3 gramos con un porcentaje de plata del 93 %. Sin embargo, los Severos, para afrontar la necesidad de liquidez, ya habían reducido la cantidad de plata al 50 %.

Los emperadores de esta época continuaron esta política de alterar la ley de las monedas, y así, en 268, el denario solo llevaba un 1% de plata. En términos económicos, eso significaba que se necesitaban cincuenta monedas para reunir la cantidad de plata de un denario de época de los Severos. El resultado de esta manipulación, pues, no podía ser otro que una inflación descomunal en los precios.

Moneda del emperador Decio (249-251), que conserva restos de la pátina de plata con que se la revistió para poder darle curso legal.

Así pues, ya que no podía confiarse en el valor de las monedas, se impuso un sistema de intercambios en especie que también se aplicó al cobro de los impuestos (en latín, esta práctica se conoce como adaeratio). El sistema también convenía al Estado, que de esta manera se ahorraba comprar en el mercado algunos productos (especialmente materias primas) que le resultaban imprescindibles para el mantenimiento de la corte y del ejército.

Por otra parte, la crisis de la moneda de plata, utilizada como base de las transacciones comerciales, también comportó el desplome de los intercambios de productos de lujo y del comercio de larga distancia, lo que provocó que las ciudades tendieran hacia la autarquía. Quienes más sufrieron la crisis económica fueron los pequeños y medianos campesinos, mientras que los aristócratas, que tenían un patrimonio mucho más disperso, podían compensar las pérdidas en una región con el exceso de producción que obtenían en

otra que estaba en paz. Además, como convertían en oro su exceso de riqueza, siempre tenían reservas metalíferas con las que afrontar las catástrofes económicas que se produjeran en alguna de sus propiedades.

La crisis de la religión clásica y la aparición de las religiones mistéricas

Para acabar con la enumeración de crisis que confluyeron en esta época, también habría que subrayar la importancia de la religiosa. Durante los cincuenta años que duró el período convulso, entre el pueblo romano se produjo un desencanto generalizado hacia las divinidades del panteón tradicional romano, y también una cierta desconfianza en sus poderes como protectoras del Imperio. En respuesta a esto, muchos paganos se sintieron atraídos por un tipo de cultos que hasta aquel momento eran muy exclusivos y minoritarios, las denominadas «religiones mistéricas». La principal característica de estas sectas religiosas era que creían en un más allá que compensaba todas las penalidades sufridas en la vida presente. Entre estos cultos figuraban el cristianismo y el mitraicismo.

La reacción del emperador ante esta crisis de valores religiosos fue la de reforzar el culto imperial con aspectos nuevos que tendían a subrayar los aspectos semidivinos de los monarcas mientras aún vivían. Las tradiciones religiosas del Alto Imperio solo habían permitido la divinización del monarca una vez muerto y los emperadores de la crisis del siglo III tampoco parecen haber deseado ser tratados como dioses en vida, aunque sí desarrollaron algunos rituales del protocolo imperial que subrayaban el carácter sagrado de la monarquía. El más importante de ellos fue los sacrificios públicos que se exigían a todos los pater familias de un municipio en determinadas efemérides de la biografía imperial. Consistían en quemar un poco de incienso sobre un altar ante las autoridades locales pronunciando unas frases votivas en honor del genus y del numen imperial, es decir, mencionando las potencialidades divinas que todo monarca tenía. Negarse a participar en ellos fue interpretado por el Estado romano como una traición y, por lo tanto, estaba penado con la muerte.

■

Las religiones mistéricas

Por el nombre de «religiones mistéricas» se conoce a todo un conjunto de cultos helenísticos cuyas doctrinas no eran públicas, sino que estaban reservadas a iniciados. Los más conocidos fueron los de Isis, Mitra, Cibeles o Serapis, los Misterios de Eleusis (en honor de la diosa Deméter) y el cristianismo. Todas estas sectas religiosas compartían unas características comunes: exigían una iniciación, se organizaban por grados que permitían al fiel progresar en el conocimiento de los ritos, promovían la solidaridad y la fraternidad entre los fieles, y celebraban ceremonias privadas y reservadas a los iniciados (que, en unos cultos, solo eran hombres y, en otros, solo mujeres). Como premio, también prometían una salvación ultraterrena que se obtenía según los méritos.

Además, los monarcas de este período adoptaron algunos ceremoniales áulicos nuevos, tales como la costumbre de hacer entradas fastuosas en las ciudades (en latín, aduentus), la genuflexión ante el monarca (en griego, proskynesis), la adopción de ciertos epítetos como el ya mencionado de «señor nuestro» y la aplicación del término «sagrado» (en latín, sacer) para cualquier cosa que tuviera que ver con el emperador, por ejemplo: «palacio sagrado», «familia sagrada», «consejo imperial sagrado», «moneda sagrada» o «ley sagrada». En el aspecto físico, la diadema, el trono de oro, el cojín de púrpura, el cetro o las piedras preciosas de sus vestidos se convirtieron en símbolos del poder supraterrenal y semidivino de la monarquía.

La acumulación de desastres militares dentro y fuera de las fronteras, las peleas entre generales, la pasividad de los dioses ancestrales y la subida de precios, además de la escasez de productos, fueron las consecuencias habituales de esta crisis, y los súbditos del Imperio tuvieron que afrontarlas durante cinco

decenios. Por lo tanto, podría decirse que, debido a la desesperación, los habitantes del Imperio acabaron claudicando en todo lo que la monarquía les pidió; principalmente, en someterse a un cambio de modelo de Estado en el que su soberano podía ejercer el poder de manera abiertamente despótica, aunque justificada mediante una legitimación teocrática. En el fondo, el Imperio logró salir de esta crisis porque los monarcas acabaron por convencer a sus súbditos de que debían confiar en las capacidades del Estado y, sobre todo, ceder, más por la fuerza de los acontecimientos que por voluntad propia, en sus derechos individuales.

Así pues, en 284, año en que subió al trono Diocleciano (204-305), las crisis que se habían originado cincuenta años antes, en 235, estaban controladas y en vías de resolución. Este emperador, que gobernó durante veintiún años y fue el primero en no morir asesinado por su sucesor, acabó de diseñar las estrategias que permitieron conjurar las crisis, al menos, durante algunos decenios.

Christianos ad leonem ('Los cristianos, al león')

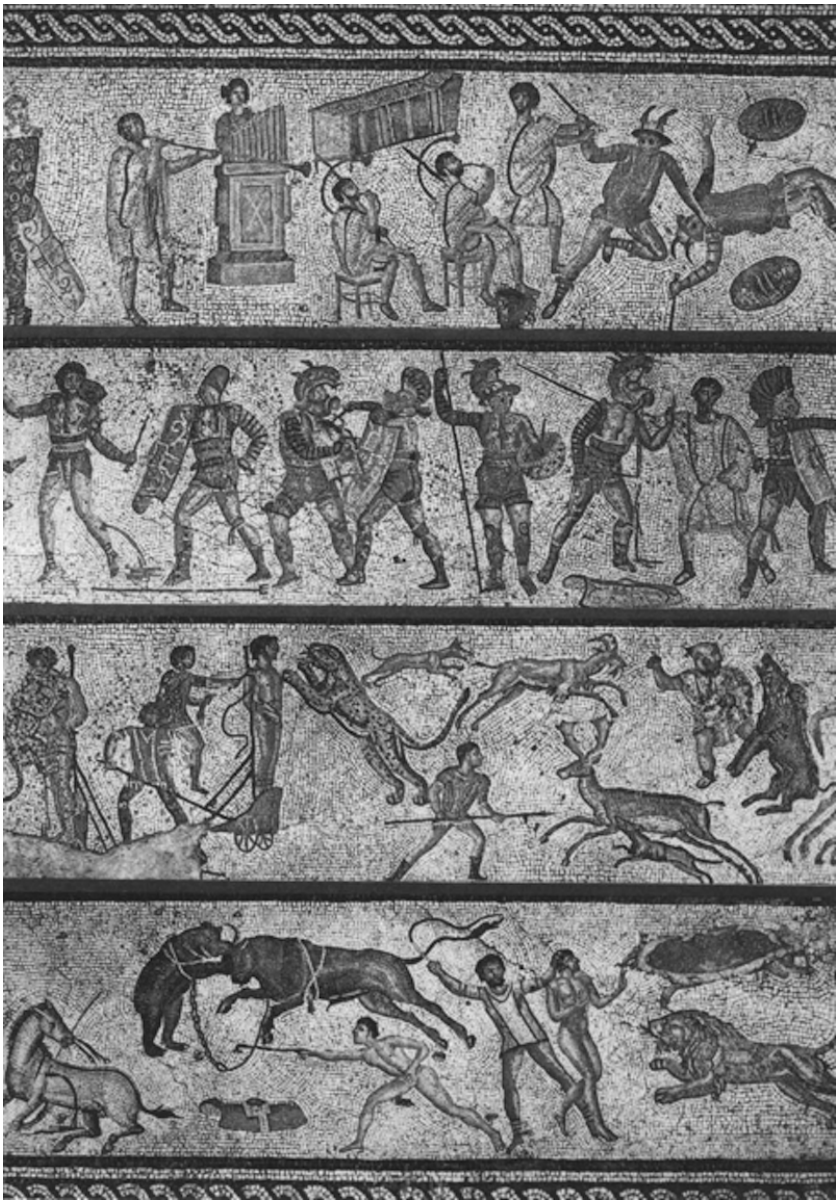
Fue, precisamente, durante la crisis del siglo III cuando se produjeron las primeras persecuciones de cristianos en todo el Imperio. También se siguió un procedimiento claramente establecido para detectarlos (la obligación de ejecutar un sacrificio en honor del emperador) y para condenarlos a muerte en caso de que se negaran a seguir las instrucciones imperiales.

Los dos emperadores persecutores del período fueron Decio (249-251) y Valeriano (257-260). De todas maneras, el clima de persecución debió de ser constante, pues en tiempos de Tertuliano (padre de la Iglesia y prolífico escritor que vivió en el primer cuarto del siglo III), aunque no existía ningún edicto en concreto que ordenara la persecución, este autor se queja de que siempre que una catástrofe se cierne sobre Roma, se oía al pueblo clamar: Christianos ad leonem (es decir, 'Los cristianos, al león').

Curiosamente, en la frase original de Tertuliano, «león» está en singular, pues eran muy caros y, seguramente, muchas ciudades pequeñas no podían permitirse disponer de más de uno, por mucho protagonismo que se le diera a los juegos locales.

La persecución de Valeriano acabó con la publicación del Edicto de Galieno (260), mediante el cual los cristianos recibieron permiso para realizar sus cultos. Esta paz duró cuarenta y tres años, hasta que Diocleciano inauguró un nuevo período de persecuciones en el año 303.

A pesar de las persecuciones, el cristianismo continuó difundiéndose y penetrando en estratos cada vez más amplios de la población. Llegó incluso hasta la corte y la familia del emperador.



Tradicionalmente, se ha identificado como cristianos a los personajes condenados a las bestias que aparecen representados en algunos de los registros de este mosaico de Zliten (Libia).

Diocleciano y la Tetrarquía

~ 284-311 d. C. ~

Diocleciano (284-305) apareció en la escena política romana a raíz del envenenamiento del emperador Numeriano (283-284), hijo de Caro, el conquistador de Mesopotamia. Tras la muerte de Caro sus dos hijos y herederos habían decidido repartirse el Imperio: Carino (283-285), el mayor, se adjudicó Occidente, mientras que a Numeriano le correspondió Oriente.

Cuando se produjo el asesinato de este último (noviembre de 284), en realidad Diocleciano aún se llamaba Diocles, y era un militar dálmata de unos 40 años a cargo de la guardia de Numeriano. Era natural de Salona (Solin, en Croacia), pertenecía a la orden ecuestre y, como casi todos sus predecesores de la crisis del siglo III, prácticamente solo se había preocupado de llevar a cabo una meritoria carrera militar. Aparentemente, Diocles no tuvo nada que ver con la muerte de su predecesor, sino que el asesino había sido Áper, el principal consejero del difunto.

Los soldados de Numeriano se negaron a proclamar al magnicida y nombraron emperador a Diocles, probablemente en Nicomedia (Bitinia). Su primer acto de gobierno fue ejecutar a Áper. Por lo tanto, su reinado comenzó con la tónica del período de la crisis del siglo III: muerte trágica del predecesor, nombramiento militar y eliminación de los rivales. No obstante, Diocleciano no fue uno más de los soberanos de aquella etapa; al contrario, este monarca acabó con la crisis mediante un ambicioso proyecto de reformas.

Con el fin de enmascarar sus orígenes ecuestres, Diocles adoptó un nombre más digno inspirándose en el de los Antoninos y los Severos (es decir, las dos últimas dinastías previas al período de la crisis del siglo III): Gayo Aurelio Valerio Diocleciano. De esta manera, el gentilicio «Aurelio» lo vinculaba a Marco Aurelio, considerado el mejor emperador de todos los tiempos, y a muchos de los monarcas de la dinastía de los Ilirios que también lo habían tomado para sí,

como los casos de Claudio II (268-270), Probo (276-282) y Caro (282-283).

Ahora bien, a pesar de haber recibido la púrpura como vengador de Numeriano, Diocleciano no reconoció la legitimidad del gobierno del otro hermano, Carino. De hecho, los soldados de este último, en el verano de 285, decidieron pasarse al bando de Diocleciano y asesinaron a su joven monarca. Fue así como Diocleciano se convirtió en el único emperador de los romanos.

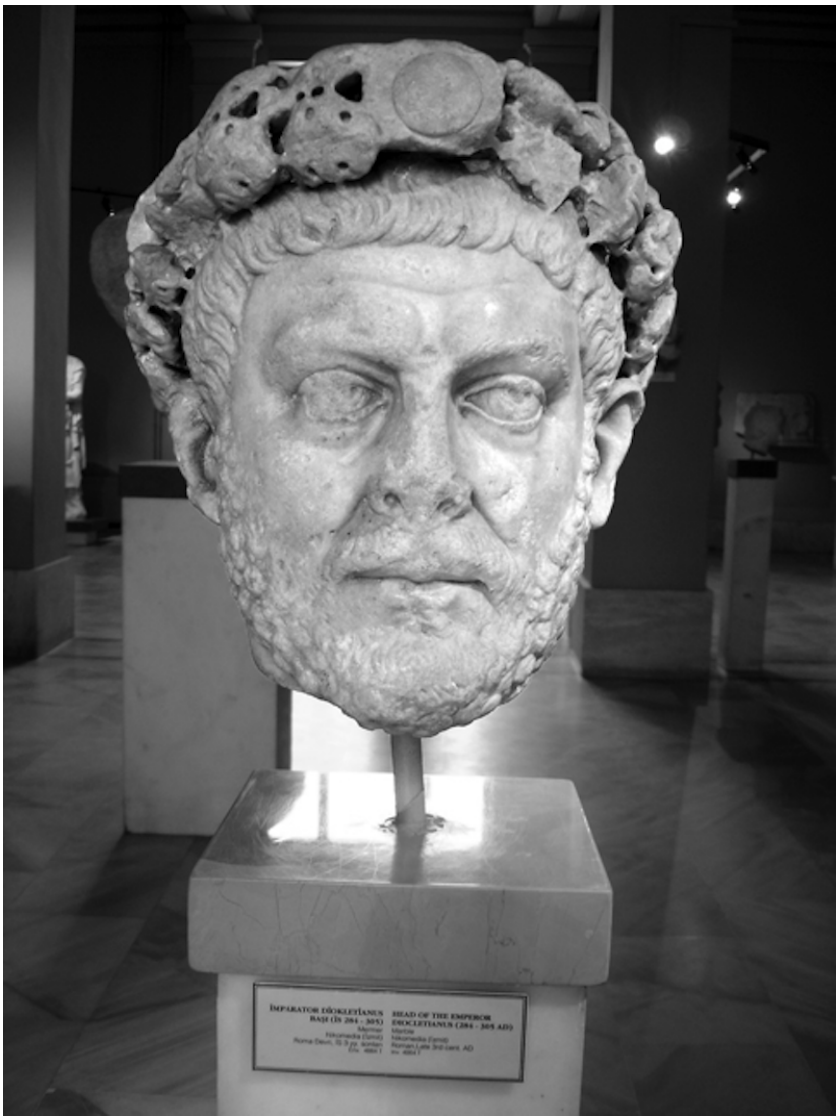
Dividir para gobernar mejor

Sin embargo, la partición del Imperio practicada por estos dos hermanos había dado una idea a Diocleciano, quien, el 13 de diciembre de 285 (el día consagrado a Júpiter), adoptó como hijo a Maximiano (285-305), un joven oficial de la Panonia, de unos 36 años, amigo suyo. Diocleciano le asoció a su poder con el título de César (es decir, como príncipe heredero) y le transfirió sus nombres, con lo que pasó a llamarse Marco Aurelio Valerio Maximiano. A este régimen se le conoce como «diarquía», un término que etimológicamente significa «poder de dos personas». Diocleciano se reservó la primacía política asumiendo el título de Augusto y confirió a Maximiano la condición de monarca subordinado a él con el título de César. El acuerdo también comportó una partición territorial del Imperio, según la cual Diocleciano se reservó Oriente, con capital en Nicomedia, y Maximiano recibió Occidente, con capital en Milán.

Diocleciano tomó esta decisión con el fin de poder enfrentarse de manera más efectiva, y simultánea, a los problemas militares del Imperio, que afectaban tanto a las fronteras orientales como a las occidentales. Así, mientras que él se concentró en unas operaciones en el Danubio contra los marcomanos, Maximiano combatió con éxito a diversos pueblos germánicos de la frontera renana y sobre todo reprimió, en las Galias, los ataques de los bagaudas, unas bandas de campesinos empobrecidos que buscaban su supervivencia económica asaltando las instalaciones de las grandes propiedades rurales.

A inicios de 286, un oficial de las Galias llamado Carausio (286-293), encargado de combatir la piratería en la zona del Canal de la Mancha, usurpó el trono, tomó el título de Augusto y se apropió de Britania. Diocleciano encomendó a Maximiano que se dirigiera hacia la isla, pero, preocupado por la diferencia de rango entre Carausio y Maximiano, decidió conceder a este último el título

de Augusto. Este nuevo nombramiento, sin embargo, no alteró la relación de subordinación entre ambos soberanos, puesto que Diocleciano quedó como Augusto sénior y Maximiano, como Augusto júnior. La campaña contra el usurpador británico resultó más larga de lo esperado, pues Carausio logró mantenerse en el trono hasta el año 293, momento en que fue asesinado por su ministro de finanzas, Alecto, su sucesor (293-296).



Busto del emperador romano Diocleciano que puede verse en el Museo Arqueológico de Estambul.

La nueva teología imperial

A la vez que el emperador Diocleciano tomaba todas estas medidas, también se puso a trabajar, en la línea de la política de divinización imperial iniciada por Galieno (260-268) y Aureliano (270-275), para reforzar la inviolabilidad del monarca introduciendo profundos cambios en la teología imperial y fundamentando el origen divino de la autoridad ejercida por el soberano. No obstante, Diocleciano rompió con la preeminencia del culto solar que instauró Aureliano y que apoyaron los monarcas de la dinastía de los Ilirios.

Diocleciano prefirió devolver el patronazgo sobre los emperadores a Júpiter (divinidad reivindicada por Galieno) y asoció también a Hércules, dos divinidades tradicionales del Imperio estrechamente relacionadas con los orígenes de Roma y que empezaron a aparecer en la numismática imperial con el título de «protectores del Augusto». Júpiter Óptimo Máximo era el patrón de Roma y su templo en el Capitolio había constituido desde siempre el referente religioso de la antigua capital imperial. Por otra parte, Hércules estaba ligado por diversas leyendas a la fundación de Roma y era venerado, desde tiempos remotos, en la zona del Foro Boario, junto al Tíber. La elección de estos dos dioses también respondía a una finalidad propagandística mediante la cual el emperador pretendía subrayar la titánica tarea que suponía gobernar. Así, asociándose a Júpiter, los monarcas se presentaban poniendo orden en el universo y gobernándolo de manera ecuánime. Además, al escoger a Hércules como patrón, los soberanos querían destacar que ellos también luchaban sin descanso para liberar al mundo del mal.

A inicios de 287, Diocleciano adoptó el epíteto «Jovio» (en latín, Iouius), con el significado de «descendiente de Júpiter». Por su parte, Maximiano tomó el nombre de «Herculius», lo cual le convertía en «descendiente de Hércules». La adopción de estos nombres supuso una gran innovación, pues ningún otro monarca romano se había atrevido a presentarse como hijo de un dios.

La reforma de la teología imperial no se limitó a la adopción de estos apodos, sino que también se dirigió a fundamentar la idea de que el poder imperial derivaba de la voluntad divina (es decir, una teocracia). Los panegíricos pronunciados en honor de los emperadores de esta época afirmaban que estos poseían una esencia divina y gozaban tanto del alma celeste como de las fuerzas sobrehumanas (en latín, numen) de Júpiter y Hércules. Poco después, en el año 290, Diocleciano fue saludado en uno de estos discursos como «Júpiter visible y presente» y Maximiano, como «señor y emperador Hércules». A partir de estas denominaciones, puede inferirse que los emperadores eran considerados la manifestación aparente y visible de estas dos divinidades. Júpiter y Hércules gobernaban el Imperio romano a través de sus «hijos», Diocleciano y Maximiano, con los cuales compartían sus virtudes divinas.

Además, en la corte dioclecianea el ceremonial adquirió una trascendencia enorme, y se centró en torno a la adoración de la púrpura, es decir, la reverencia ante el emperador arrodillándose como si se tratara de un ser sagrado y objeto de culto. Por ello, todo cuanto se relacionaba con él adquirió una dimensión sagrada: el palacio se asimiló con un templo; el monarca se rodeó de incienso, como las estatuas de las divinidades; y en las ceremonias que se hacían en presencia del monarca se impuso un silencio piadoso como si se tratara de una celebración litúrgica. Además, el emperador podía dejarse ver, o no, durante las audiencias públicas, pues el trono se ubicaba bajo un baldaquino con cortinas que podían estar corridas e impedir la visión del monarca, con lo cual solo se oía su voz tras el velo. Por último, otra imagen de la sacralidad imperial consistió en obligar a que todos los asistentes en presencia del soberano, con independencia de su rango, se mantuvieran en pie frente al trono, como si estuvieran en un templo ante la estatua sedente de la divinidad.

Este proceso de divinización de la figura imperial fue acompañado de toda una iconografía intimidatoria que quería reforzar el alejamiento del emperador respecto al plano terrenal en que vivían sus súbditos, simples mortales. Por ello, desaparecieron las togas y las barbas de los filósofos (la iconografía de Marco Aurelio y Septimio Severo). El emperador se representó exclusivamente

vestido con el uniforme de general. Su rostro se rodeó de un nimbo que subrayaba el carácter sobrehumano y mostraba la luz eterna en medio de la cual vivía el monarca. Los ojos se representaron grandes y levantados hacia el cielo, como indicando la conexión divina que el soberano mantenía con su protector celestial. Los vestidos se hicieron de púrpura e hilo de oro y se recubrían de gemas, al igual que el calzado imperial. La cabeza fue coronada con una diadema enjoyada, y en las manos se sostenía con firmeza un cetro (a veces, un orbe).

En última instancia, toda esta política de reforzamiento de la figura imperial provocó un debilitamiento de la dignidad personal del súbdito, con independencia de la clase social a la que este perteneciera, puesto que ni el más digno de los senadores podía ahora estar al mismo nivel que estos emperadores tan mayestáticos.

El paso a la Tetrarquía

Al cabo de un tiempo, la diarquía demostró ser insuficiente para afrontar las dificultades de la Administración de un Imperio tan enorme que abarcaba desde Finisterre hasta los desiertos de Arabia. De hecho, Maximiano se vio incapaz de someter al usurpador Carausio en Britania y, por ello, Diocleciano decidió perfeccionar la Diarquía ampliando a cuatro el colegio imperial. Esta nueva forma de gobierno se conoce como «Tetrarquía», puesto que etimológicamente este término significa «poder de cuatro».

Así pues, el 1 de marzo de 293 (día del inicio del año en el calendario arcaico), actuando de acuerdo con Maximiano, tuvo lugar una doble ceremonia de investidura mediante la cual cada Augusto escogió un colega como César. Diocleciano, que estaba en Nicomedia, adoptó, solemnemente y ante las tropas, a Galerio (293-311) como su heredero y le confirió el título de Jovio. Por su parte, Maximiano (293-306), en Milán, prohijó a Constancio Cloro y le convirtió en Hercúleo, haciendo también testigos de todo ello a los soldados. Esta asociación imperial dio inicio a lo que se conoce como «Primera Tetrarquía» (293-306).

Galerio era originario de la Mesia, en la región de Iliria, y tenía unos 35 años. Había hecho carrera en el ejército y era amigo de Diocleciano, quien, además de apadrinarle, lo casó con su hija Valeria. En cuanto a Constancio Cloro, este también era ilirio y debía de ser de la misma edad, más o menos, que el otro César. Había realizado su carrera en la guardia imperial y desempeñó el cargo de gobernador de Dalmacia. Con motivo de su designación como heredero, se casó con Teodora, la hermana de Maximiano. La selección de Césares cuando Diocleciano y Maximiano aún gobernaban se hizo con el fin de acabar con las usurpaciones y con las intrigas palatinas que siempre perturbaban el ambiente de la sucesión en el momento de la defunción del monarca. Diocleciano no tenía hijos, por lo que con su proceder pretendía restaurar el

sistema adoptivo de los Antoninos, considerado el «Imperio de los mejores», cuya degradación, debió de pensar Diocleciano, había sumido al Imperio en el período de la crisis del siglo III. Curiosamente, los cuatro tetrarcas eran de origen ilirio, como sus predecesores más inmediatos del período de la crisis del siglo III, de ahí que Iliria sea conocida como la «cantera de emperadores».

Busto del emperador Galerio (293-311), uno de los mejores ejemplos de la iconografía de la época de la Tetrarquía. Está esculpido en pórfido egipcio porque su color rojizo era muy semejante al de la púrpura con que se teñían las vestimentas imperiales.

Estas investiduras obligaron a replantear el reparto de provincias que Diocleciano y Maximiano habían acordado en el inicio de la Diarquía. Diocleciano mantuvo Asia y Egipto (con capital en Nicomedia) y cedió a Galerio la zona de los Balcanes (con capital en Sirmium, hoy en día Belgrado). Maximiano se reservó Italia, África e Hispania (con capital en Milán) y atribuyó a Constancio Cloro las Galias y Britania (con capital en Tréveris). De esta distribución de capitales pueden extraerse dos conclusiones. En primer lugar, que la Tetrarquía mantuvo la descapitalización política de Roma, ciudad que, sin embargo, en el plano religioso sí que fue reverenciada por los tetrarcas como escenario monumental donde celebrar sus aniversarios de reinado, cada cinco años. En segundo lugar, que la ubicación geográfica de las nuevas capitales, en la periferia del Imperio, respondía a las necesidades militares de la época. Nicomedia resultaba equidistante de la frontera persa y de la danubiana, y, por vía marítima, permitía un rápido acceso a Egipto. Sirmium fue elegida por su situación central con respecto al curso del Danubio. Milán, muy próxima a la frontera del Rin, también custodiaba los accesos a la Italia Central. Y, por último, Tréveris presentaba una ubicación estratégica en el curso medio del Rin.

Cuatro que gobiernan como si fueran uno

Cuando, en 293, Diocleciano decidió añadir dos emperadores más al colegio imperial, existía un serio riesgo de que sus súbditos percibieran la asociación como una división dentro del gobierno. Es por ello que Diocleciano difundió el mensaje, a través de las

monedas y de la epigrafía, de que los cuatro emperadores gobernaban como si fueran uno. Así, en las leyendas de las monedas acuñadas en este período se inscribió el lema concordia Augustorum (es decir, 'concordia de los Augustos'). Igualmente, en las inscripciones todos los emperadores aparecían exactamente con los mismos títulos. Así pues, cuando Diocleciano obtuvo una gran victoria contra los persas y se le concedió el título honorífico de «Pérsico», todos los tetrarcas se lo pusieron también en su titulatura, y lo mismo pasó cuando Constancio Cloro consiguió el apodo de «Británico».

Grupo escultórico de los tetrarcas, hoy en día en la fachada de la catedral de Venecia, que enfatiza la concordia entre los cuatro emperadores al representarlos abrazados por parejas. Asimismo, el gran parecido físico entre ellos subraya la idea de que son cuatro que gobiernan como uno solo.

Otra cuestión que Diocleciano tuvo que reglamentar al ampliar a cuatro el colegio imperial fue la prelación de cargos. De la Diarquía ya se había heredado un sistema por el que Diocleciano era el Augusto sénior y Maximiano, el Augusto júnior. Esta misma división se aplicó a los Césares, siendo Constancio Cloro el César sénior y Galerio el César júnior. Esta organización jerárquica entre los tetrarcas permitía, por ejemplo, que las leyes que cada uno publicaba en su parte del Imperio fueran presentadas como una decisión acordada por los cuatro. Y es que a Diocleciano le preocupaba que el reparto del poder entre los tetrarcas pudiera dar la sensación de que el Imperio se hallaba fragmentado. Por ello, a través de la iconografía y de los discursos imperiales, siempre se difundió la idea de que, a pesar de haber cuatro emperadores, el Imperio estaba unido y reinaba la concordia entre ellos.

La ampliación del colegio imperial también afectó a la teología política que había legitimado la Diarquía de Diocleciano y Maximiano. Por ello, los panegíricos imperiales del momento se esforzaron en presentar a los emperadores como «creados por los dioses y creadores de dioses». Con ello, se subrayaba la idea de que, por causa de su origen divino, podían transmitir esa misma esencia divina a quienes designaran como herederos. En consecuencia, eran los únicos que podían conferir la gracia divina para gobernar, mientras que los candidatos que proclamaran los soldados no gozarían nunca del consentimiento divino y, por lo tanto, estaban destinados a fracasar. Ahora bien, estas ideas constituían meros planteamientos teóricos y, aunque durante la Tetrarquía se redujo la tendencia de los ejércitos a nombrar a su general como monarca, continuaron produciéndose usurpaciones, aunque más espaciadas en el tiempo.

No obstante, el principio adoptivo, por elección entre el mejor de los candidatos, presentaba el gran inconveniente de qué hacer cuando los Augustos o los Césares reinantes tenían hijos biológicos. A Diocleciano, este problema no parece que le preocupara excesivamente, pues no tuvo hijos varones. No era el caso de Maximiano o de Constancio Cloro, que sí contaban con

descendencia masculina. El sistema dioclecianeo exigía la marginación de la familia sanguínea, partiendo del principio de que la Tetrarquía constituía una familia divina cuyos vínculos anulaban cualquier otro parentesco creado por los humanos.

«Ya seré generoso cuando llegue a emperador»

La figura del emperador Diocleciano no estuvo demasiado bien valorada por sus contemporáneos por causa de dos motivos principalmente. El primero fue el alto grado de autocracia con que gobernó y su política de divinización imperial. El segundo fue su política impositiva. Casi todas las fuentes describen a Diocleciano como avaro y ahorrador ya antes de ser emperador y, de esta manera, justifican basándose en su carácter la creación de nuevos impuestos y, sobre todo, el agobio fiscal que se instauró durante su reinado. Y es que, según se contaba, su roñosería ya le venía de los tiempos en que servía en el ejército y, cuando alguien le recriminaba esta conducta, él siempre respondía: «Ya seré generoso cuando llegue a emperador».

Una vez retirado a su palacio, en Espálato, parece que Diocleciano volvió a llevar un tipo de vida menos dispendioso, pues las fuentes insisten en que redujo sus gastos a lo indispensable.

Gracias a la estabilidad del poder imperial conseguida por estos planteamientos teocráticos y a la eficiencia militar de los tetrarcas, la Tetrarquía pronto generó seguridad y paz dentro y fuera de las fronteras, sobre todo debido a la estrategia de dividir el Imperio. Así pues, Constancio Cloro logró acabar con la revuelta en Britania derrotando a Alecto y restableciendo el dominio imperial hasta el muro de Adriano. Maximiano condujo unas campañas contra los bereberes. Galerio detuvo las incursiones de los sármatas en el Danubio. Y Diocleciano derrotó a los persas y puso fin a la usurpación de Lucio Domicio Domiciano en Egipto (297). Todos estos éxitos militares mostraron el acierto político de Diocleciano y

sirvieron para justificar la bondad de la Tetrarquía. La estabilidad militar permitió a los tetrarcas iniciar todo un paquete de reformas que afectaron a múltiples ámbitos y permitieron restaurar la confianza del pueblo en la utilidad de la figura imperial.

La reforma militar

En lo referente a las mejoras en el ejército, Diocleciano continuó la iniciativa de Galieno de establecer campamentos de caballería en la retaguardia de la frontera y, por otra parte, mejoró el sistema de distribución de los legionarios que vivían sobre la línea fronteriza de defensa. Y, como sus predecesores, también incorporó a la defensa del Imperio unidades de caballería de las tribus germánicas.

Además, Diocleciano creó un nuevo cargo para dirigir las unidades militares de una provincia: el duque (en latín, dux). Hasta la fecha, el gobernador civil de una provincia también había sido el comandante de las tropas de esta. Diocleciano consideró, con toda razón, que este era uno de los factores que favorecieron las usurpaciones durante la crisis del siglo III, pues a los gobernadores les costaba poco desviar el dinero que recaudaban con los impuestos para subvencionar su proclamación imperial.

Además de las tropas acuarteladas en primera línea y en la retaguardia, Diocleciano organizó un ejército bastante numeroso al cual llamó comitatus, puesto que le acompañaba en todos sus desplazamientos (en latín, comites significa 'acompañantes'). Constituía el cuerpo de élite del ejército imperial y se componía, básicamente, de caballería, aunque también contaba con destacamentos de infantería. Cada emperador tenía el suyo y estaba dirigido por un general de caballería (en latín, magister equitum) y por otro de infantería (en latín, magister peditum). Las fuentes de la época señalan que era un ejército extremadamente costoso de mantener y que provocaba aflicción cada vez que llegaba a una ciudad, puesto que esta se veía obligada a proveer al emperador y a su séquito de todo cuanto necesitaran, las más de las veces gratis.

Estas medidas fueron acompañadas de una intensa labor de reconstrucción de fortalezas romanas, bien documentadas arqueológicamente, en los desiertos de Numidia o Siria y en las

fronteras del Rin y del Danubio.

La reforma fiscal

La política fiscal de Diocleciano se concretó en tres ejes: una reforma de los impuestos; la mejora de la calidad de la moneda y un edicto de control de precios conocido como «Edicto del Máximo».

En lo referente a los impuestos, desde los tiempos altoimperiales los súbditos estaban sujetos a la iugatio (impuesto sobre las propiedades rurales) y a la capitatio (impuesto personal que pagaban todos los que estaban en edad de trabajar, es decir, entre los 14 y los 65 años, tanto si lo hacían como si no). Diocleciano creó dos impuestos nuevos: el capitulum y la capitatio plebeya. El primero de ellos se concibió como un sistema de levas muy minucioso, mediante el cual los propietarios de tierras debían proporcionar un número determinado de soldados según la cantidad de tierras que poseyeran, o, si lo preferían, su valor equivalente estimado en oro. El segundo de estos impuestos afectaba a los artesanos de las plebes urbanas, se pagaba en plata y fue instituido para compensar la tributación que recaía sobre los propietarios de tierras. Además, el Estado se reservó la potestad de crear todo tipo de impuestos extraordinarios que se justificaban por la situación de emergencia militar del período.

Fragmento del «Edicto del Máximo» de Diocleciano (301).

Diocleciano responsabilizó de la recaudación de estos impuestos a los curiales, es decir, a los miembros de la asamblea municipal (en latín, curia), que eran los más ricos de la localidad. Cuando se iniciaba el período del pago de las contribuciones, cada gobernador de provincia recibía un documento en el que constaba la cantidad que debía recaudarse en cada ciudad. Los curiales debían recoger y entregar el montante requerido y si, por el motivo que fuese, no reunían la cantidad que les correspondía, debían ponerlo de sus bolsillos. Ahora bien, la minuciosidad con que se calculaban los impuestos requería de una actualización continua de censos de todo tipo. Gracias a ellos, se impuso un férreo control administrativo de la población, que en el Bajo Imperio fue considerada, principalmente, como proveedora de impuestos.

En lo referente a la moneda, esta fue una de las dimensiones de la

crisis del siglo III que no había sido solventada por los nuevos monarcas. Diocleciano se propuso restaurar la confianza en las acuñaciones de la Tetrarquía volviendo a activar la emisión de moneda de oro, el aureus (paralizada desde los tiempos altoimperiales), y creando una moneda, el argenteus (de 3,40 gramos, totalmente de plata), mediante la cual se recuperaba la calidad de los denarios de Nerón (54-68), desconocida desde los tiempos de Trajano (98-117). Además, también amonedó una pieza más popular para las transacciones del día a día llamada nummus (o también follis; de 9,69 gramos con un 3,20 % de plata). Todo ello fue posible debido a que Diocleciano controlaba las minas del Imperio y gozaba de la estabilidad necesaria para explotarlas a pleno rendimiento.

Por último, también en el plano económico, Diocleciano adoptó medidas de control de precios mediante la publicación del Edicto del Máximo (301), un decreto que fijaba por ley los precios máximos de todos los productos y de todos los servicios, con la prohibición expresa de que no fueran superados en ningún punto del Imperio. Para los infractores se preveía la pena capital.

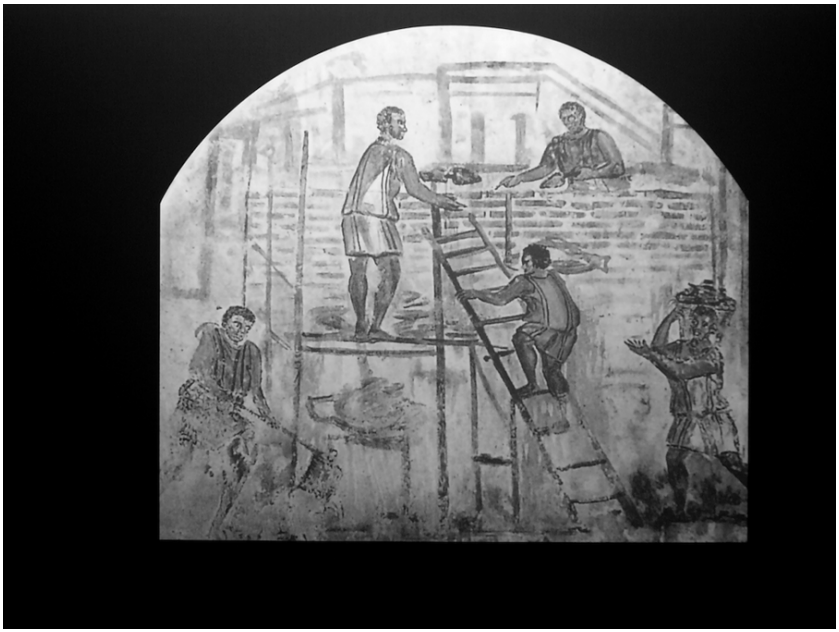
El sueldo de los plebeyos y su poder adquisitivo

El Edicto del Máximo, publicado en el año 301 como una estrategia para frenar la inflación de los precios heredada de la crisis del siglo III, constituye un curioso ejemplo de intervencionismo estatal en el campo de la economía. Gracias a este texto contamos con una fuente de información muy preciosa sobre los sueldos de los plebeyos romanos y su poder adquisitivo.

En relación con los sueldos, leemos que un campesino podía cobrar un máximo de 25 denarios por día, mientras que a un pintor figurativo se le asignaban 150 denarios diarios; que un viaje en carro costaba hasta 2 denarios por milla y persona; y que se podía beber medio litro de vino por 8 denarios y comprar una lechuga por

menos de un denario.

En cambio, los productos de lujo quedaban muy lejos del poder adquisitivo de los plebeyos: un esclavo adulto llegaba a costar hasta un máximo de 30 000 denarios; una libra de seda podía valer hasta 12 000; y por un león se podían pedir hasta 150 000 denarios.



En el Edicto del Máximo se recogían los precios de todas las actividades artesanales, por ejemplo la retribución de un albañil, a quien se podía remunerar con hasta 50 denarios por día de trabajo (Ostia Antica, Antiquarium, siglo II).

■

La reforma de la Administración

En cuanto a la Administración central, Diocleciano también introdujo cambios importantes. En primer lugar, atendiendo al carácter fuertemente militarizado de la monarquía, el emperador debía presentarse allí donde existiesen problemas militares, por lo cual la corte era itinerante y viajaba junto con el emperador y su ejército (el comitatus comentado con anterioridad). En segundo lugar, Diocleciano aumentó el número de burócratas, pues el control exhaustivo a que el Imperio sometió a sus contribuyentes exigió de un número muy elevado de funcionarios. Lactancio, un escritor cristiano que no sentía demasiada simpatía por Diocleciano debido a la persecución que este había decretado contra sus correligionarios, escribió, sin duda exagerando, que: «Se llegó al extremo de que era mayor el número de los que vivían de los impuestos que el de los contribuyentes».

En cuanto a la corte propiamente dicha, Diocleciano la estructuró básicamente en dos grandes bloques: el palacio (o parte privada) y la corte (o parte pública). El palacio comprendía los departamentos que ofrecían servicios relacionados con la vida privada del monarca (básicamente, su alimentación, su vestimenta y su reposo), aspectos de los que se ocupaban los eunucos de palacio. Además, también pertenecían a esta sección los cuerpos de seguridad que protegían tanto el edificio del palacio como la persona física del emperador en sus desplazamientos (normalmente, una guardia germánica).

La vida de los burócratas

En tiempos de Diocleciano, la Administración del Estado se

encontraba en manos de una burocracia integrada por hombres libres que percibían un sueldo por su trabajo y se distribuía en diferentes niveles: central, diocesano y provincial.

Ahora bien, como consecuencia del proceso de militarización que sufrió todo el Imperio durante el período bajoimperial, la burocracia civil se organizó en rangos que eran equivalentes a los del ejército. A cada rango le correspondía una categoría salarial y unos privilegios concretos. Como el Estado permitía pagar los impuestos en especie, los sueldos se pagaban con moneda y con productos de primera necesidad.

Los funcionarios recibían su nombramiento mediante un escrito firmado por el emperador en persona. Se trataba de una estrategia diseñada por Diocleciano para advertir a todos los burócratas que sabía de su existencia y que los estaría vigilando.

Buena parte de la Administración central acompañaba al emperador en sus desplazamientos a lo largo y ancho del Imperio y, por lo tanto, formaba parte del comitatus imperial. En el registro superior de la foto, correspondiente al Arco de Galerio de Tesalónica, se

representa la llegada de toda la corte a esa ciudad.

▪

La corte agrupaba a todos los organismos que servían para administrar el Imperio, que básicamente eran tres: el consejo imperial, órgano meramente consultivo en el que se debatían todos los proyectos de ley; la cancillería, con cinco departamentos que gestionaban las peticiones que llegaban a la corte y preparaban la respuesta del emperador; y las oficinas especiales de notarios y agentes in rebus (básicamente, dos cuerpos del servicio de inteligencia imperial).

Dentro del complicado organigrama de la corte, destacaba un personaje que era el verdadero poder en la sombra: el maestro de las oficinas (en latín, magister officiorum). Era él quien se ocupaba de la guardia germánica, de las cinco oficinas de la cancillería, de los cuerpos de espías y, también, de las fábricas de armas, del servicio de protocolo y de intérpretes, del trato con las embajadas y de las comunicaciones con las provincias. Por ello, muchos emperadores bajoimperiales acostumbraron a delegar en este magistrado el verdadero ejercicio del poder imperial.

Otra de las grandes reformas de Diocleciano fue de ámbito provincial. Entre 297 y 305, Diocleciano aumentó la cantidad de las provincias reduciendo la extensión de las que había encontrado al llegar al trono, básicamente por dos motivos. En primer lugar, para hacerlas más administrables, pues las provincias altoimperiales eran muy extensas y los impuestos no se podían recaudar de manera eficiente. En segundo lugar, porque al hacerlas más pequeñas también las hacía menos ricas. Con ello, Diocleciano pretendía romper con otra de las dinámicas de la crisis del siglo III, período en el que los gobernadores de provincias ricas utilizaban sus ingresos para sufragar la usurpación del trono.

Según se ha calculado, la reforma provincial de Diocleciano comportó pasar de 48 provincias a 104. Ahora bien, un aumento numérico tan considerable debió plantear serios problemas en las comunicaciones entre la corte y el gobierno provincial, pues 104 gobernadores escribiendo continuamente a la Administración

central podían colapsarla con gran facilidad. Para evitarlo, Diocleciano creó las diócesis, que eran agrupaciones de provincias, administradas por un funcionario nombrado para la ocasión, al cual se llamó «vicario».

En total, se crearon doce diócesis, seis en Occidente (Britania, Galias, Vienense, Hispanias, Italia y África) y seis en Oriente (Panonias, Tracia, Mesia, Ponto, Asia y Oriente).

La política religiosa

Como se ha podido constatar, tras la mayoría de las reformas llevadas a cabo por Diocleciano subyacía el interés por eliminar cualquier aspecto que hubiera propiciado la anarquía militar del siglo III. Asimismo, buena parte de ellas sirvieron para reforzar la autocracia imperial. El monarca no podía permitirse el lujo de consentir que, dentro de las fronteras del Imperio, existieran grupos de oposición que disintieran de su política de divinización imperial. Y, sin embargo, los había. Eran, básicamente, dos: los maniqueos y los cristianos.

El maniqueísmo era una religión de origen persa fundada por Manes, nacido en Babilonia en el año 216 y crucificado en 277. El pensamiento maniqueo era de base dualista y recogía influencias judeocristianas, budistas y zoroastrianas (la religión de los antiguos iraníes, predicada por Zoroastro, su profeta). Los maniqueos creían en la existencia de dos principios (o reinos): el de la luz (Dios), que era espiritual, y el de la oscuridad (las tinieblas), que era material. Ambos reinos luchaban entre sí de manera constante y, de hecho, la vida del ser humano era entendida como una tensión perpetua entre ambos polos (el del bien y el del mal). Manes predicaba que debía prevalecer la luz y rechazarse las prácticas inspiradas por las tinieblas, principalmente el amor por las cosas materiales.

El 31 de marzo de 297, Diocleciano publicó un edicto que ordenaba la persecución de los maniqueos, básicamente por tres motivos. En primer lugar, porque, al tratarse de una religión de origen persa, sospechaba que podían ser infiltrados de los sasánidas y, por tanto, traidores al Imperio. En segundo lugar, porque se atribuían competencias en ritos mágicos y de maleficio (dos costumbres castigadas con la pena de muerte por las leyes romanas) y los tetrarcas temían que, con dichas prácticas, desencadenaran la destrucción del Imperio. Y, por último, porque los maniqueos tenían prohibido matar y, por lo tanto, eran absolutamente contrarios al

servicio militar y a participar en las guerras.

En cuanto a los cristianos, ya durante los inicios del reinado de Diocleciano parece que hubo algunas ejecuciones de miembros del ejército y de la Administración, pero sin que se tratara propiamente de una persecución. Fue en el año 303 cuando Diocleciano tomó medidas específicamente dirigidas contra los cristianos y decretó una represión que ha pasado a la historia como la «Gran Persecución» (303-311), pues fueron muchos los mártires que sucumbieron en ella.

La persecución fue realmente dura para la Iglesia, aunque la intensidad resultó muy desigual en las diferentes regiones del Imperio, puesto que la aplicación de las medidas dependió del grado de implicación de cada uno de los tetrarcas. Así, por ejemplo, en las Galias y en Britania, Constancio Cloro simpatizaba con los cristianos y se limitó a destruir las iglesias, sin actuar contra las personas. En cambio, en las provincias occidentales en manos de Maximiano (Italia, África e Hispania), así como en las orientales, la persecución fue sangrienta y produjo una gran cantidad de mártires.

Desde un punto de vista formal, la persecución terminó en el año 311, cuando el emperador Galerio publicó el llamado «Edicto de Tolerancia» (también conocido por otros nombres, como «Edicto de Sérdica», lugar donde fue firmado por Galerio, o «Edicto de Nicomedia», por el lugar donde fue promulgado). En él, Galerio reconocía que eran muchos los cristianos que habían persistido en su negativa a venerar a los dioses y que, en consecuencia, había decidido perdonarlos y concederles permiso para realizar sus reuniones litúrgicas siempre y cuando no provocasen disturbios. La única condición que impuso fue que los cristianos rezaran a su dios por él y por el bien del Imperio.

El fin de la Tetrarquía

En 303, los tetrarcas se reunieron en Roma para celebrar los veinte años de reinado de Diocleciano y Maximiano, así como los diez de los Césares. Aprovechando esta efeméride, Diocleciano comunicó que, en breve, los dos Augustos abdicarían dejando que los dos Césares ocuparan su lugar.

Así pues, el 1 de mayo de 305, en una ceremonia doble que tuvo lugar en Nicomedia y en Milán al mismo tiempo, Diocleciano se despojó ante sus tropas de las vestiduras púrpuras asociadas a su cargo y Galerio, que estaba a su lado, se convirtió automáticamente en Augusto júnior. Por su parte, Maximiano ejecutó la misma operación transfiriendo a Constancio Cloro la condición de Augusto sénior. Las dos plazas vacantes de Césares fueron provistas por Diocleciano mismo, quien designó a otros dos militares ilirios de su círculo íntimo. Así, Flavio Severo (305-307) fue asociado a Constancio Cloro como César sénior (con control sobre las provincias de Italia, África e Hispania) y Maximino Daya (305-313) se convirtió en el César júnior bajo la supervisión de Galerio. Los dos Augustos salientes conservaron su título, aunque de manera honorífica, y se retiraron de la vida pública. Diocleciano se recluyó en Espálato (Split, Croacia), mientras que Maximiano se trasladó a una villa en Lucania. A esta sucesión imperial se la conoce como «Segunda Tetrarquía» (305-306).

El palacio de Split y las termas de Diocleciano, en Roma, fueron las dos grandes construcciones de este emperador. En la imagen, los restos de las termas.

Con estas nominaciones, Diocleciano había arrinconado a Majencio (el hijo de Maximiano) y a Constantino (el hijo de Constancio Cloro), quien, en 305, servía en el comitatus de Galerio. Su marginación política en la Segunda Tetrarquía los convirtió en hostiles a este sistema político y, por ello, se considera que se convirtieron en sus verdugos.

Ante el rechazo a incluir a Constantino en la cúpula del poder, Constancio Cloro ordenó a su hijo que acudiera a su lado. Ambos se reunieron a inicios de 306 y se embarcaron hacia Britania. Pocos meses después (306), Constancio Cloro murió repentinamente en Eburacum (York). La norma instaurada por Diocleciano establecía que, muerto un Augusto, su César (en este caso, Flavio Severo) debía ocupar su lugar y que era el otro Augusto (en este caso, Galerio) quien debía elegir al nuevo César. Sin embargo, los soldados de Constancio Cloro tomaron la iniciativa y, siguiendo el patrón de conducta habitual durante la crisis del siglo III, proclamaron a Constantino (306-337) como Augusto.

Al actuar de esta manera, se vulneraban los derechos de Flavio Severo al cargo de Augusto, y Constantino, plenamente consciente de ello, actuó con mucha astucia, aceptando solamente el nombramiento de César. A Galerio no le quedó más remedio que consentir esta política de hechos consumados. Constantino fue reconocido como César júnior de Occidente y se le asignaron las provincias de su padre (Galia y Britania). A esta nueva sucesión imperial se la conoce como «Tercera Tetrarquía» (306-307).

Como era de esperar, esta solución indignó a Majencio (306-312), el hijo de Maximiano, quien decidió usurpar el trono. Gracias al apoyo de los pretorianos, Majencio pudo asentar su capital en Roma y se hizo con el control de África y de Italia. Esta vez, Galerio se negó a aceptar lo sucedido y ordenó a Flavio Severo que atacara al usurpador. Maximiano, viendo el peligro en que se hallaba su hijo, salió de su retiro e intervino para convencer a los soldados de Severo con el fin de que le abandonaran, cosa que hicieron. Flavio Severo no tuvo más remedio que rendirse y murió estrangulado en prisión (307).

Con la eliminación de Flavio Severo, la plaza de Augusto de Occidente quedaba vacante y, en teoría, debía ser ocupada por Constantino, como César del difunto. Maximiano y Majencio pactaron entonces que Constantino apoyara la candidatura de Majencio como nuevo César de Occidente. Para consolidar esta alianza, Constantino se casó con Fausta, la hija de Maximiano, de 18 años (su marido tenía 35).

Ahora bien, ante el caos imperante, Diocleciano también decidió reaparecer en la arena política para arbitrar en la solución del conflicto. Citó a todo el colegio imperial en Carnuntum (Petronell, Austria), a orillas del Danubio, y obligó a Maximiano a abdicar por segunda vez. A continuación, para castigar a Constantino por su irregular acceso al trono, decidió negarle la plaza de Augusto de Occidente y, para ocupar la vacante, nombró a Licinio (308-324), un amigo de Galerio, también ilirio. Así es como se instauró la «Cuarta Tetrarquía» (308-311), que fue la última.

Las decisiones tomadas en Carnuntum, en el fondo, avivaron aún más el fuego de la discordia. Majencio se enemistó con su padre, Maximiano, quien intentó convencer a las tropas de su hijo para

que le abandonaran y, al fracasar en el intento, se refugió junto con Constantino en Tréveris. Poco después, buscando reconciliarse con su hijo, parece que Maximiano participó en una conjura fallida contra Constantino y este ordenó ejecutarlo (309-310). Con ello, se demostraba una vez más cuán débiles eran en realidad las bases teológicas de la Tetrarquía, pues Maximiano, un dios, emanación visible de Hércules durante veinte años, acabó sus días ejecutado como cualquier otro traidor al Estado.

Por otra parte, Constantino no aceptó que se le continuara tratando como César y, en el año 310, consiguió que Galerio suprimiera este rango y que nombrara Augustos tanto a Constantino como a Maximino Daya. Galerio falleció poco después (311) y su vacante nunca fue cubierta. Ni Licinio como Augusto sénior, ni Constantino, ni Maximino Daya estaban interesados en ello, pues los tres consideraban que el experimento político de la Tetrarquía había llegado a su fin.

Los Constantinianos

~ 306-363 d. C. ~

La alianza entre Licinio y Constantino I

Galerio murió el 5 de mayo de 311 y el Augusto sénior, Licinio, no quiso designar ningún sucesor, dado que ya había pactado con Constantino I el reparto del Imperio entre ambos. Licinio pasó a Oriente a ocupar los territorios del difunto Galerio (las provincias balcánicas) e inició hostilidades contra Maximino Daya, por lo que este, para contrarrestar la alianza Licinio-Constantino I, se alió con Majencio. Con ello, la famosa «concordia de los Augustos», uno de los pilares de la filosofía política tetrárquica, se rompió definitivamente. Era el fin de la Tetrarquía.

Por su parte, Constantino I se movió desde Tréveris hacia Italia con el objetivo de eliminar a Majencio. A inicios de la primavera de 312, su ejército entró en Italia atravesando los Alpes Cotios con unos 40 000 hombres, es decir, una cuarta parte de su ejército. Tras los primeros enfrentamientos en Segusium (Susa) y en Augusta Taurinorum (Turín), muchas ciudades de la Italia septentrional enviaron legaciones para felicitarle y Milán le abrió las puertas. Desde allí se puso en camino hacia Brixia (Brescia) y Verona, ciudades que sometió por la fuerza de las armas. El resto de ciudadelas de la zona (Aquileya, Módena y Rávena) se rindieron a Constantino I y, de esta manera, el camino hacia Roma quedó expedito y sin oposición.

La batalla del Puente Milvio, de Giulio Romano (siglo XVI).

Mientras, Majencio se sentía seguro en la Ciudad Eterna gracias al apoyo de las tropas pretorianas, a la fortaleza de las defensas de la ciudad (las poderosas Murallas Aurelianas) y al suministro de trigo africano, por lo que se encerró en la ciudad y se preparó para resistir el asedio tras ordenar que los puentes sobre el Tíber fueran cortados.

Constantino I avanzó lentamente siguiendo el curso de la vía Flaminia, mientras sus agentes se dedicaban a desestabilizar la buena propaganda que Majencio tenía en Roma. Así pues, el 27 de octubre de 312, el público asistente a una carrera de carros abucheó a Majencio por no plantar cara a sus enemigos. Presionado por este ambiente hostil, Majencio decidió construir un puente de barcas sobre el Tíber junto al puente Milvio y al día siguiente, el 28 de octubre, consultó los libros sibilinos (unos libros proféticos de época monárquica que se utilizaban para adivinar el futuro de Roma). Los augures le contestaron que aquel día moriría un enemigo de Roma y Majencio, animado por estas palabras, trabó combate con el ejército constantiniano. Ahora bien, no solo no venció sino que fue definitivamente derrotado en la llamada «batalla del Puente Milvio», que también le costó la vida.

A continuación, Constantino I se dirigió a Milán, donde se celebró el matrimonio de su hermanastra Constancia con Licinio. Aprovechando este encuentro, se consensuaron algunas decisiones en materia de religión. El texto resultante se conoce como «Edicto

de Milán» y, gracias a él, la religión cristiana no solo obtuvo un estatuto de legalidad, sino que también se facultó a la Iglesia para poseer propiedades y reclamar la devolución de todo el patrimonio confiscado en tiempos de la persecución. Mientras se celebraba la boda, Maximino Daya invadió los territorios de Licinio, pero fue derrotado y perseguido y acabó suicidándose en Tarso en el verano de 313.

A partir de ese año, Constantino I y Licinio fueron los únicos emperadores reinantes. El primero gobernaba en Occidente y el segundo, en Oriente; ambos en un clima de armonía. Las fricciones surgieron a partir de 315, cuando Constantino I fue objeto de un intento de asesinato protagonizado por un amigo de Licinio. Al descubrirse la conjura, el conspirador fue ejecutado y se desencadenó una guerra entre ambos soberanos. Licinio sufrió una grave derrota en Panonia (316), pero consiguió salvar su trono cediendo a Constantino I prácticamente todos los territorios europeos orientales. Además, para sellar la reconciliación, los dos emperadores asociaron a sus hijos, respectivamente, con el título meramente honorífico de César.

Esta segunda alianza entre Licinio y Constantino I se mantuvo hasta finales de 320, momento en el que se abrió un nuevo período de crisis entre ambos emperadores. Según la historiografía cristiana, más favorable a Constantino I, fue Licinio el responsable del nuevo período de conflictos al romper los acuerdos que se habían tomado en relación a la religión cristiana. Licinio no llegó a perseguir abiertamente a los cristianos, pero sí publicó algunas leyes que perjudicaban sus intereses, por lo que estos acudieron a Constantino I en busca de ayuda. Finalmente, en el año 324 estalló una guerra abierta entre ambos monarcas que acabó con la derrota y ejecución de Licinio. El Imperio romano volvió a estar en manos de un único Augusto, y lo estuvo durante los trece años siguientes, hasta la muerte de Constantino I en 337.

La batalla del Puente Milvio y el hundimiento de Majencio

El 28 de octubre de 312, Constantino y Majencio se enfrentaron en las proximidades de Roma, junto al puente Milvio. Días atrás, Majencio había decidido cortar todos los puentes de piedra para que Constantino I no tuviera un fácil acceso a su ciudad y, de esta manera, obligarlo a tomarla por asedio.

Sin embargo, con el paso de los días y forzado por la plebe romana, Majencio decidió ofrecer una batalla al otro lado del Tíber y, para dar salida a sus soldados, se vio obligado a construir un puente de barcas sobre el río. Al iniciarse la batalla, las tropas de Majencio tenían el Tíber a sus espaldas y no pudieron maniobrar con comodidad, por lo que Constantino I ocasionó serias bajas entre sus filas. Majencio decidió retirarse para refugiarse en la ciudad y ordenó a sus tropas que se replegaran con él. Ante el peso de los soldados en retirada, el puente de barcas se rompió y todos cayeron al Tíber. Majencio se hundió debido al peso de su armadura y, de esta manera, Constantino I hizo su entrada en Roma sin hallar oposición.

La política procristiana de Constantino I

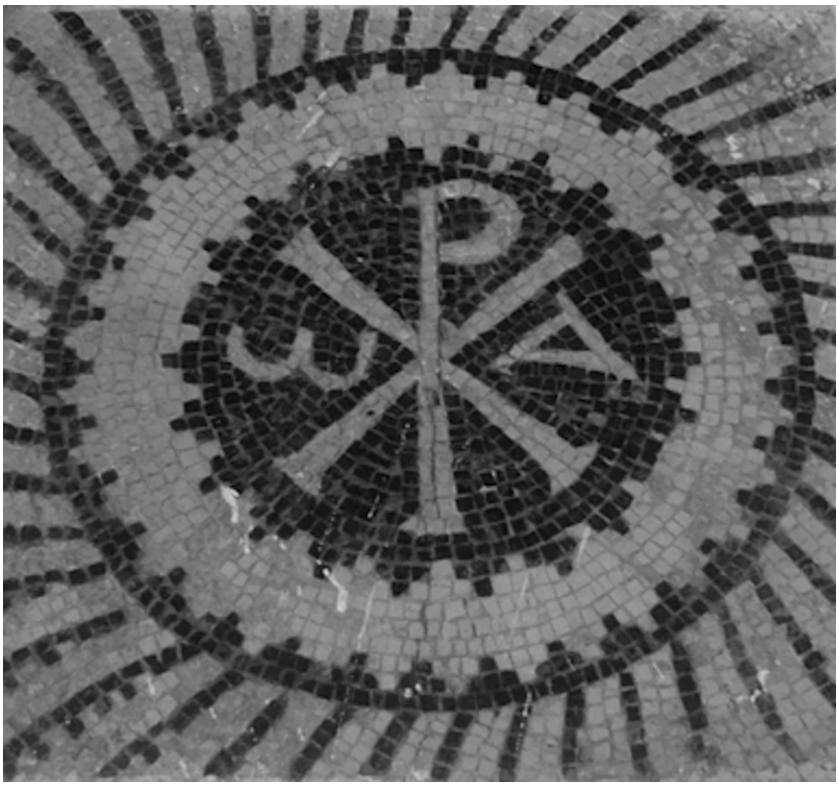
Una vez derrotado Licinio, Constantino I se implicó aún más en su protección de la religión cristiana, tal como venía haciendo desde su victoria sobre Majencio (312). De hecho, desde la batalla del Puente Milvio se había ido conformando en él la idea de que el dios de los cristianos le había elegido como su vicario en la tierra. En su círculo cortesano se integraron numerosos obispos, entre ellos Osio de Córdoba y Eusebio de Cesarea, que ayudaron a dar forma a dicho pensamiento y desarrollaron una teocracia imperial, al estilo de la de Diocleciano, en la que Júpiter era sustituido por la suprema divinidad cristiana.

Constantino I reconoció a la Iglesia la competencia sobre sus asuntos internos (es decir, sobre aquellas cuestiones doctrinales y de disciplina eclesiástica), mientras que él, utilizando sus mismas palabras, se atribuyó el cargo de «obispo para las cosas externas». En virtud de este reparto de poderes, ya desde 312, Constantino I inició una política de protección de la Iglesia cristiana que se orientó a concederle el mismo estatuto y los mismos privilegios de que gozaban los cultos paganos. La protección constantiniana se desarrolló en tres ámbitos principales: legal (mediante la emisión de leyes en favor del cristianismo o de los cristianos), material (mediante subvenciones económicas o la financiación de basílicas cristianas) y judicial (como árbitro en las disputas eclesiásticas entre los credos cristianos).

In hoc vinces ('Con este signo vencerás')

Según Lactancio, la víspera misma de la batalla del Puente Milvio,

Constantino I tuvo un sueño. En él, Jesús se apareció al emperador y le pronosticó la derrota de Majencio si pintaba sobre los escudos de sus soldados un crismón, es decir, las dos primeras letras del nombre de Cristo en griego: una X y una P entrelazadas. Sobre este signo apareció un texto en griego que la tradición cristiana ha traducido como «con este signo vencerás» (o, en latín, in hoc vinces). Constantino I hizo caso del presagio y salió airoso del combate. Por eso, según los escritores cristianos, desde entonces lo llevó siempre a la batalla en la creencia de que el Dios de los cristianos lo había elegido a él como su representante en la tierra para difundir esta fe y ganar victorias en su nombre.



El crismón surgió en época de Constantino I sin que encuentre ningún precedente en el arte de las catacumbas de los tres primeros siglos. A medida que esta iconografía se fue consolidando, se le añadieron otros detalles como el alfa y el omega, en alusión a las

palabras de Jesús en los evangelios (Sousse, Musée Archéologique, siglo IV)

Desde el punto de vista legal, Constantino I privilegió tanto a la Iglesia como a los sacerdotes mediante la emisión de un gran número de leyes generales que se publicaron, escalonadamente, entre 313 y 335. A través de ellas, Constantino I declaró la licitud del cristianismo y reparó los agravios cometidos contra los cristianos durante las persecuciones. Además, se abolieron las condenas de los cristianos al exilio, a las minas o a trabajos públicos; se readmitió a los soldados cristianos expulsados del ejército; y se liberó a los magistrados cristianos del cumplimiento de los rituales religiosos paganos que conllevaba el cargo.

La sacralización del domingo

Los romanos desconocían el concepto de «fin de semana». Desde los tiempos de la monarquía, el calendario romano tenía todo un conjunto de días de descanso que coincidían con las fiestas religiosas, pero estos días de asueto no iban asociados a ningún ciclo de descanso semanal.

Fue en el año 321, durante el reinado de Constantino I, cuando se decretó la sacralización de un día en concreto de la semana: el domingo. Así, a partir de entonces, ese día se convirtió en el primero de la semana romana y en jornada de descanso obligatorio para todos los súbditos del Imperio.

Constantino I legisló también sobre cuestiones cristianas, dando

rango de ley general a muchas de las directrices morales específicas del cristianismo. Por un lado, este monarca publicó una serie de leyes que prohibían ciertas costumbres paganas que ofendían la sensibilidad de los cristianos, caso del rapto de la novia, el adulterio, el concubinato o la condena a la cruz. Por otro lado, también promulgó leyes sobre cuestiones centrales en la ideología cristiana, como la protección del matrimonio (dificultando el divorcio), la protección de la vida de los esclavos frente a la brutalidad de sus amos o la tutela de los huérfanos y de las viudas.

Por último, Constantino I también concedió a la Iglesia y a los clérigos una serie de privilegios económicos y fiscales de los que ya se beneficiaban los sacerdotes del culto pagano. En primer lugar, los clérigos recibieron una inmunidad personal que les permitía dedicarse en exclusiva a sus actividades eclesiásticas y les liberaba de ser designados para cualquier cargo en el municipio. En segundo lugar, los obispos cristianos fueron facultados para instruir causas entre cristianos en un tribunal episcopal, siempre y cuando solo se centrara en cuestiones morales y disciplinarias. En tercer lugar, se concedió a la Iglesia la inmunidad de los impuestos extraordinarios (pero no de la iugatio ni de la capitatio). En cuarto lugar, se reconoció a la Iglesia la capacidad de ser instituida heredera por testamento, un privilegio que le permitió acumular un gran patrimonio, pues las últimas voluntades fueron consideradas como un medio para ganarse el cielo. En último lugar, a la Iglesia cristiana se le permitió mantener el control sobre sus libertos y sus descendientes (hasta la fecha, cuando un privado liberaba a uno de sus esclavos y lo convertía en liberto, este quedaba sujeto al patrocinio de su antiguo dueño, pero los hijos que tuviera una vez liberado, quedaban exentos de dicho servicio).

En relación a la protección material de la Iglesia, Constantino I apoyó, mediante donaciones, las tareas de asistencia social llevadas a cabo por aquella (manutención e instrucción de viudas, huérfanos y pobres), entregando cargamentos de trigo o con aportaciones en dinero. Además, también se ocupó de la construcción, a expensas del tesoro imperial, de varias iglesias cristianas a lo largo y ancho del Imperio. En Roma, Constantino I construyó San Juan de Letrán, San Pedro del Vaticano y la iglesia palatina de la Santa Cruz; en Constantinopla, erigió Santa Sofía, Santa Irene y los Santos

Apóstoles; en África, subvencionó una basílica en Cirta y, probablemente, otra en Cartago. Ahora bien, las más importantes fueron las iglesias de Tierra Santa. Allí, el emperador monumentalizó los principales lugares de la Biblia: la cueva de la Natividad (en Belén), el encinar donde Dios se apareció a Abraham (en Mambré), el lugar donde se crucificó a Jesús (la iglesia de la Vera Cruz) y la tumba de Cristo (la iglesia del Santo Sepulcro), ambas en Jerusalén. Estas últimas construcciones recibieron un gran empuje a partir del viaje a Palestina de Helena, la madre del emperador, en el año 326.

En el ámbito judicial, Constantino I se erigió en el árbitro de las disputas religiosas entre las diferentes facciones cristianas, principalmente entre los dos problemas más graves que perturbaban la tranquilidad de la Iglesia del momento: el donatismo y el arrianismo.

Grabado de Arrio argumentando la supremacía del Dios Padre y defendiendo que el Hijo no podía ser considerado Dios, pues tuvo un comienzo, un verdadero nacimiento.

Tras derrotar a Majencio (312), Constantino I entró en posesión de la diócesis de África. En aquel momento, la cristiandad norteafricana se hallaba dividida por causa del cisma donatista. Constantino I intentó conciliar las posturas de donatistas y católicos mediante la discusión del tema en dos concilios, Roma (313) y Arlés (314), donde los donatistas resultaron derrotados. Después de esto, entre 313 y 330, Constantino I emitió un buen número de leyes en contra de ellos e, incluso, llegó a emplear la fuerza para obligarlos a reconciliarse con los católicos. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron del todo inútiles y en el año 330, completamente desilusionado, el emperador dirigió un texto a los católicos africanos conminándoles a tener paciencia y a dejar la cuestión en manos de Dios.

Respecto al arrianismo, Constantino I entró en contacto con esta herejía a partir del año 324, cuando, una vez eliminado Licinio, se convirtió en el dueño de la parte oriental del Imperio. La polémica arriana había logrado dividir a las iglesias orientales por culpa del dogma de la Trinidad y, más concretamente, por la imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre cuál era la relación entre el Padre y el Hijo (en ese momento, el papel del Espíritu Santo no importaba mucho). El arrianismo se planteaba cuestiones de este tipo: si el Dios de los cristianos solo era uno, ¿cómo explicar que un Dios único pudiera tener tres caras: Padre, Hijo y Espíritu Santo? Y también se preguntaba cómo era posible que lo hubiesen crucificado si, además de Hijo, también era Dios.

El epónimo de este movimiento fue Arrio, un presbítero de la Iglesia de Alejandría de Egipto, quien afirmaba que el Hijo no era un igual al Padre, sino que dependía de él. De esta manera, negaba su naturaleza divina y, en especial, su eternidad. Para los arrianos, Cristo había sido creado por el Padre para convertirse en instrumento de su voluntad, de todo lo cual debía inferirse que el Hijo no podía ser llamado «Dios», sino que era un semidiós, al igual que los héroes paganos.

Santa Helena, la madre de Constantino

Helena, la madre de Constantino I, había nacido en Bitinia en torno a 250 y fue la primera esposa de Constancio Cloro, antes de que este fuera elevado al rango de César y se le obligara a casarse con Teodora, la hija de su Augusto, Maximiano. Por lo tanto, hasta los tiempos de su hijo Constantino I no pudo gozar del rango y los privilegios de emperatriz. En el año 326, Constantino I condenó a muerte tanto a su esposa Fausta como a su primogénito Crispo, acusándoles de conspiración. Para superar estas muertes, Helena decidió buscar consuelo en un viaje espiritual por Tierra Santa y, llevando en la mano los Testamentos, se dedicó a visitar los lugares santos de Palestina. En Jerusalén, el obispo Macario se enteró, por los sueños de un judío, del lugar donde estaba enterrada la cruz que había servido para crucificar a Jesús e invitó a Helena a que asistiera a la ceremonia del desenterramiento. Es por ello que el recuerdo de Helena está íntimamente asociado a las reliquias de la Vera Cruz.

En el año 322, el superior de Arrio, el obispo Alejandro de Alejandría, se había opuesto a las doctrinas de su presbítero y había convocado un concilio que las condenó. Arrio se refugió en Palestina y allí contactó con una serie de obispos que le dieron apoyo incondicional, entre ellos Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia, los dos principales consejeros de Constantino I en materia de religión desde el año 324. Por tanto, el problema no se había solucionado sino que fue complicándose año tras año.

Una vez derrotado Licinio, Constantino I envió una carta al obispo Alejandro y a Arrio en la que les pedía que llegaran a un acuerdo que solucionara la disensión de la Iglesia oriental. Sin embargo, ante la imposibilidad de tal consenso, Constantino I ordenó la convocatoria de un concilio plenario con el número máximo de obispos, tanto de Oriente como de Occidente, que debía reunirse en Nicea en el verano de 325. Asistieron 318 obispos, de los cuales

solo siete eran occidentales, y se inauguró bajo la presidencia del emperador, quien dirigió los debates. Al final, la fe arriana fue condenada. El arrianismo fue momentáneamente derrotado, pero no se le pudo hacer desaparecer, hasta el punto de convertirse en la principal polémica religiosa de los siguientes reinados hasta los tiempos de Teodosio I y el concilio de Constantinopla (381).

La política religiosa referida a las otras religiones

La estrecha relación establecida por Constantino I con los cristianos no implicó una hostilidad en la postura imperial hacia el resto de las religiones del Imperio. Aun así, la historiografía no ha dudado en magnificar algunas medidas constantinianas referidas al paganismo para poder calificarlas de «medidas antipaganas», cuando, en realidad, este emperador no se dedicó a perseguir los cultos tradicionales romanos.

Entre las medidas supuestamente antipaganas que la historiografía cristiana le ha atribuido, destaca un edicto general de proscripción del paganismo que habría implicado el cierre de los templos y la prohibición de sacrificar a los ídolos (sin embargo, el texto exacto del documento no se ha conservado en ninguna de las fuentes contemporáneas, lo cual es muy extraño, dada la trascendencia del mismo). En cambio, lo que Constantino I sí hizo fue, como ya se ha dicho, confiscar las riquezas de los templos, aunque esta medida no puede tomarse como un indicio de antipaganismo. Los templos paganos recibían muchos regalos valiosos de sus fieles en cumplimiento de un voto y, técnicamente, todas sus propiedades pertenecían al Estado. Por lo tanto, cada vez que un emperador necesitaba dinero, podía confiscar las riquezas de los santuarios y, de hecho, Diocleciano lo hizo antes que él.

El concilio de Nicea

Reunido entre el 20 de mayo y el 19 de junio de 325, el concilio de

Nicea cobró relevancia histórica al tratarse del primero ecuménico (es decir, de valor universal para toda la Iglesia). Bajo la presidencia del emperador, quien moderó los debates, se discutieron las ideas de Arrio sobre la divinidad del Hijo. Los historiadores antiguos no se pusieron de acuerdo en el número de obispos asistentes, pero la tradición ha consolidado la cifra de 318.

Los padres conciliares redactaron una fórmula de fe que, más o menos modificada, se conoce como «Credo de Nicea»: «Creo [...] en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

Arrio y sus partidarios no aceptaron esta fórmula y fueron desterrados. Tiempo después, Constantino I permitió el regreso de Arrio, quien murió en 336.

Además de ser el primer concilio ecuménico de la Iglesia, el de Nicea fue también el primero en ser convocado por una persona ajena a la institución eclesiástica, en este caso el emperador

Constantino I, quien lo presidió, como se ve en esta pintura medieval de la iglesia de Bachkovo, en Bulgaria.

La única medida que podría considerarse antipagana fue la decisión de cerrar tres templos (los de Afaca, Heliópolis y Egas). En ellos se practicaba la prostitución sagrada y esta costumbre desagradaba al emperador, pero solo por escrúpulos morales.

Constantino I también legisló con referencia a los judíos, pero sin mostrar ningún indicio de animosidad. De hecho, publicó dos leyes mediante las cuales concedía a los sacerdotes judíos una inmunidad que les eximía de formar parte de las curias municipales de cada ciudad y una tercera ley mediante la cual castigaba al judío que circuncidara a su esclavo, por entender que toda persona, aunque fuera sierva de otra, tenía derecho a escoger su religión.

La política secular

Constantino I también intervino en diversos ámbitos de la administración civil con la idea de mejorar y perfeccionar las reformas de Diocleciano. Su sobrino Juliano, cuando llegó al trono, aseguró que Constantino I había sido «renovador y perturbador de las antiguas leyes», una expresión bastante significativa sobre el alcance y la incidencia que estas medidas tuvieron en el desarrollo posterior del Imperio. Básicamente, incumbieron a los ámbitos siguientes: reformas económicas (monetarias y fiscales), reformas militares, reformas dentro de la Administración y la fundación de Constantinopla.

En cuanto al primer ámbito de reformas, el económico, Constantino I buscó estrategias que fortalecieran el sistema monetario romano. Por ello, reformó la moneda de oro (solidus), dándole un peso de 4,55 gramos y convirtiéndola en la moneda de referencia del Imperio. Hasta entonces, el oro se había reservado al ahorro, a los pagos de prestigio (como los donativos a los soldados) y al comercio de productos de lujo. Sin embargo, a partir de Constantino la moneda de oro se utilizó, por ejemplo, para fijar los impuestos y para estipular las multas especificadas en las leyes. Para conseguir el oro que necesitaba, Constantino I instauró nuevas tasas que debían pagarse en dicho metal y que le hicieron muy impopular: el crisárgiro (o lustralis collatio), a pagar por los comerciantes, artesanos y todo tipo de profesionales cada cinco años (luego cada cuatro); el aurum coronarium, que se impuso a las clases ricas municipales (o curiales) para conmemorar la coronación de los emperadores; y el follis senatorius, un impuesto sobre las tierras que debía ser pagado por los senadores.

En el aspecto militar, por un lado Constantino I mantuvo el sistema dioclecianeo de diferenciar entre tropas de frontera y destacamentos móviles de caballería situados en retaguardia y, por el otro, continuó confiando el mayor peso de la defensa del Imperio

al ejército del emperador (el comitatus). En otro orden de cosas, las fuentes clásicas también destacan otras dos medidas de gran trascendencia que cabe atribuir a Constantino I. En primer lugar, suprimió la guardia pretoriana de Roma para castigar el apoyo que esta había dado a la usurpación de Majencio, y en segundo lugar, integró en el comitatus efectivos proporcionados por las poblaciones germánicas, de manera que con este emperador se inició un proceso de infiltración de germanos en el ejército imperial. Esto último propició que, a lo largo del Bajo Imperio, algunos de los principales generales fueran germánicos o tuvieran antepasados de este origen. En el terreno militar, su principal éxito fue conseguir una parcial recuperación de la Dacia (actual Rumanía), una provincia que había sido abandonada desde los tiempos de Aureliano (270-275), aunque dicha conquista fue temporal.

En lo referente a las reformas dentro de la Administración, la más importante fue la creación de las prefecturas del pretorio. Ya vimos que Diocleciano había creado una instancia intermedia de comunicación entre la corte y las provincias que fue la diócesis (administrada por un vicario). A Constantino I se le ocurrió crear otra entre la corte y las diócesis: la prefectura del pretorio. Para su administración, decidió redefinir una magistratura ya existente, pero que había quedado sin funciones desde la supresión de la guardia pretoriana: el prefecto del pretorio, a quien se dotó de nuevas funciones. Ahora se le encargó recaudar los impuestos, impartir justicia y controlar la actividad de los vicarios y de los gobernadores provinciales. Hoy en día existe un gran debate sobre el número de prefecturas creadas por Constantino I, pero parece que fueron tres: la de Galia (Hispania, Galia y Britania), la de Italia, África e Ilírico (que comprendía las regiones homónimas) y la de Oriente (Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto). En los reinados subsiguientes, el Ilírico se constituyó en prefectura independiente.

El arco de Constantino, situado entre el Coliseo y la colina del Palatino, en Roma, se irguió para conmemorar la victoria de Constantino I en la batalla del Puente Milvio.

Además, como al parecer el grado de corrupción era altísimo a nivel provincial, Constantino I patrocinó una serie de leyes que imponían penas muy severas contra los sobornos a jueces y contra los magistrados que vendieran los cargos de la Administración.

Con todo, en este aspecto administrativo, la decisión que ha dado mayor fama a Constantino I fue la fundación de una nueva ciudad que llevaba su nombre: Constantinopla. Según explican los textos antiguos, la iniciativa de construir una nueva capital para su Imperio se tomó poco después de derrotar a Licinio (324). Así, el 8 de noviembre de ese año, Constantino I delimitó el espacio de la nueva ciudad, instaló allí una fábrica de monedas y proclamó César a su tercer hijo, Constancio. El hecho de que las obras se iniciaran el mismo 324 parece indicar que el monarca llevaba tiempo pensando en el proyecto.

Mucho se ha discutido sobre las intenciones de Constantino I al fundar Constantinopla, básicamente sobre si pretendía hacer de ella una «Segunda Roma». Los obispos cristianos contemporáneos, como Eusebio de Cesarea, interpretaron que Constantinopla era una capital cristiana para un Imperio que se acababa de cristianizar, pero los escritores paganos de aquella época pensaron más bien que el emperador pretendía fundar una ciudad que sustituyera a Roma porque esta ya estaba en decadencia y no podía volver a liderar el Imperio.

Existen ciertos indicios de que Constantino I quiso equiparar a Constantinopla con Roma forzando todo tipo de analogías entre ambas ciudades, por ejemplo: las siete colinas, las catorce regiones o el milion (un monumento que solo existía en Roma y que marcaba el kilómetro cero de todas las vías del Imperio, por lo que ubicarlo en Constantinopla convertía a esta metrópolis en el centro del mundo). Además, Constantino I también extendió hacia su nueva capital los mismos privilegios fiscales y distribuciones públicas de alimentos que caracterizaban a la antigua, especialmente la creación de un Senado con los mismos poderes y privilegios que el de Roma, junto con todo el viejo sistema de magistraturas republicanas que culminaba en el consulado. Además, desde que la ciudad fue inaugurada en 330, Constantino I decidió instalar allí la corte de manera estable.

El baustismo y la muerte de Constantino I

Poco después de la Pascua (3 de abril de 337), Constantino I enfermó y expresó su deseo de ser bautizado antes de morir. Falleció el 22 de mayo de 337 en Nicomedia. Su cuerpo fue escoltado hasta Constantinopla y expuesto en el palacio imperial hasta que, después del funeral, se depositó en la iglesia de los Santos Apóstoles rodeado por los cenotafios de estos doce primeros seguidores de Cristo. Hay quien ha querido ver en ello que Constantino I se consideraba a sí mismo como el apóstol número trece.

La fundación de Constantinopla

El lugar donde Constantino I decidió erigir Constantinopla ya estaba ocupado por una pequeña colonia griega del siglo VII a. C., que el emperador mandó arrasar. Constantino I en persona procedió a la delimitación del perímetro de la ciudad el 8 de noviembre de 324, mediante la ceremonia que había sido instaurada por Rómulo. Así, empujando un arado arrastrado por una pareja de bueyes, hizo un surco que delimitaba la superficie amurallada, tres veces mayor que la de Bizancio.

La excepcional ubicación de Constantinopla, a caballo entre los dos continentes y con el Bósforo como puerto resguardado para la ciudad, debió de ser determinante en la decisión de Constantino I de instalar en este lugar su fundación epónima.

Tras seis años de una actividad constructiva febril, la inauguración se celebró el 11 de mayo de 330. Las ceremonias tuvieron como eje central el Foro de Constantino, en cuyo centro se había erigido una columna de pórfido rojo con una estatua del emperador representado como Apolo, con una corona radiada sobre la cabeza. En su mano derecha sostenía un cetro (o un rayo) que cayó durante el terremoto del año 541, y en la izquierda llevaba un globo con una Victoria alada. La columna se elevaba sobre una base cuadrada a la que se accedía por diferentes escaleras y sostuvo esta estatua hasta 1105, cuando fue sustituida por una cruz.

Desde entonces, y hasta la muerte de Constantino I, en 337, Constantinopla fue la capital del Imperio y, de hecho, el emperador ubicó en ella su propio mausoleo: la iglesia de los Santos Apóstoles, que se convirtió en el panteón funerario de los emperadores

bizantinos. Ahora bien, la capitalidad de Constantinopla peligró tras la muerte de su fundador. Los sucesores directos de Constantino I prefirieron asentar su sede de gobierno en otras ciudades (principalmente en Antioquía). Fue cincuenta años más tarde, con el ascenso al trono de Teodosio I, cuando Constantinopla volvió a ser elegida sede regia estable de este monarca, quien la consolidó como capital de la parte oriental del Imperio, que por su primer nombre (Bizancio) se llamó «Imperio bizantino».

▪

Ahora bien, la muerte de Constantino I abrió una seria crisis en la sucesión imperial. A diferencia de los monarcas del período tetrárquico, Constantino I sí que había logrado consolidar una dinastía: la de los Constantinianos (306-363), pero no había previsto su sucesión.

Como Diocleciano, Constantino I debió de considerar útil y efectiva la idea de dividir el Imperio entre diversos emperadores que actuaran como uno. Sin embargo, a diferencia de su predecesor, Constantino I no creía en el sistema adoptivo, sino en una especie de Tetrarquía familiar. Por eso, a lo largo de su reinado se preocupó de asociar al poder a sus tres hijos: Constantino II, Constancio II y Constante, a quienes había nombrado Césares. Constantino II tenía 21 años, era el hijo bastardo nacido de una ciudadana de Arlés, residía en Tréveris y gobernaba en Galia. Constancio II, de 20 años, residía en Antioquía y gobernaba en Oriente. Constante, de 17 años, acababa de casarse y residía en Sirmium (actual Belgrado), es decir, en el Ilírico. Además, algunos de los sobrinos del difunto también habían sabido ganarse su favor y fueron elevados al título de César (caso de Dalmacio y Anibaliano, quien, incluso, fue coronado como rey de Armenia).

La sucesión se presentaba muy compleja y, por ello, tras los funerales de Constantino I se produjo un vacío de poder que duró hasta el 9 de septiembre. En ese día, los tres hijos del difunto se reunieron secretamente y acordaron tomar el título de Augusto. Temiendo la revuelta del resto de parientes, los soldados de Constantinopla protagonizaron una sangrienta matanza en la que

fueron asesinados todos los miembros adultos de la familia imperial. Únicamente se respetó la vida de Constancio Galo y Juliano, los dos sobrinos más pequeños de Constantino I.

Los herederos de Constantino I asumieron el poder y se repartieron el Imperio: Constantino II (337-340) recibió las Galias, Britania e Hispania (con capital en Tréveris); Constancio II (337-361) se quedó Tracia y todo el Oriente (con capital en Antioquía); y a Constante (337-350) le correspondió Italia, África, Ilírico, Macedonia y Grecia (con capital en Milán), pero bajo la tutela de Constantino II, pues era menor de edad.

Constante no sobrellevó demasiado bien este acuerdo y, en 340, tras una memorable victoria contra los sármatas, comenzó a publicar leyes sin el permiso de su hermanastro. Cuando este invadió Italia para presionarle a acatar su voluntad, Constante lo derrotó y le dio muerte en Aquileya, con lo que se convirtió en el dueño de Occidente.

Los reinados de Constante y Constancio II

Constante y Constancio II trataron de gobernar de común acuerdo y, por ello, las leyes de cada uno fueron firmadas por los dos y consideradas válidas en ambas partes del Imperio. Sin embargo, la armonía entre los dos hermanos topó con un serio escollo en la cuestión religiosa, pues Constante era católico y Constancio II, arriano. Esta circunstancia destruyó en numerosas ocasiones el buen entendimiento y la concordia entre ambos, sobre todo por los intereses de los círculos de poder que giraban en torno a cada uno de estos monarcas.

Una vez alcanzado el poder en Oriente, Constancio II procedió a sustituir a los obispos católicos de su parte del Imperio por otros que eran arrianos, caso de Atanasio de Alejandría. Constante acudió en defensa de los exiliados y planteó a su hermano la reunión de un concilio con obispos de ambas partes del Imperio, pero las intrigas políticas hicieron que católicos y arrianos acabaran reuniéndose por separado y que se excomulgaran mutuamente. Este fracaso incitó a Constante a volverse cada vez más agresivo con respecto a la política de su hermano en Oriente, e incluso llegó a amenazarle con una guerra si no permitía que los católicos recuperaran las iglesias de las que habían sido expulsados, especialmente en el caso de Atanasio de Alejandría (346).

Así pues, cuando en 350 el general Magnencio decidió usurpar el trono de Occidente y se sublevó contra Constante, Constancio II no hizo nada hasta que Constante fue asesinado en Helena (Elne, Francia). Fue entonces cuando este emperador actuó, pero solo para eliminar al usurpador y convertirse en el único señor del Imperio. De esta manera la Tetrarquía familiar con que había soñado Constantino I se extinguió, tan solo trece años después de su creación, como consecuencia de un proceso de eliminaciones personales muy parecido al que propició la caída de la Tetrarquía de Diocleciano.

Así, desde 351 en adelante Constancio II mandó reunir una serie de concilios mediante los cuales impuso el credo arriano tanto en Oriente como en Occidente. Todos los obispos que se le opusieron fueron enviados al exilio.

En cuanto al paganismo, fue en este reinado cuando se usó por primera vez la palabra «pagano» para referirse a los adeptos de los cultos ancestrales, se decidió el cierre de los templos paganos y se prohibió tanto la veneración de los ídolos como los sacrificios, las prácticas mágicas y la consulta a los adivinos.

En lo referente a los aspectos militares, el reinado de los hijos de Constantino I se vio afectado por una serie de conflictos en las fronteras, aunque en general de escasa trascendencia. Durante su breve reinado, Constante se enfrentó con éxito a unas incursiones de francos en la frontera renana (341-342) y se desplazó a Britania para repeler un ataque de pictos y escotos (343). Por su parte, Constancio II lideró una campaña triunfal contra los alamanes (354) y derrotó a los cuados y a los sármatas (357), pero tuvo menos suerte en las campañas en la frontera del Éufrates contra los sasánidas, un imperio que parecía estar en estado de guerra permanente contra Roma. Los sasánidas se dedicaron a asediar las ciudades más ricas de la frontera a fin de hacerse con sus riquezas, y en gran medida consiguieron sus objetivos, hasta que Constancio II logró una victoria decisiva que le costó la vida a uno de los príncipes reales sasánidas.

La sucesión de Constancio II y el reinado de Juliano

A pesar de estar casado, Constancio II no pudo tener hijos, por lo que, tras morir Constante, en 351, decidió adoptar como César a Constancio Galo, el mayor de los dos primos que habían sobrevivido a la matanza de parientes en septiembre de 337. Constancio II lo casó con su hermana Constantina y lo envió a gobernar las provincias de Oriente desde Antioquía. Sin embargo, el carácter paranoico del emperador, convenientemente alimentado por los eunucos de palacio, lo llevó a desconfiar de su aliado y acabó ordenando su muerte en 354.

Así las cosas, Constancio II nombró César al otro sobrino superviviente: Juliano, hermanastro del anterior, a quien casó con su hermana Helena en 355. En el momento de su designación, Juliano rondaba los 24 años y no había recibido formación militar, su educación se centró en las letras, pues nadie pensaba que llegaría a reinar algún día. Nada más recibir su nombramiento, Juliano fue enviado a la Galia para hacer frente a las incursiones de alamanes que habían forzado la frontera renana y asolaban la provincia. A pesar de su falta de experiencia militar, Juliano cumplió con su misión e, incluso, además de no aumentar los impuestos, en una ocasión llegó a perdonarlos. Todo ello le valió cierta popularidad entre sus soldados. Cuando Constancio II se enteró de los éxitos de su primo a través de los comentarios de sus eunucos, la desconfianza hacia él se acrecentó.

Los eunucos de palacio

En la Administración imperial, los eunucos eran personas castradas desde jóvenes para ocuparse de las necesidades domésticas de la familia imperial, tales como preparar el baño, hacer la cama, tener a punto su vestuario o, incluso, cortar el cabello. Desde pequeño, cada príncipe real tenía asignados a varios eunucos, y muchos de ellos los acompañaban a lo largo de su vida, por este motivo gozaban de la intimidad de los gobernantes y ejercían un poder en la sombra. Constancio II los utilizó como red de espías para estar al corriente de todo cuanto acontecía o se comentaba en su corte. Así, para asegurarse la amistad del emperador y evitar ser víctima de su paranoia, muchos cortesanos se mostraban atentos con el jefe de los eunucos, quien, en consecuencia, acostumbró a acumular un gran patrimonio.

En un momento determinado, Constancio II le pidió a Juliano que le enviara parte de sus tropas para hacer frente a una nueva invasión sasánida, pero los soldados se negaron y se amotinaron en 360, lo que obligó a Juliano a aceptar ser proclamado Augusto. Tan pronto como la situación en el frente del Éufrates se sosegó, Constancio II dirigió a su ejército contra el de su primo. Sin embargo, al llegar a Cilicia cayó muy enfermo y, poco antes de morir, prefirió declarar que Juliano (361-363) era su sucesor legítimo. Al parecer, Juliano había decidido aceptar el trono que le ofrecían sus soldados, pues no ignoraba la desconfianza de Constancio y temía que lo mandara ejecutar.

Una vez nombrado emperador, Juliano, quien hasta la fecha se había comportado como cristiano, se reveló como pagano, acto que explica el epíteto por el que pasó a la historia: «el Apóstata». Según explicó él mismo, renunció a la fe cristiana desde pequeño, cuando vio que ningún obispo alzaba la voz para condenar el asesinato masivo de parientes en septiembre de 337.

Su reinado no fue muy largo, tan solo diecinueve meses; sin embargo, no le impidió llevar a cabo grandes reformas que, en caso de haberse consolidado, habrían cambiado radicalmente el desarrollo posterior del Imperio. Fundamentalmente, Juliano actuó

en tres ámbitos: hostigamiento del cristianismo, reestructuración del paganismo y campaña contra los persas.

En relación al cristianismo, ordenó que no se concedieran cargos a cristianos en la Administración a menos que estos apostataran, expulsó del ejército a los soldados cristianos y promulgó una ley que prohibía contratar a maestros cristianos en las escuelas públicas. Además, anuló los privilegios de la Iglesia cristiana y de sus clérigos, y dejó de suministrarles cereales y dinero para sus obras de caridad.

Con respecto al paganismo, ordenó el regreso de los paganos exiliados, reabrió los templos paganos y devolvió las propiedades confiscadas. Incluso obligó a los obispos que habían destruido algún templo en los reinados anteriores a que lo reconstruyeran a sus propias expensas. Todo ello fue completado con una reestructuración del culto pagano muy inspirada en la organización de la Iglesia cristiana, pues el monarca creó provincias religiosas y nombró un gran sacerdote para cada una de ellas, a modo de metropolitano. Además, Juliano consideró que algunas de las actitudes del cristianismo podían resultar muy útiles al paganismo, por lo que ordenó a los sacerdotes paganos que asumieran actividades asistenciales y mantuvieran instituciones de caridad, tales como asilos para vírgenes y ancianos, hostales para viajeros u hospitales para enfermos y pobres.

La gran gesta militar de su reinado fue la campaña contra los sasánidas en 363, que resultó claramente victoriosa hasta que falleció como consecuencia de una herida recibida en batalla, el 26 de junio del año 363. Según las fuentes paganas, la espada que le hirió pertenecía a uno de sus propios soldados.

Con la muerte de Juliano se extinguió la dinastía de los Constantinianos, pues no tenía hijo varón que lo sucediera. Las tropas, aisladas en Mesopotamia y rodeadas por el enemigo, eligieron emperador a Joviano (363-364), que era comandante de la guardia palatina. Su breve reinado de ocho meses le permitió únicamente firmar una paz vergonzosa con los sasánidas, sacar al ejército indemne de Mesopotamia y restablecer el cristianismo como religión de Estado. Al llegar a Antioquía, se asfixió con el humo de un brasero y falleció.

El último siglo del Imperio romano

~ 364-476 d. C. ~

Con la inesperada y rápida muerte de Joviano, se presentó de nuevo el problema de la sucesión. Los generales se reunieron y escogieron a Valentiniano I (364-375), un oficial panonio de 43 años y linaje muy humilde. Un mes más tarde, el nuevo monarca decidió asociarse con su hermano Valente (364-378), de 36 años, y ambos procedieron a dividirse el Imperio: Valentiniano se quedó con Occidente y a Valente le correspondió Oriente. La formación militar de este último era nula; sin embargo, tenía dotes de administrador. Una vez llegado a Antioquía, Valente tuvo que hacer frente a grandes problemas en las fronteras de su área del Imperio: el de los godos (en el Danubio) y el de los persas (en el Éufrates).

Por su parte, Valentiniano I se instaló en Milán y dedicó su reinado, prácticamente, a dirigir campañas militares. Se enfrentó, entre otros, a los alamanes y a una coalición de pictos, escotos, francos y sajones que hizo peligrar el mantenimiento de Britania. Aun así, la principal dificultad militar con la que topó fue la revuelta en el norte de África Occidental comandada por Firmo (entre los años 372 y 374). La rebelión del príncipe mauro fue sofocada por Teodosio el Viejo, padre del futuro emperador Teodosio I. Por otra parte, cuando un grupo de obispos pidió la intervención de Valentiniano I en los asuntos religiosos, el monarca se abstuvo y prefirió que resolvieran los problemas sin su ayuda. Su reinado fue corto, pues murió en 375.

A Valentiniano I le sucedió en el trono su hijo Graciano (375-383), después de haberle nombrado coemperador a la edad de ocho años. Ahora tenía 16, pero los soldados le forzaron a asociar como colega imperial a Valentiniano II (375-392), su hermanastro, de solo cuatro. Estas minorías de edad resultaron fatales para el Imperio tres años más tarde, cuando tuvo lugar la batalla de Adrianópolis (378).

El problema de los pueblos germánicos: Adrianópolis

Constantino había conjurado el peligro del pueblo godo con un pacto en 332 que reconocía su condición de federados del pueblo romano y que les obligaba a proteger la frontera del Danubio a cambio de provisiones. Tras la muerte de Juliano, los godos se consideraron desligados del acuerdo y comenzaron las hostilidades. Entre 364 y 369, Valente se vio completamente involucrado en una guerra en el Danubio que acabó con una paz que establecía la suspensión de los pagos romanos a los godos, la limitación de los intercambios comerciales y la prohibición de atravesar el Danubio. Ahora bien, hacia 370, los hunos, que eran poblaciones de origen mongólico, llegaron al Volga. Su avance obligó a los pueblos que encontraban por delante a desplazarse hacia el Danubio y estos presionaron sobre las poblaciones godas. El reino de los ostrogodos quedó completamente destruido, los visigodos fueron masacrados y un grupo numeroso integrado por varias decenas de miles de visigodos atravesaron el Danubio bajo el mando de Fritigerno en 376.

Busto del emperador Valente que se exhibe en los Museos Capitolinos de Roma.

El Imperio se negó a aceptarlos y, ante la negativa a concederles un pacto de federación, los visigodos se desplazaron libremente por Tracia y Grecia buscando sus medios de subsistencia. Para frenar tales abusos, el ejército imperial les plantó cara en Adrianópolis (378); sin embargo, el enfrentamiento se saldó no solo con la derrota de los romanos, sino con la muerte de su emperador.

La batalla de Adrianópolis

La batalla de Adrianópolis tuvo lugar el 9 de agosto de 378 y fue el momento culminante de la guerra gótica que enfrentó a romanos y visigodos entre 376 y 382. Los romanos, dirigidos por Valente, llegaron a la batalla cansados tras una marcha de siete horas; los visigodos, por su parte, habían dispuesto sus carros en círculo para proteger a mujeres y niños y habían alejado a la caballería, en una misión fuera del campamento. Entonces, asumiendo que la victoria sería fácil, algunas unidades romanas atacaron, pero el retorno de los jinetes visigodos invirtió las tornas y estos masacraron a los soldados del Imperio. El cuerpo de Valente no se encontró jamás, aunque circularon diversas leyendas sobre su muerte.

La derrota romana en Adrianópolis tuvo consecuencias trágicas para la supervivencia del Imperio, pues, al no poder expulsar a los visigodos al otro lado del Danubio, estos permanecieron en él y contribuyeron a desestabilizar la paz interna del Imperio.

Como consecuencia de la derrota y muerte de Valente, Graciano buscó un buen general capaz de solucionar el problema visigodo y eligió a Teodosio I, el emperador sentado en el centro de esta pieza conmemorativa de las efemérides imperiales conocida como missorium de Teodosio.

La llegada al trono de Teodosio I (379-395)

Al producirse la muerte de Valente, los círculos cortesanos de Graciano le instaron a entregar el Imperio de Oriente a un general competente que fuera capaz de solucionar el problema visigodo. El elegido fue Teodosio I (379-395), un militar de 32 años y originario de Cauca (Coca), con una carrera brillante y, además, hijo de Teodosio el Viejo, quien sofocó la rebelión de Firmo.

Mientras Graciano y Valentiniano II vivieron, Teodosio I reinó sobre la parte oriental del Imperio y escogió Constantinopla como capital estable y definitiva, pero en 383, tras el asesinato de Graciano por el usurpador Magno Máximo (383-388), se trasladó a Occidente para afianzar su control sobre esta parte del Imperio. Pocos años más tarde, en 392, Valentiniano II también fue asesinado, por lo que Teodosio I se convirtió en emperador único desde esa fecha. Con la muerte de los dos jóvenes emperadores, la familia de los Valentinianos tocó a su fin en tan solo dos relevos generacionales, y la dirección del Imperio pasó a manos de los Teodosianos, quienes gobernarían durante tres generaciones.

La primera preocupación de Teodosio I fue solucionar el tema de los visigodos, pues estos campaban a sus anchas por los Balcanes y Tracia. El monarca tuvo que ser realista y, puesto que la aniquilación no era una opción viable, optó por negociar un pacto de federación con el rey visigodo Fritigerno (382). Según este acuerdo, se concedió a los godos el territorio entre los ríos Danubio y Hemus (unas tierras saqueadas previamente por ellos mismos); se les reconoció un estatuto de nación independiente ligada al Imperio aunque gobernada con sus propias leyes y exenta de pagar impuestos; se les asignó un sueldo a cambio de su milicia dentro del ejército imperial como confederados (manteniendo su propia cúpula directiva y su organización militar); y se les ordenó respetar a los ciudadanos romanos que vivían en los territorios que les habían

sido concedidos, garantizando además que estos continuarían sometidos a la legislación imperial.

La imposición de la ortodoxia católica

Una vez solucionado el problema godo, Teodosio I pudo concentrarse en su política religiosa, el aspecto que, tradicionalmente, se ha considerado como la principal aportación de su reinado. Teodosio I era católico y dedicó todos sus esfuerzos a imponer la fe de Nicea a todos sus súbditos. Así pues, el 28 de febrero de 380 publicó el Edicto de Tesalónica, que obligaba a todos los ciudadanos del Imperio a profesar dicha fe. El catolicismo se convirtió en la religión oficial del Imperio y la única permitida a todos sus habitantes. Como complemento, durante los meses de mayo a julio de 381, convocó un concilio en Constantinopla que supuso la condena definitiva del arrianismo. De esta manera, Teodosio I y sus sucesores se mostraron como los más implacables persecutores de la herejía.

El nombramiento de un obispo

El siglo IV vio nacer una figura política: el obispo cristiano. A pesar de que la institución de este cargo es bastante antigua y es probable que se remonte al siglo I, durante la época de las persecuciones, el obispo no había gozado de ningún reconocimiento público. Ahora bien, desde que Constantino I decidiera proteger al cristianismo, su corte se llenó de jerarcas cristianos a quienes utilizaba como consejeros. Como cabe esperar, las cortes de las épocas Valentiniana y Teodosiana no fueron una excepción.

En el siglo IV, muchos obispos aún no eran designados por ningún poder superior (emperador o papa de Roma), sino que la comunidad escuchaba el discurso de los candidatos, estudiaba su

género de vida y decidía su voto coreando su nombre. Entre los requisitos valorados para ser obispo estaba el no haberse casado más de una vez, ser padre o llevar una vida ejemplar.

El obispo gozaba de un gran poder dentro de su comunidad, donde principalmente realizaba funciones administrativas y concedía determinados sacramentos, como el bautismo.

Las tumbas de mosaico eran muy caras y, por lo tanto, son un indicio de la buena posición de su propietario. En este caso, el obispo Flavio Vital, de Furnos Minus (Túnez, Museo Nacional del Bardo, siglos IV-V).

En relación al paganismo, Teodosio I inauguró su reinado con la renuncia al título de pontífice máximo (es decir, la cabeza visible de la religión pagana). Más adelante, promulgó leyes contra la magia y la adivinación que castigaban a los infractores con la pena de muerte (en 381 y 385); anuló los privilegios de los sacerdotes de culto pagano (en 382); y confiscó las tierras y rentas de templos paganos. La condena total del paganismo se consiguió por medio de dos leyes: una contra los sacrificios y el culto pagano (24 de febrero de 391) y otra que prohibió de manera absoluta y universal el paganismo a todos los súbditos del Imperio (8 de noviembre de 392).

Durante su reinado tuvieron lugar algunos hechos simbólicos que denotaron el abandono de la religión pagana por parte de Estado, como la destrucción del Serapeo de Alejandría (en 391), la supresión de los Juegos Olímpicos (en 393) o la clausura de los Misterios de Eleusis (en 396).

Esta política de distanciamiento entre Teodosio I y los cultos tradicionales de Roma provocó una reacción por parte de los sectores aristocráticos más conservadores, quienes patrocinaron la usurpación de Eugenio (392-394), un antiguo profesor de gramática y retórica que subió al trono en la Galia tras el asesinato de Valentiniano II el 22 de agosto de 392. Según las fuentes cristianas, Eugenio enarboló la bandera de la defensa del paganismo frente al cristianismo y, así, se atrajo el favor de un sector de las grandes familias aristocráticas de Roma. En aquellos momentos, Teodosio I se encontraba en Constantinopla y partió rápidamente a proteger su trono. La batalla decisiva duró dos días, tuvo lugar en el río Frígido (en la frontera actual entre Italia y Eslovenia) y se saldó con la victoria de Teodosio I. Eugenio fue capturado y ejecutado públicamente el 6 de septiembre de 394.

Honorio y la partición definitiva del Imperio

Teodosio I murió en 395 y, de nuevo, el Imperio se dividió entre sus herederos, quienes ya llevaban tiempo asociados al gobierno de su padre: Arcadio (395-408), el primogénito, de 18 años, recibió Oriente, mientras que Honorio (395-423), siete años menor, recibió Occidente bajo tutela de un general germánico llamado Estilicón. Esta fue la última división que sufrió el Imperio romano, la definitiva. Los Teodosianos gobernaron en Occidente hasta 455, y en Oriente, hasta la muerte de la emperatriz Pulqueria, en 453.

Los acontecimientos más señalados de su reinado tuvieron que ver con el ámbito militar, principalmente, una larga serie de usurpaciones, así como la pérdida paulatina de territorio a manos de las poblaciones germánicas que invadieron la Europa Occidental en dos grandes oleadas.

El «bárbaro» y su integración en el Imperio

Los romanos habían convivido con los germánicos desde los tiempos altoimperiales, cuando millares de ellos llenaron todos los mercados de esclavos del Imperio gracias a las campañas militares en Germania. Los romanos los denominaban, de manera genérica, «bárbaros», para dejar claro que nada tenían que ver con su sofisticado modo de vida urbano y que, por lo tanto, habían nacido para servirles.

Sin embargo, desde el siglo IV, entre estos germánicos hubo numerosos hombres libres que el Imperio contrataba para suplir la

falta de vocación militar entre los jóvenes romanos. Algunos de ellos hicieron carrera en el ejército y llegaron a ocupar cargos de gran responsabilidad. Un ejemplo de ello es Estilicón, el tutor de Honorio, quien se casó con una prima de este, Serena, y tuvieron dos hijas, Maria y Termancia, que desposaron al emperador.

Estilicón representa el prototipo de general germánico ambicioso que intentó llegar lo más cerca posible del poder. En la imagen, aparece junto a su mujer Serena y el hijo de ambos, Euquerio.

Entre las usurpaciones que combatió, más de una decena, la más

peligrosa para la estabilidad de su reinado fue la de Constantino III (407-411), un soldado de las tropas de Britania que, ante el estado de olvido e indefensión en el que se encontraba esta parte del Imperio, decidió hacerse con el poder. Constantino III desembarcó en la Galia y, tras derrotar a las tropas de Honorio, estableció su capital en Arlés, una ciudad fortificada que gozaba de gran importancia en aquella época. Al año siguiente, envió a su general Geroncio a Hispania a combatir, con éxito, contra los parientes del monarca, quienes reclutaban tropas para atacar a través de los Pirineos. De este modo, también pasó a controlar esta provincia.

Mientras, el rey visigodo Alarico I decidió abandonar las tierras que Teodosio I concedió a su pueblo e invadió Italia en 408, forzando a la ciudad de Roma a pagarle un rescate para no ser saqueada. En esta coyuntura, Honorio prefirió pactar y reconocer a Constantino III como coemperador. Cuando las circunstancias lo permitieron, Honorio retomó las hostilidades contra Constantino III, quien, acosado en Arlés y abandonado por sus tropas, fue finalmente capturado y decapitado en 411.

La época de las grandes invasiones germánicas

Al mismo tiempo que Honorio tenía que hacer frente a las revueltas de orden interno, las tribus germánicas empezaron a invadir el Imperio de forma masiva. Esta situación ha sido definida por la historiografía como la «época de las grandes invasiones», dentro de la cual pueden distinguirse dos grandes fases: en primer lugar, la encabezada por visigodos, vándalos, suevos y burgundios; y, en segundo lugar, la protagonizada por francos, alamanes, bávaros, anglos, sajones y jutos.

La mayor parte de estas invasiones entraron por la frontera renana, puesto que, desde los tiempos de Constancio II, esta zona se había vuelto especialmente vulnerable. Así pues, el 31 de diciembre de 406, aprovechando que el Rin estaba completamente helado, un grupo de vándalos (asdingos y silingos), suevos, alanos y burgundios cruzó el río y entró en la Galia. Ahora bien, como los pasos de los Pirineos y la entrada a Italia estaban bien protegidos desde Milán, estos pueblos se tuvieron que quedar en la Galia durante tres años, que coinciden con el inicio de la usurpación de Constantino III. En el año 409, los vándalos, suevos y alanos lograron pasar a Hispania y se repartieron la Península ibérica: los suevos se asentaron en Galicia; los vándalos asdingos en la Tierra de Campos y los territorios vecinos; los alanos, en la Cartaginense y la Lusitania; y los vándalos silingos, en la Bética. Solo la Tarraconense quedó firmemente sujeta al Imperio.

En lo que a los visigodos se refiere, su monarca, Alarico I, como ya se ha mencionado, emprendió incursiones por Italia que acabaron forzando a Roma a pagar un rescate si quería evitar el asalto. Así había actuado ya en 408 y en 409, cuando, en agosto de 410, plantó sus cuarteles, de nuevo, ante las murallas de la Ciudad Eterna. Ahora bien, esta vez Roma no podía ofrecer la cantidad exigida para su salvación y se pactó un saqueo «civilizado» de tres días

(entre el 24 y el 26 de agosto) que debía respetar el derecho de asilo dentro de las iglesias.

Cuando los visigodos abandonaron la ciudad, no solo iban cargados de enormes riquezas, sino que, además, se llevaron con ellos, como rehén, a la princesa romana Gala Placidia, hermanastra de Honorio, utilizada como moneda de cambio entre romanos y visigodos durante los años siguientes. Después de esto, Alarico intentó pasar a África, pero la falta de pericia de los visigodos en temas marineros frustró su intento. Sus sucesores llevaron a los visigodos hasta Hispania, donde actuaron como mercenarios del Imperio, y, finalmente, a cambio de la devolución de Gala Placidia, obtuvieron un nuevo pacto de federación, firmado a inicios de 416, que concedía a los visigodos el estatuto de pueblo federado del Imperio y un sueldo en trigo por sus servicios como mercenarios. Fue en 418 cuando Honorio decidió asentar a los visigodos en Aquitania (con capital en Toulouse).

Una vez en la corte de su hermano, Honorio casó a Gala Placidia con uno de los mejores generales de la época, Constancio, y de esta unión nació Valentiniano, futuro heredero de su tío Honorio.

El reinado de Honorio también nos es conocido por haber trasladado la capital de Milán a Rávena (en 401), básicamente buscando un lugar más fácil de defender, pues la ciudad estaba rodeada de marismas, y menos expuesta a las rutas clásicas de invasión de Italia.

Valentiniano III y el fin de los Teodosianos

En 423, tras la muerte de Honorio, Gala Placidia y toda su familia estaban en Constantinopla. El difunto no tenía más heredero que el hijo de su hermana, pero, al no hallarse presente en Italia ningún miembro de la dinastía Teodosiana, un alto cargo de la Administración central llamado Juan usurpó el trono entre 423 y 425. Poco se sabe de su reinado, pero parece que fue un buen administrador y que mostró tolerancia hacia todas las sectas cristianas. Mientras, el monarca de Oriente, Teodosio II, nombró Augusto a Valentiniano III (425-455) y le proporcionó unas tropas que le permitieron recuperar Rávena con cierta facilidad. Juan fue decapitado después de haber sido objeto de todo tipo de burlas y vejaciones.

Cuando Valentiniano III llegó al trono, apenas tenía seis años, por lo que Gala Placidia tuvo que asumir la regencia hasta 437. Su reinado estuvo marcado por los esfuerzos del Imperio para recuperar los territorios perdidos a manos de los germánicos; sin embargo, los éxitos se alternaron con los fracasos. Así, por un lado, en Hispania se recuperó el control de casi todas las provincias, pero por otro se perdió África, pues los vándalos, masacrados por las campañas visigodas, decidieron abandonar la Península ibérica y cruzar el estrecho de Gibraltar para pasar a África en 429; diez años más tarde, también ocuparon Cartago. La pérdida de esta región tuvo una gran trascendencia en el ámbito económico, pues dejó a Italia sin su principal productor de cereales. Además, la conquista de Cartago proporcionó una flota a los vándalos con la que pudieron dedicarse a actividades de piratería por Sicilia y la costa italiana; de hecho, en 455 saquearon Roma.

Otras dos provincias que el Imperio perdió fueron Britania y buena parte de la Galia. En 441, los anglos, sajones y jutos migraron desde la Europa continental hasta las Islas Británicas y se instalaron en la

costa oriental; los romanos resistieron en la parte occidental de la isla, pero sin refuerzos. En cuanto a la Galia, en 443 los burgundios se instalaron en la región de Lyon (y de ahí que esta región nos sea conocida como Borgoña) y, en el noroeste, los francos ocuparon una buena parte de los territorios transrenanos. Así pues, a mediados del siglo V la mayoría de las regiones occidentales estaban ya perdidas para el Imperio. La última en caer sería Italia, que lo hizo en 476.

En 437, Valentiniano III se trasladó a Constantinopla para casarse con su prima, Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II. A su regreso, Gala Placidia abandonó la regencia, pero quien realmente gobernó fue Aecio, el principal general de aquellos momentos. Durante la segunda parte del reinado de Valentiniano III, este y Aecio se vieron prácticamente absorbidos por otro problema militar, esta vez llegado desde las fronteras del Danubio: los hunos del rey Atila.

Desde 441, este pueblo se dedicó a realizar incursiones de saqueo en los Balcanes, contra las cuales Valentiniano III y Aecio poco pudieron hacer. Desde 449, Atila puso sus ojos en la Galia, pero, tras varios años devastadores, fue finalmente derrotado en una dura batalla en 451 en los Campos Cataláunicos (Châlons, Francia), gracias a la coalición formada entre romanos y visigodos. El año siguiente, Atila invadió Italia, pero una legación de la ciudad, encabezada por el obispo romano León I, compró su retirada. Además, la retaguardia de los hunos había quedado expuesta por culpa de la campaña que el emperador oriental había iniciado en Panonia. Fue la muerte de Atila en 453, y las sangrientas batallas que caracterizaron su sucesión, lo que, en realidad, neutralizó el peligro de los hunos de forma definitiva.

Las victorias militares de Aecio, así como su propuesta de casar a su hijo con la hija de Valentiniano III, despertaron cierto recelo en este último, de modo que empezó a buscar la manera de deshacerse del poderoso general. Finalmente, gracias a la colaboración de un grupo de cortesanos, el mismo emperador en persona mató a Aecio con su espada. Uno de los presentes exclamó que, con la muerte del general, Valentiniano III se había cortado la mano derecha con la izquierda.

Atila versus Aecio

Atila, conocido como el «flagelo de Dios», está considerado por la historiografía antigua el más formidable de los rivales que amenazaron al Imperio en el siglo V. Los hunos eran un pueblo nómada de Asia Central que vivía del botín y del saqueo, y que dejaba tal rastro de destrucción a su paso que del caballo de Atila se decía que por allí donde pasaba «no crecía la hierba». Cuentan las fuentes que la culpa de que Atila invadiera Occidente la tuvo Honoria, la hermana de Valentiniano III, pues ofreció su mano a Atila si este la liberaba de un matrimonio no deseado al que quería forzarla su hermano.

Aecio, por su parte, ha sido definido como el último general de Occidente. Nació en Mesia, en una familia de militares, y su brillante carrera militar le permitió llegar muy alto en el seno del ejército, hasta tal punto que se convirtió en un hombre más poderoso que el mismo Valentiniano III. En su currículum militar figuran campañas contra los visigodos, suevos, yutungos, francos, burgundios y hunos.

La batalla de los Campos Cataláunicos fue la última gran victoria

del Imperio frente a los pueblos invasores que estaban cercenando su territorio. En esta ocasión, el general romano Aecio se impuso a Atila, rey de los hunos, cerca de Châlons.

Ahora bien, Valentiniano III no sobrevivió mucho a su general. Dos años más tarde, también sucumbió en una conjura palatina sin que sus soldados intervinieran, pues se mantenían fieles a la memoria de Aecio. Con su muerte se puso fin a la última de las dinastías bajoimperiales, todas ellas más bien efímeras. Durante los veintiún años que aún le quedan al Imperio romano de Occidente, gobernaron una serie de emperadores que han sido denominados como «dinastía de los emperadores electos», aunque, en realidad, no existió ningún vínculo familiar entre ellos.

Por otra parte, cinco años antes había muerto Teodosio II, el último representante masculino de la dinastía Teodosiana en Oriente. Tres años más tarde falleció Pulqueria, su hermana y heredera, sin descendencia. Su marido, Marciano, reinó hasta 457. En adelante, Occidente y Oriente fueron gobernados por dinastías o individuos que ya no mantenían vinculación dinástica con su colega en la otra parte del Imperio y eran completamente ajenos a la suerte de la otra mitad.

El período de los emperadores electos

Entre 455 y 476, el Imperio romano de Occidente fue gobernado por un conjunto de emperadores electos, la mayor parte de los cuales fueron títeres nombrados por los germánicos Teodorico II, Ricimero y Gundebaldo. Sus reinados fueron muy breves; los gobernantes no fueron capaces de instaurar su propia dinastía. Los monarcas de este período fueron: Petronio Máximo (455), Eparquio Avito (455-457), Mayoriano (457-461), Libio Severo (461-465), Antemio (465-472), Olibrio (472), Glicerio (473-474), Julio Nepote (474-475) y Rómulo Augústulo (475-476). Sus reinados se caracterizaron por la inestabilidad política, tal y como pone de manifiesto el hecho de que siete de los nueve soberanos murieron asesinados o ejecutados.

Petronio Máximo (455) pertenecía a una acaudalada familia senatorial de Roma muy respetada y había instigado tanto el asesinato de Aecio como el de Valentiniano III, con cuya viuda se casó. Al poco de comenzar su gobierno, la flota pirática de los vándalos desembarcó en Italia y Petronio murió en el tumulto popular contra su persona que este hecho provocó. Su reinado duró del 17 de marzo al 22 de abril y, tres días después de su muerte, los vándalos saquearon Roma, haciéndose con un gran botín y esclavizando a buena parte de la población.

Entre tanto, Eparquio Avito había sido enviado a Toulouse para parlamentar con los visigodos. Al conocerse la muerte de Petronio, el monarca visigodo Teodorico II entronizó a Eparquio Avito (455-457) y le ayudó en sus empresas, por ejemplo, a derrotar a la flota vándala. Sin embargo, los vándalos impusieron un cerco naval a Roma y, cuando la ciudad empezó a sufrir carestía, Ricimero depuso al emperador y le instó a tomar las órdenes religiosas, por lo que el segundo emperador electo acabó sus días como obispo en Piacenza. Ricimero era un germánico de origen suevo que había servido a las órdenes de Aecio; tras la muerte de Petronio Máximo

se hizo con el poder del ejército y nombró a cuantos emperadores quiso para poder gobernar a través de ellos.

El sucesor de Eparquio Avito fue uno de los protegidos de Ricimero: Mayoriano (457-461), cuyo principal proyecto fue construir una flota para derrotar a los vándalos, quienes, no obstante, consiguieron destruir o quemar la mayor parte de las naves que a tal fin se habían reunido en Cartagena. Tras este fracaso, Ricimero también lo depuso y nombró a una serie de monarcas-títere que apenas hicieron algo digno por lo que pasar a los libros de historia.

Esta lista de monarcas concluye con Julio Nepote (474-475), un candidato del emperador de Oriente que huyó a Dalmacia tras ser derrotado por su sucesor, Rómulo Augústulo (475-476), monarca que subió al trono con unos catorce años. Este último no fue reconocido por el emperador de Oriente, Zenón, quien envió un ejército dirigido por el hérulo Odoacro. Rávena cayó el 4 de septiembre de 476, pero Odoacro no mató al niño, sino que lo envió exiliado a una fortaleza en la bahía de Nápoles.

Año 476: ¿año de la «caída» del Imperio romano?

Tradicionalmente, se han cometido dos grandes errores de interpretación al considerar que la «caída» del Imperio de Occidente se produjo en 476. Hoy en día, la mayor parte de la historiografía considera que ni el año 476 ni el término «caída» reflejan con exactitud la complejidad del proceso de desaparición del Imperio romano y su sustitución por el mundo medieval.

En primer lugar, porque, como se ha podido constatar de todo cuanto precede, ya al inicio del siglo V muchas regiones de Occidente se encontraban en manos de vándalos, suevos, visigodos, francos o burgundios y, por tanto, mucho antes de 476 una buena parte de los habitantes del Imperio tenían ya plena conciencia de que aquel Imperio en que habían crecido estaba sumido en una agonía de la que no se recuperaría jamás. Galicia, la Bética, Lusitania y la Cartaginesa dejaron de formar parte del Imperio a partir de 409; la Galia al sur del Loira lo hizo en 418; el norte de África Occidental, entre 429 y 439; Sicilia, en 440; Britania, en 441; Borgoña, en 443; Córcega y Cerdeña, en 456; Baleares, en torno a 465; y la Tarraconensis, en 473.

Además, por otra parte hubo dos emperadores que se consideraron herederos de Rómulo Augústulo y reivindicaron la corona de Occidente. El primero de ellos fue Julio Nepote, refugiado en Dalmacia tras ser derrotado por las tropas de Rómulo Augústulo, sin abdicar ni renunciar a su título de emperador. Julio Nepote gobernó hasta 480, momento en que fue asesinado mientras preparaba una campaña contra Odoacro. El segundo candidato fue Zenón, el emperador de Oriente. Cuando Odoacro, después de deponer a Rómulo Augústulo, devolvió las insignias imperiales a Constantinopla, Zenón debió de considerar, sin lugar a dudas, que con Odoacro gobernando Italia como rey a su servicio, el Imperio romano había quedado unificado en su persona.

En segundo lugar, la palabra «caída», de alguna manera, lleva implícitas las ideas de «fin» o de «derrumbe» y, en realidad, el Imperio romano (como idea de Estado) no desapareció, dado que continuó en Oriente hasta 1453, cuando los otomanos conquistaron Constantinopla. Por estos motivos actualmente se considera más preciso y apropiado hablar del «ocaso del Imperio romano de Occidente».

Epílogo: el papado de Roma, heredero del Imperio romano de Occidente

Como acabamos de indicar, el ocaso de Roma solo se produjo en términos políticos. Si bien desapareció la institución imperial, esto no implicó el fin de un modo de vida que ya había iniciado su camino hacia la Edad Media. Planteada en términos de ideología y mentalidades, la herencia de Roma fue también recogida por la Iglesia cristiana, gracias a la cual la ciudad de Roma volvió a resurgir de sus cenizas y se ganó el título por el que hoy la conocemos: «Ciudad Eterna».

Según tradiciones de época medieval, Rómulo Augústulo, el último emperador del Imperio romano de Occidente, pasó sus últimos días confinado en Castellum Lucullanum, en la bahía de Nápoles.

Desde los tiempos de Constantino I, los emperadores de Roma habían consolidado su derecho a mandar revistiéndolo de un envoltorio teológico que los convertía en enviados por Dios para gobernar sobre sus fieles cristianos. Y, desde esta perspectiva, los papas de Roma podían manipular este argumento para presentarse como los nuevos heraldos divinos para sustituir a los emperadores en la dirección de los asuntos seculares.

Los peregrinos que iban a Roma

En el Bajo Imperio se difundió ampliamente el peregrinaje a lugares santos de la historia del cristianismo. En un primer momento, los peregrinos se dirigían especialmente a Tierra Santa, pero a medida que Roma supo explotar su leyenda como ciudad de mártires, el flujo hacia ella se incrementó de forma notable.

El peregrinaje era entendido como una mortificación del cuerpo para expiar los pecados y, por ende, el peregrino adoptaba una vida austera y sencilla. Cuando llegaba a su destino, muchas veces trataba de hacerse con una reliquia corporal del santo que había acudido a venerar. Puesto que conseguir una porción del cuerpo del santo era muy complicado, las más de las veces los peregrinos se conformaban con pasar un trozo de tela por encima de la tumba o con algún objeto que el santo hubiera utilizado en vida. Si realizaban el peregrinaje en cumplimiento de un voto, también acostumbraban a hacer un donativo a la Iglesia.

Por otra parte, a lo largo de los siglos IV-V, el papado había desarrollado una campaña propagandística mediante la cual se consolidó como el nuevo patrón de una Roma abandonada por sus emperadores desde la crisis del siglo III. El papado era un poder activo dentro de la comunidad romana y, gracias a sus riquezas,

participaba de forma directa en la vida de los habitantes de la ciudad, principalmente de dos maneras: bien por medio de la construcción de iglesias, bien con las limosnas. Estas dos actividades permitieron al obispo de Roma asumir muchas de las funciones asistenciales de los antiguos emperadores como padres de la patria y ser vistos por los romanos como su señor natural en un plano más político que espiritual. Lógicamente, este proceso fue muy lento y se prolongó durante muchos siglos (IV-VII). De manera inexorable, convirtió al papa en el señor y la principal autoridad de Roma.

Y, sobre todo, Roma pudo consolidar su papel como centro rector del mundo cristiano gracias a la veneración de los santos y al comercio de reliquias. En las necrópolis de la capital existían miles de cuerpos que fueron identificados como los cuerpos de un mártir u otro. Algunos de estos despojos sagrados eran ciertamente relevantes, caso de san Pedro y san Pablo y de una lista nada desdeñable de obispos romanos preconstantinianos. Gracias a todo ello, la Iglesia de Roma no tardó en consolidar su liderazgo como sede apostólica del universo cristiano, lo cual le permitió presentarse ante el mundo como la guardiana y custodia del legado romano, eso sí, debidamente cristianizado.

Apéndices

Mar del Norte
Mar Báltico
Götland
GODOS
Vístula
Oder
SÁRMATAS
Don
Volga
Dniéper
Ebaracum
BRITANIA
Camulodunum
Rutupiae
Isca
Dumnoniorum
GERMANIA
Colonia
Augusta Agrippinensis
Mogontiacum
Augusta Treverorum
Rin
Meuse
Axona
MARCOMANOS
Danubio
CUADOS
Carnuntum
Aquincum
PANONIA
DACIA
Apulum
Sarmizegetusa
Odessos
Mar de Azov
ALANOS
Quersoneso Taurico
Mar Negro
Loira
GALIAS
Bribacte
Lugdunum
Mediolanum
Sava
OCÉANO ATLÁNTICO
Ravenna
Salona
MESIA
Tolosa
Narbo Martius
ITALIA
Mar Adriático
Roma
Pompeii
Brundisium
MACEDONIA
Tesalónica
TRACIA
Bizancio
Sinope
Ancyra
Clunia
Ebro
Duero
Caesaraugusta
Tarraco
Córcega
Cerdeña
Mar Tirreno
Farsalia
Accio
Pergamon
CAPADOCIA
Caesaria Capadociae
Tigris
Tajo
HISPANIA
Emerita Augusta
Corduba
Itálica
Islas Baleares
Sicilia
Syracusae
Mar Jónico
Corinto
Atenas
ACAYA
Ephesos
Attalia
Tarsus
Edesa
Antioquía
Éufrates
Carthago
Tingis
NUMIDIA
ÁFRICA PROCONSULAR
Malta
Mar Egeo
Rodas
Creta
Chipre
Volubilis
MAURETANIA
Mar Mediterráneo
Tiro
JUDEA
Caesarea
Jerusalén
Masada
Lepcis Magna
Cirene
Alejandría
EGIPTO
Petra
CIRENAICA
Nilo
EL ESPLENDOR DEL IMPERIO
Imperio romano - Dinastía Flavia
Conquistas de Trajano
Imperio romano bajo Trajano (máxima extensión)
0 175 350 km.

Mar del Norte
JUTOS
ANGLOS
SAJONES
Gotland
Mar Báltico
BRITANIA
Londinium
FRANCOS
BURGUNDIOS
Vistula
ALANOS
HUNOS
OSTROGODOS
Colonia Augusta Agrippinensis
Treveris
Maguncia
SUEVOS
Danubio
VÁNDALOS
Dniéster
SÁRMATAS
GALIA
Aquincum
HÉRULOS
OCÉANO ATLÁNTICO
Bribacte
Lugdunum
PANONIA
VISIGODOS
Odessos
Mar de Azov
ALANOS
Burdigala
Mediolanum
Margus
Sirmio
Ravenna
Salona
Quersones o Taurico
Mar Negro
Tolosa
ITALIA
Mar Adriático
TRACIA
Narbo Martius
Córcega
Roma
MESIA
Adrianópolis
Sinope
Duero
Caesaraugusta
Tarraco
Brindisium
Tarento
Tesalónica
Constantinopla
Nicomedia
Nicea
Ancyra
Tajo
HISPANIA
Cerdeña
Mar Tirreno
Mar Egeo
Pérgamo
Caesaria Capadociae
Emerita Augusta
IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE
ASIA
Tigris
Hispalis
Corduba
Carthago Nova
Corinto
Éfeso
Attalia
Tarsus
Edesa
Sicilia
Siracusa
Mar Jónico
Cirta
Carthago
Malta
Creta
Rodas
Chipre
Antioquía
Eufrates
Tingi
ÁFRICA
Palmira
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
Damasco
Volubilis
Mar Mediterráneo
Tiro
Cirene
IMPERIO SASÁNIDA
Alejandría
Jerusalén
Petra
Nilo
EGIPTO
CRISIS Y CAÍDA DE ROMA
Frontera romana (378-439)
División entre el Imperio oriental y el Imperio occidental
Dominios godos tras el tratado del año 382
Invasiones de los visigodos
357-382
395-410
412-418
Invasiones de vándalos, alanos y suevos (406-411)
Invasiones de vándalos (429-439)
0 150 300 km.

Conceptos clave

Personaje

Batalla

Concepto

Escenario

Accio

La batalla naval de Accio (31 a. C.) enfrentó a los triunviros Gayo Julio César Octaviano y Marco Antonio —y su aliada Cleopatra— y dio la victoria al primero.

Adrianópolis (378)

Derrota romana a manos de los visigodos que causó la muerte en combate de Valente, emperador de Oriente (9 de agosto de 378). La principal consecuencia de esta batalla fue que los visigodos quedaron instalados dentro de las fronteras del Imperio y no pudieron ser expulsados de él.

Anarquía militar

Período entre 235 y 284 durante el cual se produjo una multiplicidad de nombramientos imperiales en un contexto de aclamación por las tropas a cambio de un donativo.

Arrianismo

Herejía del siglo IV fundada por Arrio de Alejandría que negaba la divinidad del Hijo y, por tanto, cuestionaba el dogma de la Trinidad.

Augusto (en latín, Augustus)

Epíteto imperial equivalente a «emperador»». También epíteto que se destinaba a los objetos consagrados a las divinidades y que, al aplicarse a Gayo Julio César Octaviano, lo hizo merecedor de veneración religiosa.

Autocracia

Filosofía política que se caracteriza por la concentración del poder en torno a un solo individuo. Sus decisiones no están limitadas por ninguna restricción legal ni por ninguna otra de las instituciones del Estado.

Campos Cataláunicos (451)

Victoria conseguida por el general romano Aecio contra Atila, rey de los hunos, cerca de Châlons. Esta batalla supuso el fin del expansionismo de los hunos en Occidente.

Catolicismo

Término acuñado en el siglo IV, en África, a partir de la palabra griega (katholikismós), con el significado de «doctrina universal». Se usó para definir a todos aquellos que no se desviaban del pensamiento oficial de la Iglesia.

César (en latín, Caesar)

Título del príncipe heredero. Durante las Tetrarquías, había dos Augustos y dos Césares.

Concilio de Nicea (325)

Sínodo episcopal organizado por Constantino I en Nicea, entre el 20 de mayo y el 19 de junio de 325, para solventar la disputa entre arrianos y católicos. Fue aquí donde se definió el Credo de Nicea que fijó la ortodoxia del dogma de la Trinidad.

Condena de la memoria (en latín, damnatio memoriae)

Castigo decretado por el Senado a la muerte de un emperador que comportaba eliminar el recuerdo físico de los malos emperadores mediante la rescisión de sus leyes, la destrucción de sus esculturas y el borrado de su nombre en las inscripciones.

Consejo del príncipe (en latín, consilium principis)

Órgano de la Administración imperial presidido por el emperador e integrado por los miembros de su círculo íntimo, así como por una representación de los cargos de la Administración, tanto de la clase senatorial como de la ecuestre, y por especialistas invitados sobre cada tema a tratar.

Constantinopla

Ciudad fundada por Constantino I en 324 como capital epónima. Desde Teodosio hasta 1453 fue la capital del Imperio romano de Oriente. Fue aquí donde se reunió el Concilio de Constantinopla (381), que decretó la proscripción del arrianismo.

Constantino I

Emperador romano que empezó su reinado en el período de la Tetrarquía (306-337), sistema político que acabó destruyendo. Consiguió consolidar las reformas de Diocleciano y fue el fundador de la dinastía de los Constantinianos (306-363).

Cónsul

Magistrado de más alto rango y máxima autoridad política de la República. Estaba investido con el poder ejecutivo y lideraba al ejército en campaña. El cargo era anual y se ejercía de manera colegiada con un segundo colega dotado con idénticos poderes. El cónsul no podía repetir en el cargo hasta transcurridos cincos años, aunque en la Baja República muchos contravinieron esta prohibición.

Dacia

En los tiempos de la Antigua Roma, era la tierra habitada por los dacios y los getas situada en medio de los Cárpatos, ocupando algo más del área de la actual Rumanía.

Diarquía

Sistema político caracterizado por el gobierno de dos personas, instaurado por Diocleciano en 285 al adoptar a Maximiano. A pesar de la igualdad de poderes, Diocleciano se reservó la primacía política asumiendo el título de Augusto y confirió a Maximiano la condición de monarca subordinado a él con el título de César, con connotaciones de príncipe heredero. En 293 evolucionó hacia la Tetrarquía.

Diocleciano

Primer emperador romano del período de la Tetrarquía, que él mismo instauró. Durante su reinado (284-305) se produjo una

profunda reforma del sistema de gobierno imperial tanto en los diferentes niveles de la Administración como en el ámbito ideológico (imposición de una teocracia).

Duque (en latín, dux)

Cargo creado por Diocleciano para dirigir las tropas de una provincia. Hasta aquel momento, estas se encontraban bajo control del gobernador provincial.

Filipos

La venganza de Gayo sobre los asesinos de César se alcanzó en las dos batallas de Filipos (Macedonia), el 23 de octubre y el 14 de noviembre de 42 a. C. En ellas las tropas lideradas por Gayo y Marco Antonio se impusieron a las de los tiranicidas.

Genuflexión (en griego, proskynesis)

Ceremonia característica del ritual áulico del Bajo Imperio que ejemplificaba, visualmente, cómo el emperador ya no era un simple ser humano y debía ser venerado como los dioses.

Guardia pretoriana

Cuerpo militar de élite encargado de la seguridad del emperador y que estaba bajo la dirección del prefecto del pretorio, de rango

ecuestre.

Imperator

Magistrado dotado de potestad (imperium) para dirigir un ejército y, al mismo tiempo, título con que se le aclamaba públicamente tras conseguir una victoria aplastante.

Liberto

Categoría de la clasificación social de la antigua Roma a la que ascendían los esclavos liberados por su patrón. Comportaba la concesión de libertad y la ciudadanía, pero estaban obligados a ciertos servicios con sus antiguos dueños.

Lictor

Guardaespaldas de los magistrados romanos con potestad (imperium) para castigar y ejecutar, cuyo paso precedían portando las fasces, el signo distintivo de su cargo. Fueron creados por los primeros reyes de Roma, quienes se mostraban en público acompañados de un séquito de veinticuatro de ellos. Según su grado de imperium, a cada magistrado se le asignaba una cantidad determinada: los cónsules y procónsules disponían de doce; los pretores y propretores, de seis; y el dictador, de veinticuatro.

Maestro de las oficinas (en latín, magister officiorum)

Principal cargo de la Administración bajoimperial. Se ocupaba de la guardia germánica, de las cinco oficinas de la cancillería, de los cuerpos de espías y, también, de las fábricas de armas, del servicio de protocolo y de intérpretes, del trato con las embajadas y de las comunicaciones con las provincias del Imperio romano.

Maniqueísmo

Religión de origen persa fundada en el siglo III por Manes, cuyas creencias se fundaban en un dualismo radical. Partía de la consideración de que la vida del ser humano sufre continuamente las tentaciones del mal para apartarle del bien.

Monarquía militar

Modelo político en el que eran los soldados quienes nombraban al emperador sin necesidad de contar con el reconocimiento del Senado.

Pacto de federación (en latín, foedus)

Tratado establecido por los romanos con una tribu germánica mediante el cual esta ponía a su servicio sus contingentes militares a cambio de un sueldo o de tierras.

Padre de la patria (en latín, pater patriae)

Título honorífico concedido a Augusto por el Senado y el pueblo romano, y llevado por todos sus sucesores. Justificaba el poder del emperador para intervenir como árbitro de la política romana en el tradicional conflicto entre Senado y plebe.

Paz Augusta

Referencia a la paz propiciada por el buen gobierno de los emperadores. Este concepto se convirtió en uno de los principios vertebradores de la propaganda imperial desde los tiempos de Augusto, en oposición a la propaganda de la guerra sobre la cual, en la República, se sustentaba la propaganda de utilidad pública de los clanes senatoriales.

Pontífice máximo (en latín, pontifex maximus)

Magistratura vitalicia creada en la época monárquica que convertía a su ocupante en el líder de la religión romana tradicional. Desde Augusto, el cargo fue heredado por todos los emperadores hasta que Teodosio I y Graciano renunciaron a él.

Potestad máxima (en latín, imperium maius)

Conjunto de atribuciones que conferían el máximo poder a su detentor para organizar y gestionar los mandos militares, administrar la justicia civil y criminal y convocar al Senado y las asambleas del pueblo.

Princeps

Presidente del Senado. Decidía la agenda de las sesiones, fijaba el calendario de las reuniones y abría los turnos de debate exponiendo su opinión en primer lugar. Además, recibía las embajadas extranjeras y escribía despachos en nombre de esta institución.

Puente Milvio (312)

Batalla entre Constantino I y Majencio, quien murió ahogado en el Tíber mientras se retiraba. Según la historiografía cristiana, la conversión de Constantino al cristianismo se produjo justo antes de esta batalla.

Religión mistérica

Culto religioso pagano cuyas doctrinas no eran públicas, sino que estaban reservadas a iniciados y prometían una salvación ultraterrena que se obtenía según los méritos. Los más conocidos fueron los de Isis, Mitra, Cibeles o Serapis.

Senado

Asamblea integrada por los senadores de Roma desde el momento en que desempeñaban el cargo de cuestor (administrador del tesoro del Estado). En la República, fue el principal órgano político, pero

en la época imperial se vio desposeído de casi todas sus atribuciones.

Señor nuestro (en latín, dominus noster)

Epíteto bajoimperial que subraya la condición del emperador como amo y señor del Imperio y le faculta para gobernar con autocracia.

Teodosio I

Emperador bajoimperial de origen hispano (379-395), cuyo reinado es relevante por haber prohibido el paganismo, por haber perseguido con dureza la herejía y porque, a su muerte, se produjo la partición definitiva del Imperio entre Oriente y Occidente.

Teocracia

Filosofía política que se caracteriza por justificar el gobierno del gobernante como una delegación divina.

Tetrarquía

Sistema político caracterizado por el gobierno de cuatro personas, instaurado por Diocleciano en 293 al adoptar a dos Césares como herederos. De esta manera, ya en vida de los Augustos, se aseguraba la normalidad de la sucesión imperial.

Triunviro

Uno de los tres magistrados supremos instaurados en virtud de la Ley Ticia del año 43 a. C., con una duración legal de cinco años, con posibilidad de renovación por otros cinco. El cargo estaba dotado de capacidad legislativa, de autoridad para nombrar magistrados y de una potestad (en latín, imperium) de rango proconsular que le confería los poderes de los procónsules (o gobernadores de provincias).

CRONOLOGÍA

Roma

44 a. C. Asesinato de Julio César y designación de Gayo Octavio Turino como hijo y heredero.

43 a. C. Derrota de Marco Antonio en Módena. Instauración del Segundo Triunvirato.

42 a. C. Derrota de los tiranicidas en Filipos y suicidio de Casio y de Bruto.

36 a. C. Derrota y eliminación de Sexto Pompeyo. Expulsión de Lépido del triunvirato. Concesión a Gayo de la potestad tribunicia.

31 a. C. Derrota de Marco Antonio y Cleopatra en Accio.

27 a. C. Concesión a Gayo del título de Augusto.

19 a. C. Concesión a Augusto de la potestad censoria.

13 a. C. Concesión a Augusto del pontificado máximo.

12 a. C. Muerte de Agripa.

2 a. C. Concesión a Augusto del título de «padre de la patria».

1 d. C. Paz con el Imperio de los partos y recuperación de los estandartes romanos.

4. Adopción de Tiberio como heredero por Augusto.

14. Muerte de Augusto. Entronización de Tiberio.

26. Retiro de Tiberio a Capri.

37. Muerte de Tiberio. Entronización de Calígula.

40. Campaña de Calígula contra Britania.

41. Asesinato de Calígula. Proclamación de Claudio por la guardia pretoriana.

54. Muerte de Claudio. Entronización de Nerón.

60-61. Revuelta de la reina Budica en Britania.

64. Incendio de Roma. Ejecución de los primeros mártires cristianos de Roma.

66-73. Primera Guerra Judía.

68. Suicidio de Nerón. Entronización de Galba.

69. Entronización de Otón. Proclamación de Vespasiano en Jerusalén por las tropas de Judea. Suicidio de Otón y entronización de Vitelio. Asesinato de Vitelio y entrada de Vespasiano en Roma.

70. Caída de Jerusalén y saqueo del Gran Templo.

73. Suicidio colectivo de los defensores de Masada.

74. Publicación de la ley Flavia municipal.

79. Muerte de Vespasiano. Entronización de Tito. Erupción del Vesubio y destrucción de Pompeya y Herculano.

80. Inauguración del Coliseo.

81. Muerte de Tito. Entronización de Domiciano.

86-88. Guerra dácica de Domiciano.

93. Inicio de la época del terror de Domiciano.

96. Asesinato de Domiciano. Entronización de Nerva.

97. Revuelta de los pretorianos y ejecución de los asesinos de Domiciano. Adopción de Trajano.

98. Muerte de Nerva. Entronización de Trajano.

101-102. Primera guerra dácica de Trajano.

105-106. Segunda guerra dácica de Trajano.

113-117. Campaña parta de Trajano.

115-117. Segunda Guerra Judía.

117. Muerte de Trajano. Entronización de Adriano.

122. Inicio del Muro de Adriano, en Britania.

132-135. Tercera Guerra Judía.

138. Entronización de Antonino Pío.

142. Inicio del Muro de Antonino, en Britania.

161. Entronización de Lucio Vero y Marco Aurelio.

161-166. Campaña contra los partos de Lucio Vero.

163. Abandono del Muro de Antonino.

169. Muerte de Lucio Vero.

180. Muerte de Marco Aurelio. Entronización de Cómodo.

192. Asesinato de Cómodo.

193. Entronización de Septimio Severo.

211. Muerte de Septimio Severo. Entronización de Caracalla y Geta. Asesinato de Geta.

212. Edicto de Caracalla.

217. Asesinato de Caracalla. Entronización de Macrino.

218. Proclamación de Heliogábalo en Siria.

222. Entronización de Alejandro Severo.

235. Entronización de Maximino el Tracio. Inicio de la «crisis del siglo III».

244. Gordiano III invade Mesopotamia. Muere asesinado.

249-251. Persecución de Decio contra los cristianos.

252. Epidemia de peste en el Imperio romano.

257-260. Persecución de Valeriano contra los cristianos.

260. Derrota y captura de Valeriano en la batalla de Edesa. Entronización de Galieno. Edicto de Galieno acabando con la persecución de los cristianos.

270. Entronización de Aureliano.

272. Aureliano renuncia a la posesión de la Dacia.

273-274. Reunificación del Imperio en torno al Imperio Central.

275. Asesinato de Aureliano.

283. Campaña de Caro en Mesopotamia.

284. Entronización de Diocleciano. Fin de la crisis del siglo III.

285. Entronización de Maximiano. Inicio de la Diarquía.

286. Usurpación de Carausio en Britania (286-293).

293. Entronización de Constancio Cloro y Galerio. Instauración de

la Tetrarquía (293-311). Campaña en Britania contra Alecto (293-296).

297. Edicto de Diocleciano contra los maniqueos

301. Publicación del Edicto del Máximo.

303-311. Persecución de Diocleciano y los tetrarcas contra los cristianos.

305. Abdicación de Diocleciano y Maximiano. Elección de Constancio Cloro y Maximino Daya como Césares.

306. Muerte de Constancio Cloro. Entronización de Constantino I.

308. Reunión de Carnuntum. Entronización de Licinio.

311. Edicto de Tolerancia de Galerio poniendo fin a la persecución de cristianos. Fin de la Tetrarquía. Muerte de Galerio.

312. Victoria de Constantino I en la batalla del Puente Milvio.

313. Acuerdos de Milán entre Constantino I y Licinio (o Edicto de Milán). Suicidio de Maximino Daya.

324. Derrota y muerte de Licinio. Inicio de las obras en Constantinopla.

325. Concilio de Nicea. Condena del arrianismo.

326. Ejecución de Crispo y Fausta. Viaje de Helena a Tierra Santa. Descubrimiento de la Vera Cruz.

330. Dedicación de Constantinopla.

337. Muerte de Constantino I y masacre dentro de la familia imperial. Entronización de Constantino II, Constancio II y Constante.

340. Derrota y muerte de Constantino II.

350. Usurpación de Magnencio. Derrota y muerte de Constante.

361. Muerte de Constancio II. Entronización de Juliano.

363. Muerte de Juliano durante la campaña persa. Entronización de Joviano.

364. Muerte de Joviano. Entronización de Valentiniano I y Valente.

372-375. Usurpación de Firmo en África. Muerte de Valentiniano I.

378. Derrota romana en Adrianópolis. Muerte de Valente. Entronización de Teodosio I.

380. Edicto de Tesalónica.

381. Concilio de Constantinopla. Derrota final del arrianismo.

388. Victoria de Teodosio I sobre Magno Máximo.

390. Masacre de Tesalónica. Excomunión de Teodosio.

391. Prohibición del culto pagano.

392-394. Usurpación de Eugenio.

395. Muerte de Teodosio I. Partición definitiva del Imperio entre Honorio y Arcadio.

397-398. Usurpación de Gildón en África.

401. Traslado de la capital a Rávena.

406. Vándalos, suevos y alanos invaden la Galia.

409. Vándalos, suevos y alanos invaden Hispania.

410. Saqueo de Roma por los visigodos.

418. Instalación de los visigodos en Toulouse.

423. Muerte de Honorio. Entronización de Valentiniano III.

429. Los vándalos invaden África.

451. Derrota de Atila en los Campos Cataláunicos.

455. Muerte de Valentiniano III. Fin de la dinastía Teodosiana en Occidente. Inicio del período de los emperadores electos.

475-476. Reinado de Rómulo Augústulo, considerado el último emperador de Occidente, depuesto por Odoacro.

475-480. Reinado de Julio Nepote, en Dalmacia, último emperador de Occidente.

Mundo

37 a.C. Los partos invaden Siria.

24 a. C.-21 a. C. Comienza la era Yangshuo.

8 a. C. Marbod se convierte en rey de los marcomanos.

1 a. C. La ciudad de Teotihuacán, en México, la más grande de Mesoamérica.

8-23. Wang Mang instaura la efímera dinastía Xin.

10 En Bactria se extingue la dinastía griega.

23. Liu Xuan, un rebelde Han, se subleva contra la dinastía Xin y se proclama emperador.

c. 3. Fundación del Imperio kushán en la India.

33. Crucifixión de Jesús en Jerusalén.

48. Los hunos se dividen en dos ramas, una de las cuales se pone al servicio de los Han.

c. 50. Herón de Alejandría desarrolla su máquina de vapor.

57. En Corea se establece el reino de Silla que perdurará casi nueve siglos, hasta 935.

94 d. C. Los partos envían una misión diplomática a China.

97. Un embajador chino visita Antioquía.

100. La cultura Hopewell comienza en Ohio, Estados Unidos.

105. Invención del papel en China.

114 d. C. Primer año de la era Yuanchu de la dinastía Han oriental china.

132. Zhan Heng inventa el primer sismómetro.

147. El rey Vologases IV, hijo de Mitrídates IV de Partia, unifica bajo su gobierno el Imperio parto.

c. 150. En Mesoamérica llega a su fin el período medio de la civilización maya.

175. En China, los seguidores de Confucio son eliminados por los eunucos.

184. Rebelión de los Turbantes Amarillos.

208. Artaban V comienza su reinado como rey de los partos.

211. Ardacher I, de la dinastía Sasánida, se convierte en sha de Persia.

220. Caída de la dinastía Han.

224. El Imperio de los partos sucumbe a manos de los persas sasánidas.

239. En el reino chino de Wei, Wei Qi Wang sucede a Wei Ming Di. Una expedición china descubre la isla de Taiwán.

240. Maharaja Sri-Gupta se convierte en emperador de Gupta. Shapur I se convierte en coemperador con su padre Ardashir I. Cae el Imperio kushán.

241. Shapur I sucede a su padre Ardacher I como rey de Persia. La antigua ciudad de Bagram (Afganistán) es abandonada. Shapur I anexiona partes del Imperio kushán.

250. En Japón comienza el período Kofun. Se colapsa el Imperio kushán.

252. Primera invasión persa de Siria.

259. Segunda invasión persa de Siria.

264. Sun Hao sucede a Sun Xiu como gobernante del reino chino de Wu.

270. Los godos se desplazan desde el río Vístula hasta el mar Negro.

283. China: tras 99 años de guerras continuas, el país es unificado bajo la dinastía Jin, dando fin a la época de los Tres Reinos.

291. Comienza en China la guerra de los Ocho Príncipes.

c. 300. Invención de la brújula en China. Comienza el período Kofun en Japón (hasta 710). Primera producción de acero wootz en el norte de la India.

301. Armenia adopta el cristianismo como religión oficial.

304-439. Período de los Dieciséis Reinos en China. Reunificación de China.

306. Final de la guerra de los Ocho Príncipes.

311. Los Xiongnu toman, saquean y queman Luoyang, etapa final de la Ruta de la Seda y capital de la dinastía Jin de China del Norte durante la etapa de los Tres Reinos, controlando la región durante 50 años.

318. Los pueblos nómadas Xiongnu y los Xianbei arrebatan a China los territorios al norte del río Yangtsé. Nankín se convierte en capital de China.

320. En el norte de la India, Chandragupta I funda el Imperio gupta. En Persia aparecen por primera vez los hunos. Los mayas se establecen en la península de Yucatán.

329. China: acaba el Estado de Han Zhao.

342. Goguryeo es invadido por Murong Huang de los Xianbei.

350. Los hunos invaden el Imperio persa de los sasánidas.

367. El primer enviado coreano llega a Japón, emisario del Gobierno de Kudara.

376. Los visigodos cruzan el Danubio.

379. El budismo se convierte en la religión estatal de China. Ardacher II se convierte en rey de Persia. China: se combate en la guerra de los Feishui.

383. Batalla del río Féi en China: la dinastía Jin derrota a la dinastía Qin anterior en Anhui.

388. Bahram IV se convierte en rey de Persia.

420-589. Período de las dinastías meridionales en China.

440. Los anglosajones se asientan en Britania.

441. Los hunos invaden los Balcanes.

445. Atila asesina a su hermano Bleda y se convierte en el único rey

de los hunos.

447. Sofía es destruida por los hunos.

457. En India, Skandagupta, del Imperio gupta, derrota a los hunos (Heftalitas).

465. Song Qian Fei Di, entonces Song Ming Di, es nombrado emperador de la dinastía Song en China.

471. Xiao Wen Di sucede a Xian Wen Di como gobernante de la dinastía Wei del Norte en China.

Sobre el autor

CARLES BUENACASA PÉREZ

Es doctor en Geografía e Historia y profesor de Historia Antigua, Arqueología Clásica e Historia de las Religiones (Cristianismo antiguo) en el Departamento de Historia y Arqueología de la Universidad de Barcelona. Formado en las universidades de Barcelona, Lille 3 y Paris IV-Sorbonne, ejerce las funciones de jefe de estudios del Grado de Historia desde el 2016. Es un colaborador habitual en las actividades de divulgación de diversas instituciones de difusión cultural y autor de numerosos artículos, tanto de carácter científico como de divulgación. Tras La Rusia de los zares (Shackleton Books, 2020), este es su segundo libro de la serie Historia Brevis.